

Año VII

Tomo XIII

Núm. 64

Ateneoa

Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes

AGENCIA ESPAÑOLA
COOPERACION INTERNACIONAL
C. I.
21 JUN. 1992
BIBLIOTECA HISPANICA
MADRID

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

- Ernesto Glaeser.** *La posición del escritor en la actualidad.*
Luis Durand. *La caída del roble.*
Raúl Silva Castro. *Para la futura novela chilena.*
René Ballivián Calderón. *Notas sobre la filosofía de la intuición y la vida.*
Domingo Melfi. *Panorama universal. Imperialismo y colonización.*

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

- Magda Portal.** *Nacionalismos.*
Fernando Ortúzar Vial. *Precursores, profetas y salvadores.*
Rómulo Betancourt. *Rafael Estrella Ureña, líder de la revolución dominicana.*
Magdalena Petit. *Marcel Proust y Alexandre Arnoux.*
José Vasconcelos. *Noche californiana.*
Manuel Rojas. *Divagaciones alrededor de la poesía. I.*
Julián Sorel. *El gregarismo en el arte.*
Alfa. *Crónica de espectáculos.*

NOTAS Y DOCUMENTOS

LOS LIBROS — DISPARATORIO

ENCUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA
ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA

Precio: \$ 2.00 -- Junio de 1930

CONCURSO PARA LA LETRA DE UN HIMNO DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

La Universidad de Concepción, en su anhelo de propender a una más íntima vinculación de los Estudiantes con la Casa Universitaria y de fortalecer en ellos la conciencia de la labor espiritual que realizan los establecimientos de educación superior, ha tomado, entre otros acuerdos tendientes al fin indicado, el de tener un Himno propio que refleje aquellas aspiraciones, y al efecto llama a concurso a los poetas nacionales y extranjeros para premiar la letra de dicho Himno de la Institución.

El premio será de dos mil pesos (\$ 2.000.00).

Para apreciar los trabajos que se presenten, el Directorio de la Universidad nombró un Jurado compuesto por el Presidente, don Enrique Molina, el Vice-Presidente, don Julio Parada Benavente, el Director don Abraham Melo, el profesor de Castellano del Liceo, don Guillermo Benbow, y un estudiante designado por la Federación.

Los interesados deben enviar seis copias de sus trabajos al Secretario General de la Universidad de Concepción, bajo pseudónimo, en sobre cerrado, y en sobre aparte otra copia firmada con el pseudónimo y el nombre verdadero del autor.

El certamen se cerrará el 1.º de Septiembre del presente año.

ATENEA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

ADMINISTRACION

— BANDERA 131 - OF. 22
CASILLA 4138-TELEF. 65547

Santiago, Junio de 1930

RODIN EN LA INTIMIDAD

Pedidos 184-92



Un poema de amor supremo hay en este recuerdo gráfico dejado por el maestro de EL PENSADOR, junto a él está la compañera, la mujer resignada, comprensiva y cariñosa que aureoló su vida.

Carlos Rogers y Cía.

COMPRA-VENTA
DE PROPIEDADES URBANAS
COMISION 2% AL COMPRADOR Y VENDEDOR

IIII

ARRIENDOS,
PRESTAMOS,
ADMINISTRACIONES

IIIIII

AGENCIA
GENERAL
DE

«LA AMERICA»

COMPañA DE SEGUROS
FUNDADA EN EL AÑO 1861

HUERFANOS 1235. Of. 4 - Teléfono 80186



**ARME A SU
HIJO**
para la lucha por la
VIDA

NOSOTROS LE AYUDAREMOS
LA COOPERATIVA VITALICIA 1907-1930

Miles de niños están recibiendo
— hoy esta poderosa ayuda —

USE

AFILAXINA SANITAS

Para protegerse contra las

URTICARIAS ALIMENTICIAS Y
OTRA CLASE DE MOLESTIAS
===== INTESTINALES =====

(Mariscos, Carne, Huevos, Leche, etc.)

DOSIS Y MODO DE USARLA: 1 a 2 grageas dos veces al día antes de las comidas

INSTITUTO SANITAS

AGUSTINAS 1955

SANTIAGO

BUCHANAN, JONES & CIA.

DEPARTAMENTO DE SEGUROS

Blanco 709 - Teléfono 4161 - Casilla 75 V - VALPARAISO

Huérfanos 1160 - Teléfono 87418 - Casilla 3439 - SANTIAGO

COMPAÑIA DE SEGUROS SOL DE CHILE
COMPAÑIA DE SEGUROS LA PATRIA
SUN INSURANCE OFFICE LIMITED
ATLAS ASSURANCE COMPANY LIMITED

INCENDIOS

Se asegura: Edificios, Menajes, Mercaderías, Maquinarias, Lucro Cesante, etc.

Se cubren también los riesgos de daños materiales causados por terremotos, huelgas, motines, etc., a primas módicas.

ACCIDENTES DEL TRABAJO

Se emiten pólizas que liberan a los patrones de todas las responsabilidades que les crea la Ley N.º 4055 de Accidentes del Trabajo.

SECCION AUTOMOVILES

Asegura automóviles particulares y camiones de carga contra accidentes del tránsito, incendios, responsabilidad por daños a terceros, gastos legales y traslado.

ACCIDENTES PERSONALES

Seguro muy adecuado para los profesionales, atletas, futbolistas, nadadores y deportistas en general.

La Electricidad en la vida práctica

Un destello misterioso hizo moverse espasmódicamente las patas de la rana en el laboratorio de Galvan. Desde ese instante la chispa del genio presintió la existencia de un flúido todopoderoso. La electricidad se revelaba en esa humilde experiencia, como los más elementales monosílabos en la boca de un niño. Y el hombre, infatigable en su afán de perfeccionamiento, suplió muy luego las deficiencias de aquella pila eléctrica rudimentaria e hizo vibrar el sonido mediante esa fuerza ignota. La chispa prendida en el cerebro de toda la humanidad civilizada. Los años y el trabajo perseverante de los estudiosos engendrarían los mil complicados aparatos y organismos técnicos que hoy asombran y benefician a la familia humana.

¿Habéis imaginado que el hombre pudiera conquistar de la naturaleza un poder comparable a la omnipotente y milagrosa influencia del sol en nuestro sistema planetario? ¿No es acaso en cierta manera semejante, y aun supera a la energía y al calor solar, la conquista o descubrimiento de la electricidad? De día y de noche, a diferencia del sol, ella constituye la fuerza abnegada y constante que mantiene como una savia invisible, la actividad y la civilización actual del mundo, a través de toda la superficie de la tierra, abarcando a la vez, la atmósfera que circunda nuestro globo. Miles de fábricas creadas por la energía mecánica moderna, centuplican su obra de transformación de la materia, mediante la aplicación de esta energía pura, «descubierta por el genio humano en los arcanos y leyes físicas de la naturaleza. De día y de noche ferrocarriles, vapores y aviones vencen vertiginosamente las distancias y orientan por medio de la radiotelefonía, sus rutas por las más apartadas latitudes.

El tren que nos transporta a velocidades desconcertantes va dirigido por la señalización eléctrica. El transatlántico que surca el océano o el avión que remonta al firmamento alejado de todo punto de referencia u orienta-

ción mediante la electricidad adquiere un sentido prodigioso que lo pone a resguardo del embate implacable de los elementos. Las ondas eléctricas en breves segundos recorren varias veces la circunferencia de la tierra para proteger a los barcos y aviones extraviados en el espacio sin fin trasmitiéndonos mensajes de la cultura y de la vida del planeta.

En todos los actos de nuestra vida, en los afanes más múltiples, complejos o insignificantes, la electricidad vela a nuestro lado, simplifica nuestros esfuerzos, amplía nuestras posibilidades, escruta los misterios del espacio y del organismo humano, desecha los obstáculos o dificultades que embarazan la lucha del hombre por la subsistencia, ahuyenta el dolor, la fatiga, la impotencia, la desorientación. Nos vigoriza para la lucha circundándonos de confort, alegría, luz y calor. A cada instante acaricia nuestros sentidos, en la vida pública, en el teatro, en la oficina, en la estación del ferrocarril y en el templo. Ella nos guía y orienta en la vida urbana y doméstica, mediante la iluminación; cautiva nuestros oídos por medio de las ondas sonoras transmitiéndonos los sonidos musicales o la imagen viviente y lejana, anima la paz y armonía de nuestro hogar, por medio de la calefacción valoriza nuestro tiempo, transportándonos fugazmente en el tren, tranvía o automóvil, calma nuestras angustias y nos evita mil molestias, ofreciéndonos utensilios maravillosos para la vida doméstica que significan ahorro y bienestar. En síntesis, a electricidad es la diosa invisible y protectora de la cultura y del progreso contemporáneos.

LEY 4055

El Seguro más barato contra
Accidentes del Trabajo se contrata
en el
DEPARTAMENTO DE SEGUROS,
Sección Accidentes del Trabajo

de la

Caja Nacional de Ahorros

DEVUELVE PARTE DE LA PRIMA A LOS ASEGURADOS CUYAS
POLIZAS NO HUBIEREN SIGNIFICADO PERDIDAS :::::

Solicítenos sin compromiso informaciones
y cotización de prima por un seguro
sobre el personal de obreros y empleados

OFICINA:

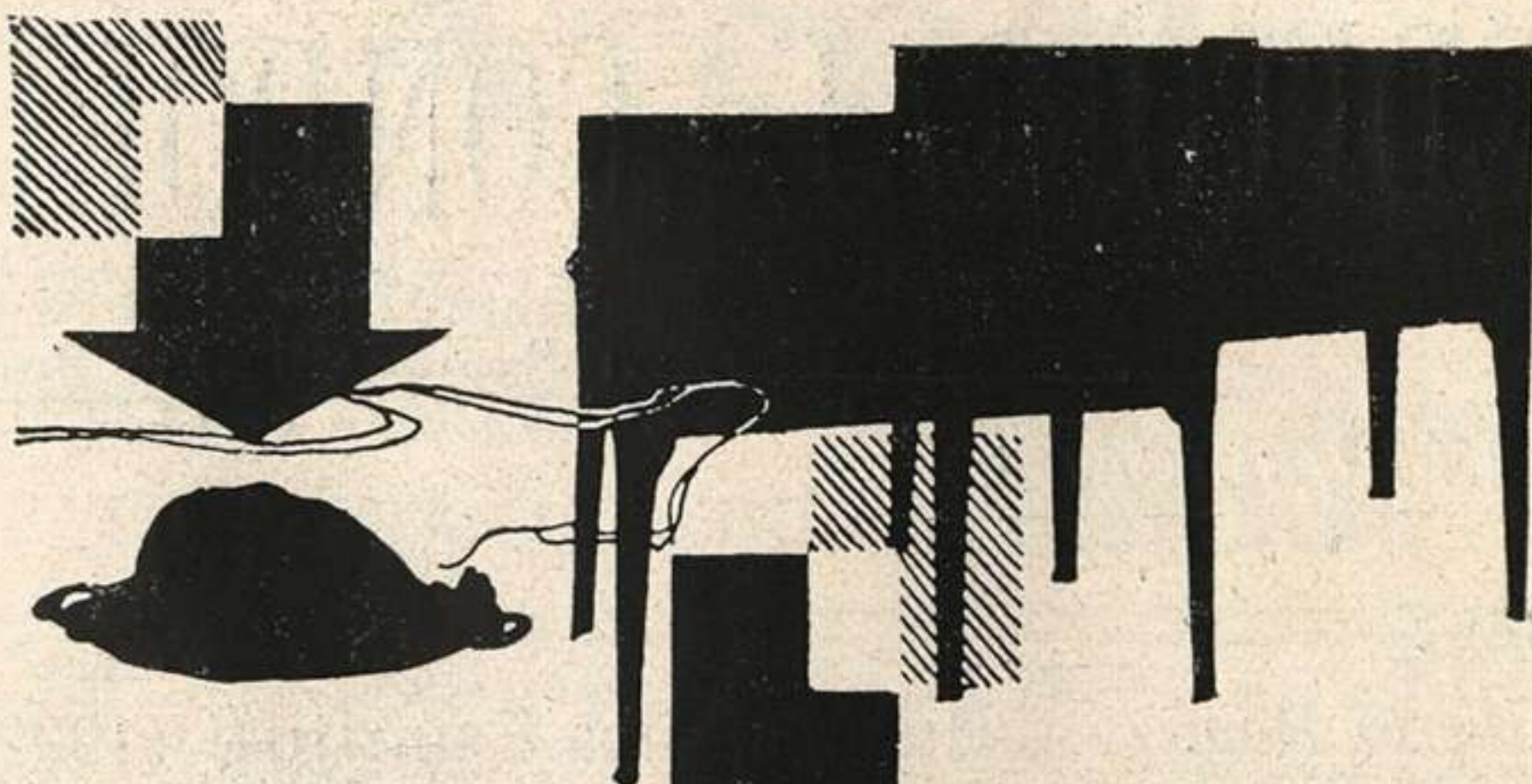
Calle MONEDA N.º 1390, Casilla 247, Teléfono 86638

SANTIAGO



Agencias en la

CAJA NACIONAL DE AHORROS DE CADA LOCALIDAD



PARA LA CASA
SUNTUOSA
Y
PARA EL HOGAR
MODESTO

*LA COCINA
ELECTRICA*

REPRESENTA EL
MÁXIMUM
DE VENTAJAS EN
TODO SENTIDO

Cía. de Tracción y Alumbrado de Santiago
AHUMADA Y COMPAÑIA

EDITORIAL CONDOR

Director: Ramón Ricardo Bravo

OBRAS PUBLICADAS:

VIAJES:

Alberto Romero.—Buenos Aires Espiritual (1922).

NOVELAS:

Joaquín Edwards Bello.—El Roto (3.^a Edición).

POEMAS:

Alberto Valdivia.—Romances en Gris.

José Asunción Silva.—Poesías (Edición definitiva).

Pablo de Rokha.—Los Cemidos.

EN ESTE MES:

HIRUNDO

CUENTOS DE
ALBERTO RIED

uno de nuestros más altos valores espirituales.

Precio por ejemplar: \$ 7.50

Bandera 131, Of. 22 - Teléf. 65547

Casilla 4138.

SANTIAGO

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VII — Santiago, Junio de 1930 — Núm. 64

Ernesto Glaeser

LA POSICION DEL ESCRITOR EN LA ACTUALIDAD

ENTRE los libros alemanes relativos a la gran guerra y que han aparecido en los dos últimos años, traducidos en casi todos los idiomas, Los que teníamos doce años de Ernesto Glaeser es, con Guerra de Ludwig Renn y el célebre Sin novedad en el frente de Remarque, el que ha tenido más éxito. Es necesario hacer notar que, entre los tres, es el de mayores valores literarios y el que nos revela a un escritor de porvenir. Remarque y Renn han alcanzado el triunfo porque sus libros correspondían a una tendencia espiritual unánime. Aprovecharon una oportunidad porque, en realidad, sus libros no ofrecen nada realmente nuevo. Glaeser, en cambio, representa una nueva generación que habla y que aun no ha terminado de hablar.

Glaeser nació en una pequeña aldea de la Renania, cerca de Maguncia, el año 1902. Su padre era juez. Desde

su infancia conoció las interioridades de la burguesía burocrática imperial. Llegó la guerra: el niño, de 12 a 16 años, sufrió en el liceo y en la pequeña aldea todos los contratiempos. Y son esos contratiempos de la guerra, que chocan contra la mentalidad de la nación, los que describe en su libro. Derrumbamiento de las ideas imperiales, trastorno de las costumbres, todo lo que produjo la guerra en la población civil de la Alemania acosada lo ha traducido Glaeser en la fresca visión de un adolescente, pero con la conciencia de un hombre que sabe prescindir, entre sus recuerdos personales, de la anécdota para no subrayar más que el hecho psicológico de importancia histórica. . . . Su libro contiene, así, una aplicación de las ideas que expone en el artículo siguiente, ideas características del estado actual de evolución social y espiritual en que se encuentra Alemania.

Actualmente Glaeser prepara una nueva novela: *Wiederaufbau* (Reconstrucción) en la que describe la revolución de 1919, la reconstrucción económica del país y la lucha por la consolidación de la República. Al leer su artículo pudiera creerse que sus teorías justifican su arte y que su tesis reduce la potencia de vida que se traduce en su última obra. Quien le conozca y sepa con qué pasión se entrega a la observación de la vida individual no manifestará esa creencia y le otorgará su confianza.



Dos ideas se contraponen al estudiar la misión propia del escritor en la hora presente. Una, que nosotros llamaremos romántica, quiere que el escritor se independice de las luchas que agitan a la comunidad política-social, entendiéndolo que debe permanecer al margen de las discusiones y conflictos de su tiempo, viendo en él el representante de los valores eternos y funda-

mentales de la humanidad, que se mantienen a través de todas las épocas, prohibiéndole la intervención en las luchas que destacan el perfil humano de la época en que vive, reclamando de él un abstencionismo de partido, la neutralidad política, un arte alejado de la polémica social.

La otra tendencia, a la que pertenece la mayor parte de los revolucionarios, reclama al escritor, lo induce a tomar posición y a luchar. Le pide que defienda los valores humanos contra las fuerzas que los amenazan. Exige su intervención en las luchas sociales, en los conflictos ideológicos mundiales. Llega hasta exigirle que sirva a un partido, un grupo, una clase políticamente activa. Y en este caso el escritor ha de interpretar el estado psicológico y fisiológico de importantes grupos de la humanidad, traduciendo sus caracteres y su situación material, social y espiritual.

Ambas tendencias combaten ardorosamente hoy día. Del resultado de esa lucha dependerá el contenido de la literatura alemana en los próximos cincuenta años.



Nos encontramos, hoy día, en Alemania, frente a esta alternativa: queremos una literatura neutral o una literatura activa, que tome una actitud crítica ante la situación del hombre y de las instituciones sociales. ¿Queremos escribir para describir o para cambiar? ¿La literatura debe traducir sin ambages las luchas nacionales, entrevistas en sus perspectivas humanas, o bien va a regresar a la antigua tradición del arte por el arte?

He aquí la síntesis esquemática, las bases del problema que quisiera examinar. Por de pronto hay que

conocer la situación del hombre en nuestra época, puesto que el hombre es el material con que trabaja el escritor. ¿Comparativamente a épocas anteriores se ha modificado esta situación?

Sí, se ha modificado. Hemos salido del individualismo del siglo XIX para entrar en el colectivismo del gran capitalismo. Y el progreso de depreciación del individuo no es solamente de orden económico. Es también un fenómeno espiritual. A la rebelión individual ha sustituido la lucha de clases, la revolución materialista. La invisible sociedad anónima ha reemplazado al pequeño propietario de carne y hueso. En vez del solo hombre, el grupo; la organización en lugar del individuo. Los hombres han llegado a ser casi imperceptibles, sus ideas han sido estandarizadas según las leyes de su situación social. El hombre aislado ya no es, como en el pasado, una personalidad que se forma a sí misma sino la expresión de un grupo. Ya no es dueño de sus ideas sino servidor de las ideas de un grupo. Su existencia privada está sometida a la potencia colectiva de una clase, de una organización. Poco importa que esta sea nacional, del proletariado universal, de la Iglesia Católica o del gran capitalismo americano. Basta comprobar este hecho: hoy día la mayoría de los hombres vive según las leyes espirituales y económicas colectivas y el pensamiento individual se debilita. Esto se ve hasta en el *sport* y en la forma más primitiva de colectivismo, el nacionalismo. Este fenómeno se manifiesta en todo. El retroceso del protestantismo y la decadencia del liberalismo, ambos de esencia individualista, se relacionan.

Como escritores, ya no nos encontramos frente a hombres aislados, individuos concentrados en sí mismos. Nos hallamos delante de grupos de hombres. No estamos frente al individualismo, sino frente a los miembros de las organizaciones. El hombre tomado aisladamente ha dejado de ser una materia artística en

la medida en que su pensamiento y su vida están sometidos a la vida y pensamientos de un grupo.

Un nuevo tipo humano se ha formado con el retroceso de la iniciativa privada. No quiero decir que ese tipo sea puramente utilitarista, superficial, reducido a dos dimensiones—porque algunos grupos se mueven a un nivel espiritual que el individuo no podría esperar jamás—. Frente a este tipo nuevo, la literatura no puede ver lo particular, sino buscar lo general. Para ser verídico, el escritor debe descubrir la estructura de la vida y librarla de lo excepcional para traducir solamente lo típico.

Si quiero presentar a un pequeño empleado no podría hacerlo prescindiendo de su profesión. Para penetrar en su psicología necesito pasar por su especialidad, penetrarme también de ésta. Si deseara delinear la personalidad de un hombre de negocios, no llegaría a nada describiendo sus características físicas, mostrando sus preferencias por la carne o las legumbres, por las mujeres rubias o las morenas. Tendría que mostrar el hombre trabajando, asido por las complicaciones de su profesión, en sus relaciones con las leyes del gran capitalismo. Entonces podría descubrir su psicología, porque sus caracteres generales son determinados por los fundamentos del trabajo que el hombre ejecuta. Por ejemplo, es posible que alguien haya amado en su juventud a los animales y que sea al presente presidente del Consejo de Administración de una sociedad que explote un matadero. Si importa la mercadería que vende, es la venta lo que le interesa. Los métodos de venta tendrán mayor influencia sobre su carácter que la mercadería. Debe vender con beneficio: es la ley del grupo. No debe pensar en lo que vende, sino en la utilidad. Traduce un sistema. Representar ese hombre es, en consecuencia, representar el sistema. Desaparece como persona privada, no queda de él más que la tendencia del grupo a que pertenece.

Este ejemplo vale hoy día para la mayoría de los hombres. Cada cual piensa conforme a las leyes de un grupo. Tomemos otra categoría: un juez. Si tenemos de representarlo ¿qué debemos conocer de él? El Código. Porque un juez sin Código no es un juez, sino una persona privada que no nos interesa. Así como un juez que se rebela contra el Código no puede ser representado más que en funciones de tal, porque la ley domina todos sus pensamientos aun en las horas de descanso. Del contacto constante con la ley nacen las formas de su psicología. Su pensamiento está sometido al grupo en ese caso, a la clase dominante que usa el Código como instrumento de dominación.



En los comienzos del siglo XIX era posible para un individuo vivir al margen de su grupo, fuera de su profesión. El Estado y las agrupaciones organizadas en su clase no tenían una potencia económica suficiente como para someter enteramente al individuo. El oficio y las clases constituidas no determinaban todavía la psicología del hombre. Entonces no estaba la vida tan reciamente ligada a una serie de leyes económicas que constituyen su objeto y contenido. El industrialismo al evolucionar hacia el gran capitalismo ha reducido al individuo al papel de empleado. La vida privada ha llegado a ser un instante de reposo mezquinamente medido entre dos jornadas de labor. El pensamiento individual se ha transformado en colectivo. No hay muchos hombres que sean tan libres como para poder representarlos fuera de la profesión que los une a una clase. Nadie es tan fuerte como para establecer una separación entre su pensamiento y su situación ecc-

nómica ni para eludir su pensamiento a la influencia de esta situación. Cada cual es arrastrado por el rápido proceso de racionalización y de mecanización que invade al mundo. La libertad del individuo aislado cede lugar a la sumisión, a la ideología del grupo.

Henos aquí ante un punto decisivo de la evolución de nuestra época. Si subsiste en el hombre una tragedia en el sentido burgués, liberal de la palabra, es el combate silencioso y desesperado del hombre para la salvaguardia de su libertad individual en un mundo mecanizado. La lucha, en suma, del protestantismo, de la responsabilidad individual ante Dios y las leyes eternas. Y esta lucha, que es un hecho hoy día, conducirá al triunfo del colectivismo. Prácticamente la solución se ha vislumbrado en Rusia, en Italia y en América, mientras que la batalla continúa en Alemania y Francia. Pero no hay mayores esperanzas para éstos porque ambos países están amarrados por fuerzas económicas poderosísimas, cuyas leyes se imponen absolutamente y se han asentado en las jóvenes generaciones.

Esta evolución es un hecho histórico. Son vanas las lamentaciones. Mi objeto es ver y recuperar lo más posible; lo que no quiere decir que me contente con la simple comprobación de esto. Debemos considerarnos ante una evolución que no está en nuestra mano detener y en la corriente misma de esta evolución debemos determinar la posición y los deberes del escritor.

Los individualistas acostumbrados a considerar el arte como una actividad puramente subjetiva han concretado la cuestión: ¿tiene todavía sentido el arte en esta época racionalizada? No está demasiado lejano la época en que el escritor encantaba al lector por medio de conflictos psicológicos sin relación con su existencia. La literatura permanecía al margen de la vida pública porque ésta no dominaba enteramente la existencia

del hombre. El mismo proletariado reclamaba obras que no se identificaban con su propia vida. Los trabajadores organizados, médula de la clase obrera, aunque comenzaban a pensar colectivamente, habían seguido la misma tendencia. Este hecho es sintomático de una época en que el pensamiento permanecía siendo individual y que quería reglamentar la suerte de las masas por medios individualistas, por medidas de previsión, de humanidad, de aburguesamiento del proletariado.

Tal concepto ha debido capitular en vista de las circunstancias. La guerra ha destruido el individualismo. Sus bases económicas se han revelado hoy día. Ha conducido a la racionalización, a la acumulación del capital en otro continente, a la *trustificación* del mundo. Amenazado en su existencia, el capital privado ha llegado a ser gran capitalismo, ha adoptado los métodos de organización del proletariado *avant-guerre*, ha tomado en cuenta la solidaridad y ha adoptado el colectivismo, se ha racionalizado echando por la borda al individualismo.

En esta situación, ¿cuál ha de ser la actitud del escritor?

Desde hace diez años la literatura experimenta sin cesar. Se pasa de una tendencia a otra. Estamos sobre un terreno movedizo, como en toda crisis social. Se crean escuelas que se dividen, doctrinas que se socavan. Un trabajo serio, una clara visión de la época, una justa apreciación de ella parecen imposibles. Arrastrados en este paso de lo individual a lo colectivo, hemos perdido la inspiración. Los escritores modernos, los que procuran percibir el signo de su tiempo, fracasan porque la sociedad en que viven se encuentra en estado de transición. Y los escritores que se sitúan únicamente en el terreno del individualismo, como Tomás Mann y Wassermann, alcanzan mucho más éxito porque se apoyan en algo neto: la humanidad burguesa.

y su centro, el individuo. Cuidémonos de no ver en ello un retroceso. Una profunda brecha se ha abierto en la literatura de ayer: los libros de guerra, distantes de todo refinamiento de estilo, que afrontan el trastorno del pensamiento individual en medio de la más decisiva circunstancia del siglo. ¿De qué proviene el éxito espontáneo de los libros de guerra? ¿De una nueva tendencia artística, de la revelación de nuevos talentos? No. Significan el reconocimiento de un nuevo estado de espíritu, contenido en un suceso del que nadie ha podido prescindir. Por primera vez, por medio de los libros de guerra, el pensamiento colectivo, bajo una forma popular, ha iluminado. No es que se amen esos libros por la evocación de la guerra, que gustaría recordar en aborrecible horror o en su exaltado heroísmo, sino porque ellos traducen la existencia colectiva en medio de una tragedia. En Agosto de 1914 todos partían con la gran alegría de salir de su aislamiento individual y fundirse en la colectividad nacional. Si la gran comunidad social no se ha realizado, si, por el contrario, la guerra ha acentuado los antagonismos de clase, no es menos cierto que desde entonces el valor individual del hombre tiende a aminorarse y que la necesidad de leyes económicas ha reafirmado la dominación de grupos y clases sobre los individuos. En todos los campos reina hoy día el colectivismo.

El escritor presencia este fenómeno como un vigilante observador. Si se desentiende de él pierde de vista el objeto de su investigación: el individuo sometido al pensamiento de un grupo. El grupo, no el individuo, debe ser el punto de partida para su creación. A ello lo obligan las circunstancias. Debe entonces adoptar una posición. Debe conocer la estructura de las cosas que quiere representar. Ya no puede entregarse simplemente a su fantasía: tiene que pensar. Debe conocer la sociedad. Esta le exige, no alegorías poéticas, sino obra

basadas en sólidos conocimientos. No ha de temer el hacerse portavoz, conciencia de la sociedad.

El escritor debe conocer las grandes leyes de la economía y su acción sobre la estructura espiritual de los hombres. El hombre de su tiempo determinado por los conceptos del grupo al cual pertenece y las leyes económicas que sufre, debe considerarlos el escritor como representación de su grupo social. Hoy, que todo es confuso, el deber del escritor es ser claro. Debe traducir lo que es. Debe asir todas las perspectivas de la época. Y esto no podrá hacerlo sino por medio del conocimiento de la estructura de su tiempo, el conocimiento de las fuerzas colectivas que se oponen y el renunciamiento al sueño de libertad individual.

Exclusivo para *Atenea* en Chile. (Traducción de F. Ortúzar Vial.)

LA CAIDA DEL ROBLE

DESDE el alto, el mocetón dió un grito para llamar al viejo que, calmoso, iba por el camino, con su hacha de hoja reluciente sobre el hombro: —¡On Alvarístoooo! Pa ónde se va pasando. ¡Si está pu aquí la dá ahora!

Púsose el nombrado la mano sobre la frente para mirar a contra luz, y ver a quién le hablaba. Era ya entrado en edad, pálido, de barbas entrecanas. Sus ojos de un gris acerado no pudieron distinguir bien, al principio, al otro que, afirmado en un coihue lo observaba desde arriba.

A esa hora, era maravillosamente fantástico el paisaje. Amanecía. El sol comenzaba a encumbrarse tras de la montaña, perforando con sus chorros de luz la tupida maraña de hojas. En el fondo un estallido fulgurante de luces. Marea de colores inundó los árboles poniendo oro y rosa sobre las copas rumorosas y en las ramas musicales donde la brisa prendía su beso leve, infiltrándose entre la fronda espesa.

Más allá, sobre los cerros próximos, la luz resplandecía, purificada ya de todas las facetas multicolores

de su primer estallido; se desbordaba sobre las anchas vegas, encaramándose luego en las lomas pardas de pastos maduros, donde los pedruscos destacaban su mancha plomiza. Luz vencedora de la noche, da rojez al camino y blanco albísimo a los ganados, que repechan los faldeos entre la mancha oscura de los maces y de los boldos.

Con desgano, sin un gesto ni mirada se saludan los hombres:

—¡Güenos días!

—Igualmente on Rubilar.

Silenciosos dejan irse sus miradas por el espacio anchuroso. El lago surge azul, aprisionado entre los pechos enhiestos de los riscos. Arriba el cielo es profundo, purísimo, y los pájaros lo cruzan con elegante levedad, describiendo grandes círculos cual si se sintieran traspasados por el frescor del amanecer. El sol, como un felino jugueteón de dorada piel, se recuesta a lo largo de los pretiles, se hunde en las zanjias y se dobla en las aristas de los roquedales que hay en la orilla del agua. A ratos se cuela por la quinchia de un rancho para exornar con dos anillos de oro las pupilas de una muchacha que despierta al influjo de su tibia caricia.

Armoniosamente despierta el rincón serrano. En la rama de un peumo, una lloica, mostrando la rosa encendida de su pecho como una roja herida, lanza su grito claro que parece explicar:

—Si fué con cuchiiillo....

Bullangueros los tordos repiquetean entre el boldad. Una bandada de peuquenes, arrogante, como un arpón que se fuera a ensartar en la profunda azulidad, surge de la ribera con leves chillidos intermitentes. Abajo, entre un huallento, una vacada desciende con tarda mesura camino del corral. Desde el caserío elevase el bramido tremulante, que ensordece la impaciencia de los terneros en el aprisco. Voces ásperas requieren el ganado. En la vega un campero despliega

su lazo, para aprisionar un caballo brioso, que huye en medio de la tropilla relinchadora y melenuda.

En la cima de un cerro se han detenido los dos hombres. Aun callan. Porque la belleza del amanecer se les entra en el pecho con armonía de canción, que es grato escuchar. En sus ojos hay transparencias de vida nueva, y sus músculos se contraen con vigor macerado, por el hálito húmedo de los montes.

—¿Querís pitar?

—Ya no má....

Levanta el hacha el mozo, para hundirla con ligero esfuerzo en el tronco de un árbol próximo. En seguida recibe de manos del viejo la tabaquera y lía en una hoja de maíz un cigarrillo. Luego:

—Tenimos que tumbar lo muy menos, tres robles antes de las ocho. Van a subir carretas a cargar hoy a media tarde.

—Asina ijo on Alisandro ayer. Pero ya hay trocería un porción. Pa dos viajes cuando menos.

—Mesmamente el cárculo que yo li había echao— dice el muchacho fijando la mirada sobre su compañero. Y la esmeralda clara de sus ojos rueda esquivada dentro de las cuencas, cuando el otro fija los suyos, acerados, grises, remanso turbio, bajo el cual se ocultan sus designios sin palabras.

Reposadamente fuman. Cenceño el viejo, los músculos se aprietan en sus brazos acordonándolos de venas azuladas: sangre madura que aun rebulle ágilmente. Musculoso, basto, el joven tiene el pecho ancho, y el esfuerzo sin sufrimiento de años desgastadores. Toma el hacha, y colocándosela en el hombro, salta ágil sobre un tronco, en tanto dice a su compañero:

—¿Amutuy? (1).

—Vamos—asiente éste brevemente, bordeando con reposo el tronco y apartando el quilantar que obstruye el estrecho sendero.

(1) Del mapuche: vamos.

Aroma intenso exhala el corazón de la montaña. Ulmos, lingues, canelos, olivillos exudan su fragancia penetrante. Pitíos y gallaretas agujerean la ramazón, con gritos agudos y sorprendidos. Los senderos, huellas de bestias y de hombres, descienden y se encaraman por los flancos del cerro. En partes, grandes piedras felpadas de musgo obstaculizan la ruta haciendo cambiar su dirección y repechar escalonada en las raíces de un árbol salidas a flor de tierra. Boquis oscuros se enrollan en los canelos, y sobre ellos cabalgan ingravidas las copihueras: labios encendidos que se buscan y se anudan en ramos aéreos: verde y rojo, blanco y verde, barnizados de sol a veces, recatados y húmedos en la umbría virginal.

En una explanada, robles magníficos, de grueso tronco mecen con rumor de ensoñación, sus altas copas, indiferentes y ajenos al próximo fin que les aguarda. Los hombres pasean sus ojos de expertos y casi a una voz deciden:

—Tumbemos éste.

Silenciosos se despojan de su paletó de casineta azul. Se desatan la faja de lana roja, para volver a apretarse con ella, fuertemente la cintura. Y como si fueran a cruzarse en un duelo fantástico, se acercan al árbol, víctima inerme al cual herirán sin piedad.

Son hacheros maestros. Uno hiere el tronco con el filo centelleador vuelto hacia arriba, el otro con la hoja hacia abajo. Van golpeando con precisión matemática. Mientras uno descarga el hacha y abre el corte, el otro la levanta con suave movimiento de descanso. Son cientos de años de vida vegetal que se defienden en espesas capas sucesivas, sujetando a veces el acero con un quejido recio. En los hombres hay un jadeo lento que les levanta el pecho en continuado ritmo de esfuerzo. Saltan las astillas en pequeños trozos blancos al principio, y luego, mientras más se adentra el hierro, se van tiñendo del rojo corazón del pellín, húmedo, casi

destilante del jugo de la tierra que succionan sus raíces poderosas.

La camisa de los hacheros ya se ha empapado de transpiración que también se escurre abundante por su rostro. Con el revés de las manos recias se la enjugan, engreñándose el pelo reluciente de sudor. El roble siempre erguido, tiene una altivez majestuosa. Entre sus ramas aun canta la brisa del amanecer, que alterna su melodiosidad con el gorjeo clarísimo de los pájaros, tan cristalino y alegre, que nada tiene de la melancolía de una última canción.

Después los dos hombres, hieren por el lado contrario, dejando un rato la ancha y roja herida, para abrir otra tan honda como ésta. Entonces la faena se endurece agobiante y dura, sin otro pensamiento en ellos, que la espera del crujido decisivo, que hará tambalear un instante al gigante de la selva austral. Una hora de labor no basta para doblegar tanta vida.

Los hombres han buscado la bolsa de sus provisiones, y bajan con trancos de bueyes sedientos la ladera de la quebrada próxima, para mojar en el estero la ración de harina tostada. Se la comen ávidos, en gruesos pelotones que saborean con deleite. Una que otra palabra:

—Durazo el diablo ¿no?—dice el mozo.

—Es como roble crespo—habla el viejo, tal si no contestara y fuera sólo una observación ajena a la reflexión del otro. Suben después por el flanco de la hondonada, entre matas de helechos de enormes hojas relucientes y finas, que les lamen los brazos con fresca caricia. Y nuevamente los puños recios se aferran del hacha, para herir ahora con más saña, con un vigor que va creciendo en un ansia asesina y demoledora. Hasta que de súbito el roble cede. Es un quejido largo en el cual hay casi un dolor humano, salido de muy adentro, de lo más recóndito, de los más hondo. Dolor imposible de describir, pues domina toda aquella ma-

jestuosa altivez, dijérase es un imprecación de la naturaleza.

El árbol da la impresión de que va a erguirse por última vez, que su copa que bebió siempre la primera luz, la más pura brisa y el más fresco rocío, se va a levantar por encima de la selva para decir su adiós. Pero no. Con estrépito aterrador se abate sobre la fronda que le rodea, hasta derrumbarse con fuerza inmensa haciendo retemblar la tierra, como si quisiera perforarla para buscar en su seno el amparo que necesita su tronco vencido. Gigante descomunal se quiebra los brazos en la caída para mostrar el disco enorme de la herida que destila la savia poderosa de cien años de existencia.

Agotados, los hombres se apoyan en el astil del hacha, en cuya hoja fulgura el sol del medio día....



¡Las doce! Un rayo vertical apuñalea las pupilas de los hacheros cuando tratan de comprobar la hora.

—Voy a ir a aguaitar si los traen los porotos. ¡Mamitas que hace «villa»! (1), ¿no?

—Anda vete no má—replica su compañero indiferente—. Yo te aguardo aquí.

Pero apenas aquél desaparece entre las ramas, el viejo se incorpora ágilmente. Su mirada se agudiza tratando de percibir al muchacho. Agazapado como un felino en acecho, se va tras él, cauteloso, escondiéndose tras los troncos. A ratos una franja de sol se recorta sobre la camisa del perseguido, destacando su silueta en la sombría claridad de la montaña. Luego se

(1) Del mapuche: hambre.

detiene, también vigilante. Entonces Evaristo se oculta entre las quilas, esquivándose, pero siempre con el busto adelantado y los ojos perforadores y avizorantes.

La sorpresa hiende, de súbito dos surcos profundos en su frente. Las cejas entrecanas se unen en dos arcos pronunciados. Junto a Zacarías Maureira hay ahora una mujer. Evaristo Rubilar ha reconocido inmediatamente en ella a la Clorinda Salgado, casada con su único hijo, y que trae el almuerzo a la hora del mediodía. No es posible confundirla, pues su pollera de franela granate con listones negros y su chupalla adornada con un cordoncillo verde la delatan. Es una moza alta, gruesa de fisonomía descocada y aire altanero. Grandes ojos pardos, de gruesos párpados y pestañas muy tupidas y lisas hacen inexpresiva, estúpida y sin gracia su cara ancha de labios carnosos.

Pero ante Zacarías tórnase zalamera, acogedora y rendida, con esa pasividad de bestia en actitud de entrega al dominio brioso y ardiente del macho en celo. El muchacho, empero, no se prodiga demasiado en caricias que exalten la sensualidad de la mujer. Amor instintivo, fiebre ancestral sin belleza ni poesía, el latigazo del deseo los empuja hacia el misterio del bosque. La fina ramazón del quilantar se abre en blando abrazo al peso de sus cuerpos, donde los sentidos laten, como un motor falto de lubricación....

Arriba el sol se ha encumbrado, radioso, deslumbrador, brillantando los remansos azules que arrebujan con neblina de ensueño las montañas distantes. Entre el follaje zumban los tábanos y moscardones. Las cigarras aprietan el resorte de su chirrido monocorde amodorrado en el aire inmóvil, cálido y espeso de perfumes que se adentran en el cuerpo con un vaho sensual y enervador.

Las cejas erizadas y el puño adelantado, es una amenaza la actitud del viejo, al contemplarlos enfurecido.

En los ojos ardientes hay dos aceros vengativos, que entenebrece un odio feroz.

—¡Cochina, cochina!—brama roncamente.

Y torna brusco y rápido hacia la explanada, sin poder arrancarse de la retina la visión presenciada. En esa visión también aparece su hijo, «único hijo que le dejó la finá», según su expresión, a quien quiere entrañablemente, sintiendo a la vez un poco de compasión hacia él, porque no es lo suficiente hombre para hacerse respetar por sí mismo. Recordó rápidamente su tragedia: a la muerte de su mujer, el pequeño quedó sin tener quien lo cuidara; él debía dejarlo encargado a las vecinas, que ponían poco o ningún interés en atenderlo. Así creció flacuchento, raquítico, enfermizo y para colmo, cojo a causa de una quemadura mal curada que sufrió en una pierna. Y siguiendo el curso de su soliloquio, y considerando la incapacidad física de él para castigar a quien lo deshonra, exclama en voz alta:

—Pero no importa, con este viejo se las entenderán, él y ella.



Un tupido y esponjado cendal de rosa arrebuja el cordón de cerros. Toda la gama del iris, opulenta y maravillosa en su deslumbramiento, pone matices encendidos en los reflejos del sol poniente. Los potreros se bañan de sol que resbala como una marea dorada dando un verde clarísimo al pasto. Desde el hondor de las quebradas la neblina sube como una humareda azul, misteriosa y sombría. Bandadas de pájaros cruzan el espacio en busca de sus alojamientos. Balar tremulante de ganados descende las laderas en dirección a los

caseríos. Gritos lejanos, que apenas llegan a través de la distancia, impregnan el ambiente de poesía. De poesía triste como la que deja en el alma el adiós a aquello que adoramos.

En los estrechos senderos de la montaña los labradores ultiman el carguío de sus pequeñas carretas. Cada una lleva, recostado como un gigante enorme que se equilibra sobre la cama de recia tablazón, un trozo de pellín, que será rebanado por la hoja reluciente y afilada de la sierra circular. Bueyes pequeños, enyugados ya, se internan trabajosamente—dificultados por el yugo—entre las matas a ramonear el quilantar.

—¡Por la remáquina, que es bien gznachero on Alvaristo! Callampito se apercolló los Venaos grandes. Con esos es pa irse a la segurera toitito el camino.

—El que se manea es vaca—replica Juan Méndez a Zacarías—. A vos tampoco te faltaron ganas e pescártelos.

—A éste las ganas no le faltan nunca—dice a su vez el viejo con acento que tiene más de encono que de sorna.

Ya la luz ha huido por completo. El disco roto de la luna nueva se destaca con blancura reluciente en el cielo oscurecido. Trinos de pájaros se quiebran en la sombra, salpicando de dulcedumbre la tarde. Voces roncas, mugidos lamentosos llegan en la ligera brisa. Luego el vocerío aumenta. El convoy de carretas se ha puesto en movimiento para dirigirse hacia el aserradero. Comienzan a rodar entonando una sinfonía quejumbrosa. Sus ruedas de madera reseca diríase que llevan dentro el torcedor de la montaña, que llora el desbande de sus hijos. Los bueyes montañeros, pequeños y musculosos, se recogen en la sombra, poniendo en cada tranco la cautela necesaria para no resbalar y ser empujados a las quebradas, por el peso muerto de los enormes trozos. El chillar de las ruedas a ratos se alarga como un alarido, cual un grito de dolor infinito.

Empieza bajito, semejante al hondo mugir del ternero que se acerca a su madre, para chupar la ubre. Después se intensifica en tonos de angustia, de desesperación creciente, hasta llegar a los alaridos de la locura.

A ratos da la impresión de que toda la montaña se ha puesto en movimiento y que de cada árbol se alza la voz dolorida de la selva, para protestar de su devastación. Son veinte carretas que van doblando encrucijadas, rodando por los faldeos, o forcejean en las cuestas de los senderos estrechos, a medio desbastar entre pedruscos y gruesas raíces. Oyese intermitente el:

—¡Tée, tée tézaa...!—de los hombres que delante del yugo van vigilantes de llevar firmes su carreta. En los repechos, tórnase el grito en vocerío ensordecedor.

—¡Afírmate güei malo! ¡Ah, ah!

De pronto el convoy se corta. Uno de los hombres grita a su compañero más próximo:

—¡Venga a cuartiarne on Donisio! Me le resabió el Frutilla.

—¿No le ije yo? Si ese Frutilla no sirve p'al pértigo. Es inútil ponélo, porque no tira bien más que cuartiendo.

Se oye el ruido de la cadena chocar en las piedras. Cuñas de maderas labradas en chaflán afirman las ruedas de la carreta a la cual se saca la yunta. Los del accidente reniegan con interjecciones gruesas y enérgicas, aplicando al Frutilla los peores calificativos. En un recodo, hay dos carretas detenidas en la parte plana del camino. Sus conductores conversan en voz baja, agria, dura.

—Oiga on Alvaristo, ¿quiere icíme una verdá? Hace tiempecito que usté mi anda tirando cortes. Si algo tiene conmigo, no es preciso que mi ande palabriando: la franqueza ante too on Rubilar. Los dos somos hombres y al igual nos hemos de responder.

La voz es ronca, ansiosa, temblona y crispada de inquietud. La del viejo, sorda, enconada:

—Razones sacan razones. Yo no te palabreo, lo que yo quiero es verte más hombre, con más conciencia pa ver lo malo que estai haciendo. Robándote lo que no es tuyo. Comiéndote lo que tiene dueño. Aprovechándote que la oveja se aparta del camino, cuando el ojo de su amo no está sobre ella, y consierando que éste tampoco es muy capaz de hacerte un valiente. . . .

—¡Me consolara on Alvaristo! ¿Que l'está entrando malura e cabeza? Toy más colgao que un coulle. La purita que no sé atinar a lo que me está iciendo.

Pero antes de concluir, Evaristo Rubilar se acerca más a él, casi estrellándolo en el yugo. Su aliento denso, quemante, es como sus palabras ardidadas de furor, rotas por la ira:

—Mejor habías de cerrar la tarasca, care'callo, mentiroso. Me querís negar que me llamo Alvaristo, que yo mesmo te hey presenciao con mis ojos, propios en la hecha con la Clorinda. Con estos mismos ojos que Dios me dió, los ví yo revolcándose en la porquería.

—Y di hay, si el gusto tamién es de ella. Yo por la juerza no agarro a naide. Lo que a uno le falta hay que buscalo. Y a la Cloro, ya usté sabe: si no soy yo.... Si su hijo juera más pión no le pasarían estas trajerias.

Y como si al oír el nombre de su hijo el hombre hubiera tocado una pila eléctrica, y todos sus sentimientos se apretasen en un fiero impulso de castigo, Evaristo Rubilar se fué sobre el otro, gritándole con la voz silbante:

—Pero m'hijo tiene su paire, su paire que pone su pecho por él. ¿Lo oyís? Y si no dejái tus mañas conmigo te las vay a poner. ¡Conmigo, perro lairón, conmigo, conmigo! A mí vos no me vandiáis. . . .

—No me falte on Rubilar, no me falte. Yo tamién tengo la sangre caliente. Igaselo a ella, a ella que anda poniendo el plato.

Rechinan las ruedas. Un bramido largo como un grito de pavor se alarga a través de la noche. Siguen su camino los dos hombres, con un deseo oscuro dentro de ellos, con esa fiera decisión que sólo se aplaca en la rojez de una herida, o bajo el golpe de un puño recio.

III

Clorinda, la mujer de Sebastián Rubilar, tenía fama conquistada de hembra vigorosa y de resolución. Risueñamente se contaba la manera cómo había enamorado al muchacho. Era éste un hombrecillo flacucho, enfermo del pecho, con una pierna más corta que la otra, a causa de una quemadura cuando pequeño. En una grave enfermedad, que tuvo siendo ya hombre, Clorinda lo llevó a su rancho, y allí junto con darle la comida, los remedios y la ropa limpia, le entregó también los ardores de su naturaleza robusta y bravía. El muchacho habíase dejado querer y vivía aliviadamente, hasta cuando un día la impuso de su resolución de ir a trabajar en las faenas de reparación en el camino de Lebu a Los Alamos. Ella lo escuchó con asombrado gesto:

—¿Así es que te querís ir ahora? Milagro e Dios, ya te amejoraste pa que las vai a emplumar. Esos son los güenos consejos del viejo e tu paire, que te enseña a ser esconsierao y mal pagaor. Pero conmigo no te las venís a poner. Si te vai, los vamos los dos, y después que los pongan las bendiciones, antes de eso usté no se me mueve di aquí.

—Pero si tenemos que golver, Clorito. . . . Vamos a estar pu allá hasta la salía de la primavera. A ver si juntamos unos cobrecitos p'al casamiento.

—Mé, que lindura. . . . Así es que yo me voy a quear muy tranquila de que vos te vay, sabiendo toa la vecindá que yo tengo mi honra perdía en poder tuyo. No

mi hijito. Esa si que no li aguanto. Mañana mesmo lo arreglamos tóo.

—Pero si mi paire no mi ha dao el permiso. El tampoco es gustoso de que yo me case.

Iracunda, con los ojos centelleantes, y los gruesos labios húmedos, apretados en un gesto decidido, le atajó:

—Así será. Yo no me pueo quear así, pa que tóos hagan risa de mí. No hablemos más. Di albita los vamos mañana pa Cañete. ¡Miren que viejo fresco, mejor había de enseñarte a ser cumplior!

Y, en efecto, al otro día a primera hora, Sebastián se dirigió a Cañete, llevando a su flamante novia al anca, a fin de devolverle la honra que tenía tan perdida.

Trabajo costó para que el viejo Rubilar llegara al rancho de su hijo. Aquella mujer no le entraba. Reconcentrado y taciturno, siempre estaba pensando en que el matrimonio no la haría cambiar de hábitos. En la cocina de los trabajadores muy pocos eran los que no podían contar algún lance con la Clorinda. Ahora por respeto a él no los repetían en voz alta, pero por cuchicheos maliciosos, que estallaban luego en ruidosas carcajadas, él pudo advertir que la moza continuaba en sus mismas costumbres.

Una cólera sorda le iba llenando el pecho. Vivía obsesionado de una idea fija: poder constatar la certeza de sus sospechas.

Y desde el día que la sorprendió ya no tuvo tranquilidad. Cuando iba al rancho, apenas podía contener su rabia al ver cómo manejaba a su antojo al muchacho, y era sólo su voluntad la que imponía su capricho sobre los jornales de aquél.

—Si no juera tan embarrá no me importaría—monologaba a veces mirándola con sus ojos fríos, ocultadores de toda la inquina que sentía hacia ella.

Hasta que una tarde, encontrándose de visita en el rancho, a los pocos días después de su conversación

con Zacarías, no pudo ocultar por más tiempo su indignación, al verla remendando unos pantalones de su amante:

—La suerte de algunos—expresó—; no necesitan tener mujer propia que les remiende las pilchas, lo cual otros siendo casados no lo consiguen, y andan como perejil sin hojas.

La moza, arisca y violenta, dió un brinco en el piso, fijando en él las pupilas encendidas de enojo:

—¿A mí me lo ice on Rubilar?

—Siendo que naide más ta aquí, a vos será—repuso aquél con firme y duro acento.

—Usté habla porque tiene boca. Porque es un viejo propasao. A usté ni a naide le importa lo que yo hago. No se apuran los güeyes y chilla la carreta. Lo que no hace mi marío, viene a hacerlo usté. Pa entremetío no más es güeno. Con razón ice la gente que mató a pausa a la pobre finá.

Tiró a un lado Rubilar la jarra en que se servía harina tostada, para increpar, pálido de cólera a la mujer:

—Y te atrevís a hablar, maldaosa sin conciencia, que no tenís temor a que Dios te castigue. Te conozco bien toas tus mañas. . . . ¿Creís que yo no te hey visto faltándole al tranco a tu marío? Bribonaza arzoluta, no tenís otro destino que matate a palos.

La moza le escuchaba estupefacta.

La cara amoratada, los ojos desorbitados. Un respiro le subía y bajaba el pecho, tal si de pronto fuera a reventar. Y en efecto, fué así, pues estalló iracunda, vomitando injurias horribles, blasfemias que como barro podrido le salían de la boca.

—¡Viejo perro, ardiloso, levantaor, asesino de tu mujer, asesino!

En el paroxismo del furor, pescó un gran tizón ardiendo, y lo descargó enloquecida sobre el viejo. Un rugido de fiera, un lamento ronco, como el de los novillos, al sentir la marca de fuego, escapóse de labios de

Rubilar. Le había quemado la cara, y una esquirra dura del leño le abrió un tajo en la mejilla. Y antes de que la mujer le lanzara la olla de agua hirviendo, como ya se aprestaba a hacerlo, saltó sobre ella, tomándola por el cuello, cuando trataba de incorporarse. Como una gata en celo se abrazó a él, tratando de morderlo. El ciego impulso de sus cuerpos los hizo rodar por el suelo, junto a la fogata donde se debatieron, sin conseguir el viejo dominar a la mujer que, hombruna y robusta, trataba de estrangularlo, enterrándole los dedos en la garganta. Lanzaba gritos de auxilio, mezclados con insultos procaces.

Hasta que súbitamente el hombre, de un vigoroso empujón, la tendió de espaldas golpeándola con ferocidad:

—Es preciso que te mate, que te mate—jadeaba ya con la trágica y real intención de hacerlo.

Mas, de pronto, una silueta irregular garabateó su sombra, en la rojez proyectada por la fogata, sobre la pared de la estancia. Desorientado al punto el recién llegado, no supo que pasaba. La oscuridad llenaba el rancho. Una llamita delgada como un puñal de filo azul era ahora toda la luz que mostraba la escena.

Con impulso desesperado e inaudito, la mujer logró desprenderse de las manos del viejo, para partir la noche con un grito terrible, con un alarido salvaje, que taladró la noche, como un hierro vibrador.

—¡Mátalo, Sebastián! ¡Mátalo, mátalo! ¡Mata a este viejo cochino, que me quería forzar! ¡Mátalo, mátalo, Sebastián!

Fué la tragedia oscura, la descarga ancestral, que surgía desde el fondo feroz del tiempo; sangre de generaciones sin ley y sin amor que salpicó sus vidas. Un cuchillo fulguró, siniestro, para hundirse, enterrándose, sepultándose en una locura sin igual en el pecho del viejo, haciendo saltar un chorro de sangre caliente y espesa, como la savia del encendido corazón de los pelines.

Y el fardo de la vida potente de un hombre se desplomó ante el recio mazazo del destino. Apenas los labios moribundos, en un estertor de infinito esfuerzo, lograron articular:

—¡Sebastián, hijo mío!

Un hondo silencio acercó el inmenso susurro de la montaña. Caía un roble, pero quedaban otros erguidos y altivos que, sin temor a su destino, seguían meciendo sus copas en el viento de la noche. . . .

Raúl Silva Castro

PARA LA FUTURA NOVELA CHILENA

HE dicho ya que la novela tiene por objeto la vida humana. (Véase el ensayo titulado *Novela, estilo y teatro*, publicado en esta misma revista en el primer semestre de 1929.) Examinemos en seguida en qué condiciones se cumple este objeto cardinal de la novela. Esto por lo menos en Chile. Nuestro ambiente podrá ser muy pequeño y hasta podrá parecernos reducido, pero es nuestro y eso basta. Dentro de él la novela ha de ser chilena. Es muestra de fidelidad a la tierra natal, aunque tal vez no lo sea siempre de buen gusto, prestar atención preferente al fenómeno vital que se desarrolla en el país. Si un historiador dejara de historiar sucesos de la vida nacional y se dedicara a los hechos del mundo en torno, lo acusaríamos sin vacilación de abandonar la vida de su suelo para atender a la de otro. Y cuando—en una esfera muy distinta—pensamos en que hay capitales para mover empresas en Bolivia y no los hay para animar iniciativas semejantes en Chile, unos ríen y los demás vituperan. Ahora bien, en la vida literaria sucede algo muy parecido y que merece algún estudio.

En estos últimos años se ha venido desarrollando una literatura muy simpática; tan simpática como efímera. Literatura liviana y algo aérea, hecha de sugerencias amables y basada en la magia del estilo y a veces en alguna introspección psicológica nunca muy profunda. Si a los jóvenes que cultivan esta escritura se les pregunta por sus preferencias literarias, confesarán que un solo escritor chileno los satisface plenamente: Augusto d'Halmar. Entre los extranjeros leen con asiduidad—e imitan en algunos procedimientos—a Loti y a Farrere todos ellos, y algunos agregan a éstos a Lorrain o Wallace, Wells o Julio Verne, Motta o Salgari. . . . ¿Es una sub-literatura? No. No lo es porque el estilo merece el cuidado de estos escritores. La sub-literatura se distingue porque en ella se escribe como cae, sin selección alguna de términos, sin pesar las palabras, sin evitar los estribillos o las cacofonías o los tópicos pedestres. En efecto, sólo en la sub-literatura se pueden hallar frases como esta:

A las tres de la tarde del 7 de Abril de 2014 descendió de un giroplano invisible en la terraza del National City Bank, un hindú de *aspecto varonil y apuesto*.

Tomó la jeringuilla y se colocó una inyección de arsel. Instantáneamente *recobró toda su perdida potencialidad*. Ingirió, además, tres comprimidos y *se sintió otro hombre* (1).

Pero no se trata de sub-literatura, cuya causa ya está juzgada. Se trata de una literatura respetable y hasta digna de elogio, pero cuyos procedimientos no deben a juicio mío extenderse ni propagarse. Me refiero a Augusto d'Halmar, ya citado, y a sus discípulos chilenos más notorios. No creo ocioso referir aquí algo de lo que hizo d'Halmar en su mocedad. Pertene-

(1) Extraigo estas citas de un toleto recientemente publicado. Su autor figura entre los nuevos escritores. Es curioso. Los malos escritores se llaman ahora, a sí mismos, *nuevos*. Inútil creo advertir que soy yo el que subraya las expresiones singularmente pedestres.

ciente a una generación muy eficaz, la de 1900, d'Halmar se dió a conocer como admirador de Maupassant, Flaubert e Ibsen (1). En los años de su iniciación vaciló entre ser actor y ser escritor. Prefirió lo último, pero siguió vacilando. En efecto, ha sido un escritor entre chileno y cosmopolita. Mientras no salió de Chile, el camino parecía trazado para él. Primero una novela, *Juana Lucero*, que historiaba los vicios de Chile, y luego un libro de cuentos, *La lámpara en el molino*, dieron prueba de su interés por el ambiente natal y de su decisión de servirlo literariamente. Y no sin brillo. En *La lámpara* hay bellas páginas de prosa, infinitamente menos impura que la con que más tarde nos ha gratificado el autor. Pero un día se le hace Cónsul en la India y más tarde va al Perú y recorre Europa, y el escritor se desarraiga. Vuelve a Chile sólo una o dos veces, y ya apenas lo sienten chileno los que lo han conocido antes y pueden apreciar—y lamentar—el cambio. La lista de sus obras posteriores—*Pasión y muerte del cura Deusto*, *Nirvana*, *La sombra del humo en el espejo*, etc.—es la lista de sus errores.

No ignoro que este escritor ha sido elogiado y podrá serlo todavía; ni tampoco que tiene admiradores y seguidores. Pero en cambio de esto ¿no ha pensado nadie en la clorótica calidad de su arte? Esa es una creación literaria incapaz de soportar no ya el paso del tiempo pero ni siquiera una corriente de aire frío. Es un arte de invernadero, nacido al calor de estufa del trópico y de la imitación. ¿Hay alguna sensación o algún matiz de esa literatura que no esté contenido ya en los libros de Loti y de Farrere? Si se lee a un escritor para conocer—y participar o disentir—su interpretación de la vida, y si antes de leer a d'Halmar se ha leído a alguno de sus maestros, nada habrá que

(1) *Januario Espinosa* (*Atenea*, N.º 2 de 1928; pág. 169) agrega a éstos Daudet, Zola y algunos otros. En ese artículo se encuentran muchas noticias interesantes sobre d'Halmar.

salve esta literatura. Se me dirá que la originalidad no es fruto frecuente en la literatura. Lo concedo. Mas si no es común la originalidad, es más o menos frecuente cierto eclecticismo en las fuentes, que libra al lector de la monotonía y hace que el escritor, con cierta maña, pueda darse patente de alguna originalidad. En suma, el mal está en imitar a un escritor en todo. Si se toman las ideas de uno, las imágenes de otro, el estilo de un tercero y tal o cual matiz o tono de un cuarto o de varios más, todo andará bien. Pero traspasar todo el caudal de un solo autor o de dos es dar a nuestros escritos carácter de simple calco. Y esto ya no es literario siquiera.

A esto debemos agregar la triste dualidad del estilo. Sería un empeño hartamente vano pretender probar que d'Halmar no tiene estilo. Suyo o prestado, hay en sus libros todo lo que caracteriza al estilo: la cadencia, el número, una ralea peculiar de imágenes, etc. Pero al lado de todo esto se ufana una ignorancia consciente del idioma español. Una ignorancia tan cabal, que esos escritos parecen una traducción poco digna del francés. He aquí pues un destino manco. Lo que puede dar una mano dueña de los secretos del estilo no lo puede aprovechar la otra, vacilante entre la lengua natal y la aprendida más tarde. Yo no niego que se pueda leer a d'Halmar con algún deleite. Pero para ello se necesitan muchas condiciones que no siempre se reúnen en gran número de lectores. No quiere decir esto que a mí d'Halmar me parezca un exquisito escritor de *élites*. De ningún modo. Es un escritor para hombres de sensibilidad más aérea que concreta, amigos más de la entelequia que de la *vida vivida*. Y éstos también se dan en el rebaño.



En Salvador Reyes, que es uno de los confesados admiradores de d'Halmar, hay por lo menos dos superioridades. La primera reside a mi entender en que su arte no es manco. Quiero decir que este escritor une a su instintiva capacidad de buen estilo un conocimiento mayor del español que su maestro. Los escritos del autor de *El último pirata* no parecen traducciones del francés. La segunda de sus superioridades reside en la calidad de su imaginación. Se ha dicho y repetido que Reyes inventa no sólo las fábulas de sus cuentos y novelitas, no sólo a los personajes que las sostienen, sino también los ambientes en que se desarrollan. Es la verdad. En *El último pirata* hay cuentos que ocurren en países distantes, en los mares de China y del Japón. En *El matador de tiburones* y en *Los tripulantes de la noche* se ven aventuras riesgosas de seres no poco extra-sociales, que practican profesiones desconocidas en estas latitudes. Reyes conoce el mar; pero ese mar es un mar doméstico, el mar de las costas de Chile, que nunca ha tenido tiburones y donde los piratas y contrabandistas no son frecuentes. Pero estos acaecimientos están inventados y contados con una gracia sutil, un poco irónica, que nunca podrá quedar mal en la literatura. Reyes toma su profesión de cuentista como un imperativo de imaginación. Todo lo inventa, pero con gracia; todo lo estiliza, pero con permanente buen gusto. Su arte, aunque es un arte sin carozo, no es clorótico.

Todas estas salvedades no lo dispensan, sin embargo, del pecado de pasar indiferente ante la grandeza secreta de los destinos vulgares. Esto es imperdonable en un novelista. No creo que tenga mérito alguno atraer al lector con la narración de estupendos hechos imaginados. En la historia de la literatura española hay una etapa cuyo recuerdo aclarará nuestras ideas. Es aquella en que la novela de caballería domina sin obstáculos. Seres estadizos, que no habían

corrido más riesgo que hacer un viajecillo de Toledo a Salamanca, tomaban la péñola para entretenerse narrando las fabulosas aventuras de Alifanfarón, las princesas encantadas, el Mago Merlín y el formidable caballero Belianís. Dicen que toda esa bambolla se deshacía ya por lo propecta y lo inverosímil cuando Cervantes trazó su Quijote. El triunfo primero de este libro fué pues el de una invitación a la realidad de la vida. Cervantes, que algo había padecido y que había viajado mucho en condiciones dramáticas, tenía derecho para hacer mofa de los andantescos personajes de que estaban pobladas las novelas de caballerías (1). Su héroe es un héroe bufo. Un hidalgo modesto, una pequeña locura, hechos en que se tocan lo sublime y lo ridículo, como siempre en la vida; un escudero fiel.... No; no es necesario que cuente lo que allí ocurre. Todos debemos saberlo. Pues bien, la reacción de Cervantes en este libro es una saludable reacción realista. Si en ese tiempo se hubiese ya descubierto la naturaleza como tópico literario, creo que también se les habría reprochado a los libros de caballería su irreal emplazamiento geográfico. En eso Cervantes fué de una genial fidelidad a su medio. En efecto, a las comarcas fantásticas, a los países irreales, a los castillos embrujados, prefirió las pardas llanuras castellanas, los caminos polvorientos, frecuentados por recuas de asnos y piños de carneros, y las ventas en que toda incomodidad tiene su asiento. Hizo bien. Como haría bien todo escritor dueño de un buen estilo y de una imaginación fructífera que se dedicara a contar lo que sus ojos ven todos los días. Como han hecho bien todos los realistas. Como han hecho bien aquí en Chile muchos escritores abnegados que al divagar imaginativo prefirieron y prefieren la sublima-

(1) Pedro Corominas en su reciente libro *Por Castilla adentro* inserta un estudio sobre *El sentimiento de realidad en los libros de caballería* que prueba cumplidamente la falta de observación que revelan los autores de tales obras.

ción de la realidad. No hay materias artísticas desdeñables. Creo que eso ya lo probó Flaubert cuando hizo seguir su arqueológica *Salammbó* de *Madame Bovary*. La primera es un alarde de imaginación y de bello estilo; el romántico que vivía en él se ha expansionado allí hasta el delirio (1). Pero la segunda es obra del genio creador. Creo que la diferencia está visible para todo el que no sea ciego de nacimiento en achaques literarios.

Otro de estos escritores imaginativos que parecen desdeñar la realidad ambiente al trazar sus cuentos, es Luis Enrique Délano. Más joven que Salvador Reyes, es como éste también un discípulo de d'Halmar. En los temas marítimos parece hallar este brillante escritor el derivativo propio para una inquietud aventurera que le viene de lejos. En efecto, es descendiente de militares y marinos, hombres errantes que han traducido sus imaginaciones en actos de arrojo. Délano, reducido a un mundo de papel, infinitamente más débil que el de sus antepasados, se conforma con hacer literatura. Un primer libro, *La niña de la prisión*, mereció los elogios de la crítica. Hay allí un estilo fácil, a ratos elegante, y hay personajes sugestivos por lo misteriosos. El mar tiende sus tentáculos a gente de tierra adentro y las esclaviza con sus encantos. Délano es uno de estos hechizados. En un segundo *recueil*, *Luces en la isla*, se abandona a las divagaciones y lo inventa todo. Inventa hasta carbón en Chiloé, que es sin duda mucho inventar. Mientras se frecuenta una comarca enteramente imaginada, no importa atribuirle los más peregrinos productos. Pero cuando se toca la tierra concreta, el primer deber es la fidelidad a la verdad corriente y cotidiana. No sé que sea de buen gusto desertar de ella, ya que nadie pide al escritor que dé nombres reales a los países en que sus

(1) Véase a propósito de esto el libro de Albert Thibaudet sobre Gustave Flaubert. Es insuperable.

creaciones se localizan, del mismo modo que nadie le pedirá que llame Juan a Pedro. Entiéndase que no se trata de copiar la realidad, ya que nunca ha sido esa una misión legítima del arte. Se trata sólo de cooperar con el arte de que se dispone a esa empresa de dominio de lo natural que es el más tenaz empeño humano. De allí que el arte no pueda gozar jamás de una libertad absoluta. De allí también el perenne valor social del arte, casi siempre inconsciente y ajeno a los propósitos del autor y siempre muy distante de la entelequia de un razonado aprovechamiento de su fuerza en beneficio social.



En Chile es frecuente ver oponer al cosmopolitismo introducido por d'Halmar y seguido por Salvador Reyes y Luis Enrique Délano el *criollismo*. ¿Qué es el criollismo? Pidamos una definición de esta tendencia artística a un espléndido crítico argentino, Carlos Alberto Erro. Este autor, en su libro *Medida del criollismo*, dice lo siguiente:

América no es Europa ni las Indias, sino una entidad distinta, resultante de la cópula de ambas. (Pág. 12.)

El hombre americano se caracteriza porque vive en conciencia de la juventud de su patria. (Pág. 33.)

La primera frase sitúa al arte americano; ni Europa ni las Indias equivale a decir: ni cosmopolitismo ni mero indigenismo. La materia propia del artista americano debe ser el producto de ambos ingredientes. Esto es, América. La segunda definición acierta a fijar uno de los rasgos en que se diferencia la creación americana—en arte, en política, en ciencia, en todo—de la que se

intente en cualquier otra parte de la tierra. Los fenómenos de estas patrias nuevas han de ser objeto de una manipulación especial, en que delicadamente se haya eliminado en lo posible todo resabio de imitación extranjera. El día en que un novelista americano haya dado con una fórmula que no sea sino americana, que no haya podido darse en otra parte y que no recuerde sino en un mínimo las fórmulas anteriores nacidas en otras tierras; ese día, digo, podrá hablarse de genio americano en la novela. Entretanto, ¿cuál es nuestro deber?

Recuerdo haberme ocupado en los últimos años en dar noticias críticas de muchos libros chilenos. Esto me parece que es un antecedente para suponer que algo conozco la literatura contemporánea de Chile. Pues bien, en nuestra novela actual es fácil notar un progresivo interés por la realidad vital del país, vista no a través de teorías extranjeras sino con el criterio del que anhela hacer obra personal. Líbreme Dios de dar a entender que los *desiderata* han sido logrados. Falta todavía no poco para ello. No sé si acarrearé las iras de los anti-progresistas que hoy están declarados en rebelión. La verdad es que yo veo un progreso tan tenaz como constante en la literatura chilena novelesca. Obras como *El roto* de Joaquín Edwards Bello llenaron un estadio de esa evolución y representan una cima—nada desdeñable—conquistada ya. Más tarde se presenta un narrador como Manuel Rojas y el panorama vuelve a transformarse. En estas mismas páginas he analizado *El bonete maulino*, que es la mejor obra del autor y que encierra a mi juicio muchos caminos dignos de exploración. Hoy un novelista muy joven, Hermes Nahuel, nos ofrece si no todo un relato de una alta calidad, algunas páginas de auténtico valor en su novelita *Millaray*. En todos estos escritores y en otros más veo una voluntad encomiable de llegar a la novela-cumbre. Sienten todos agudamente

la certidumbre de vivir en un ambiente y tratar una humanidad señeros. También sienten el estímulo (1) de varias novelas americanas que han irrumpido en los últimos años como revelaciones máximas. Pero sus obras conocidas son todavía meras aproximaciones. Unos—Mariano Latorre, por ejemplo—se dejan llevar por el paisaje, y su criollismo es un criollismo de escenario y no de humanidad. En otros se siente mucho aún el eco producido por recientes lecturas de novelistas extranjeros. Entre la realidad chilena y el novelista chileno se interpone, como un velo, una presencia foránea. Los demás son intérpretes muy débiles de una realidad fuerte que exige pulso más firme y tono más decidido. Todos pasan ante el estilo como ante una cosa sin valor sustantivo. Unos lo desdeñan y los demás se sienten desdeñados por él, según la justa expresión de un sutil crítico nuestro. Entre el escritor cosmopolitista dotado de un bello estilo y el criollista desprovisto de ese don en mayor o menor grado, no es difícil decidirse. El primero encanta mientras el segundo narra. Con el primero conocemos un vasto mundo en que se mezclan las razas y las lenguas, hombres singulares, mujeres misteriosas, razas opuestas y costumbres peregrinas. ¿Conocemos? Si estos escritores conocieran todo ese panorama heteróclito, estaría bien. Pero lo curioso es que lo han inventado o lo han calcado, y entonces su intento flaquea por lo más importante. El criollista, en tanto, nos lleva a la ranchería y a la puebla; nos cuenta miserias; nos hace llegar tufaradas de alcohol y de mugre; se entretiene detallando los destrozos de la vida. Eso cuando le interesa el hombre; cuando no le interesa, hace botánica y mineralogía descriptiva y su granito de meteorología a costa del relato. En un caso o en otro su

(1) Uso esta palabra con rencor. Debería poner envidia, que es el nombre que los seres francos dan a estímulo. Pero para ello habría que intentar una explicación que aquí no cabe.

lote es el más ingrato y su materia la más vil. Pero no temamos a ese cortejo. Un compatriota nuestro ha dicho muy acertadamente:

Escribamos sobre todo aquello que nos parece insípido y no pensemos en las obras geniales, que son geniales hoy porque fueron insípidas para aquellos que las crearon (1).

Sí, es preciso tener ese heroísmo si se quiere hacer obra duradera. Contar hazañas de esos caballeros andantes del mar que son los piratas y contrabandistas es gracioso y hasta puede deleitarnos muchísimo. Pero entre tanto hay un rico continente de realidad que espera a su Colón. Hay desde luego mucha más riqueza que la que conoce y supone el término medio de los novelistas y cuentistas. Obsérvese con qué predilección estudian el campo los mejores de estos escritores. Para ellos parece no existir la ciudad con su prodigiosa alquimia. No hay ningún Balzac que recoja a los César Birotteau criollos. Todos ven sólo el campo y nada más que el campo. Así quedan fuera del arte la fábrica y la usina, el burgués y el hombre de la clase media. Los conflictos del agio, el incesante desplazamiento social, las simulaciones obligadas por la vida de relación, todo eso sólo puede estudiarse en un ambiente más complicado que el del campo. En *Un perdido* de Eduardo Barrios vemos algo de esto. Ese Lucho Bernales que rueda de prostíbulo en prostíbulo, que vive en cuartos de banderas y casinos, que va hacia abajo, siempre hacia abajo, es un recio tipo humano. Ha quedado en esa novela como símbolo de las familias que degeneran y se sumen en la lucha social, tan agitada, como en un mar de légamo. Pero novelas como *Un perdido* son escasas—como calidad, como número—en la literatura contemporánea de Chile. Don Luis Orrego Luco,

(1) Lord Jim, en *Dos palabras sobre nuestra literatura y crítica. Índice*, Santiago, N.º 1, Abril de 1930.

que inició hace ya cerca de cuarenta años, en brillante forma, su carrera literaria, no ha hecho más que decaer en los últimos lustros. Su más reciente libro es la culminación de los procedimientos errados, de la observación insuficiente y de una psicología tan primitiva como acomodaticia. ¿Debemos volver los ojos necesariamente al campo? Casas polvorientas, bandidos en las encrucijadas, guitarras y caballos que galopan. Alamedas. Una trilla. La chicha y una pupilas jugosas. Todo eso es bello pero está demasiado acariaciado. ¿No temen nuestros novelistas que a fuerza de sobarlo se borre el relieve de esos hechos, como se borra el de las monedas que circulan mucho? La novela chilena, claro está, no puede prescindir de eso; pero es cuestión de dosis, es decir, de medida. Es muy frecuente confundir la apelación a la medida con el deseo de reducir el ámbito de nuestra literatura y hacer de ella un producto frívolo, como de salón. Lo entiendo en forma enteramente diferente. La medida es indispensable para la creación de la obra perfecta, cualquiera que sea la materia en que se obre. Por lo demás, el genio lo anima todo, hasta lo vil. Si hay quien haga de esa realidad manida la re-creación que esperamos, nadie osará negarle méritos, aun cuando todo ello se levante a fuerza de escenas de campo y reproduzca sólo la existencia del despoblado. Habiendo talento y fuerza artística allí, todo irá bien.

Yo no creo que en Chile hayamos tenido todavía exageración del criollismo. Pero temo que lleguemos a ella si no ponemos luego término al rasgueo de esas guitarras y al galope de esos caballos. Este país, como todos, es una combinación bastante inconexa de muchas cosas; como país americano, es más una mezcla que una combinación (doy a estas palabras el sentido que tienen en Química), y si se me apurara mucho, diría que me parece más una simple superposición que una mezcla. Atender a un solo ingrediente es reducir

demasiado las posibilidades de nuestro futuro arte grande. No se diga, pues, que pido reemplazar la fantasmagoría de los escritores meramente imaginativos por el criollismo de escenario o por otras aproximaciones más o menos felices. Todo lo contrario. En literatura es preciso ir siempre tras nuevas perspectivas e ilusionarse con nuevos Eldorados. De todo eso ha de salir algo, y debemos trabajar para que sea algo grande, eficaz y permanente.

René Ballivián Calderón

NOTAS SOBRE LA FILOSOFIA DE LA INTUICION Y LA VIDA

NUESTRA época es sin duda una época materialista. Los números y las máquinas parecen campear en todas las actividades de los hombres modernos. Los experimentos de física, las leyes de la economía, el engranaje financiero tienen en la mente de casi todos una importancia mucho mayor que las especulaciones filosóficas y los credos de religión. Sin embargo, en medio de este trepidar de motores y este amontonar de dinero, en medio de la actual civilización materialista, ha surgido, en pleno siglo XX, una filosofía romántica y metafísica, que se llama la filosofía irracionalista, y que, como su propio nombre lo indica, niega el primado de la razón en el conocimiento humano, colocando aguerriamente, por sobre ella, la intuición. Pero aun más, no solamente coloca lo racional en un plano secundario, sino que niega el materialismo y el naturalismo, todas aquellas cosas que restringen la libertad de lo que es vital en el individuo, haciéndolo un esclavo del mundo empírico.

No es, como se puede creer, una filosofía que huya

temerosa de la acción y se entregue a vanos ensueños: es más bien una filosofía que en su absoluto indeterminismo invita a crear y a actuar, y que ve en el mundo, con su inmensa variedad de matices, con su peculiar encanto y con su constante fluir, un lugar propicio para que el hombre, por medio de la intuición, se ponga en contacto directo con su propia vida y con la vida entera del Universo, dando expresión a todo lo que tiene de nuevo y valioso.

Esta filosofía es, como he dicho ya, una filosofía metafísica, pero no niega lo real; es romántica, pero no se entrega al ensueño; es en suma una filosofía que si bien comulga en lo esencial con lo que fué la característica del Medioevo y de principios del siglo pasado, ha sabido adaptarse magistralmente a lo que es la característica de nuestra época, la acción. Espectáculo único es ver surgir, en este mundo de materialismo, pensamientos metafísicos, románticos y espirituales.

Si Descartes levantó en macizo pedestal a la razón y si Kant produjo una crítica de esa misma razón, Bergson, corifeo del nuevo pensamiento filosófico, coloca por sobre ella la *intuición*, librándonos así de largo cautiverio. Acepta, empero, tras del subjetivismo que defiende, un todo en que habrán de fundirse las diversas individualidades. Es pues una filosofía de cultura y por ende conserva todo su brillante arreo espiritual, metafísico y religioso.

Dios es para esta filosofía el ser único, el principio de todo acontecer, y ve en la religión el punto culminante de la vida espiritual humana, aunque admite que las actuales doctrinas son un tanto anticuadas y estrechas. Aun más, afirma que la religión es indispensable para la verdadera vida creadora. Cuán discordantes con las tendencias de la época actual suenan estos preceptos, que parecen traer consigo olvidadas esencias de Edad Media, de Santo Tomás, de la teología grave y señorial. Entre las modernas escuelas

filosóficas es esta la que mayormente invita a reposar en su seno. Hace el efecto de un viejo caserón dotado de las comodidades y lujos modernos, que conserva, empero, lo poético y halagador de su historia.

Los conocimientos científicos no tienen para la filosofía irracionalista el máximo valor. Radica éste más bien en la vida, considerada como fiel expresión de las íntimas fuerzas espirituales. La especulación filosófica deberá partir de la experiencia vital inmediata, la cual no ha de influenciarse por los conceptos abstractos que cría el intelecto.

El pensamiento racional, al percatarse cada momento de lo impotentes que son sus fuerzas, de lo restringido que se hace por ende el campo de sus experimentos, lleva fatalmente a la infecundidad, terminando en el anquilosamiento, en el escepticismo, en la inacción; en cambio lo intuitivo, en su eterno traer de lo inconsciente a la conciencia fuerzas nuevas y nuevos deseos, lleva a los hombres a la acción con plena fe en el valor de la vida y del Universo, encendiendo los espíritus con un benéfico optimismo, que es el principio de salvación para los pueblos y las culturas. La vida así entendida es muy superior a todo lo mecánico, y a toda la concepción mecánica que de ella se forma el frío y escueto intelecto. Es el hombre, antes que nada, espíritu; toda vez que obra como materia obra negativamente. Bergson—si mal no recuerdo—observa que cuando una persona resbala en la acera o tropieza con un poste, obra como materia y es por eso que causa hilaridad. Debemos, pues, librarnos de todo lo que sea puro materialismo, porque nuestro espíritu, nuestra propia vida, está muy por encima de él. Busquemos los goces del espíritu que nos enseñarán más y mejor. No es necesario negar la materia, sino darle el puesto que le corresponde en el Universo, donde necesariamente rige lo espiritual.

La diferencia existente entre las antiguas tendencias

filosóficas naturalistas y materialistas, guiadas por la razón, y la moderna corriente filosófica irracionalista que aspira a conocer el Universo por medio de la intuición, es la misma que existe entre la pintura impresionista y la expresionista. Mientras la primera se ocupa de reproducir impecablemente el objeto, la segunda tiende a interpretar éste en el lienzo, de acuerdo con la idea que de él se ha formado el sujeto.

Luego la vida es fluir, un constante amontonar de sensaciones, una «evolución creadora» y a esta tendencia a crear, a existir, la llama Bergson «élan vital». Su última esencia, ni los conceptos, ni el intelecto, ni la razón, pueden llegar a percibirla; lo único capaz de comprender y expresar ese fluir constante es lo intuitivo. Veamos, pues, algunos de los rasgos característicos de esta moderna filosofía de la intuición y de la vida.



Hemos hablado mucho ya de intuición y sin embargo aun no se ha definido lo que esa palabra significa, Vamos para ello donde Bergson. «Intuición», según él, «es una penetración artístico-mística en lo absoluto». ¿Quiénes son pues, los hombres de mayor intuición? Sin duda los poetas, los músicos, los pintores, en una palabra, los artistas. Aquellos hombres que por medio de la acción y de un constante buscar la esencia de la vida sin ayuda de conceptos, se ponen en inmediata unión con lo que tiene el Universo de real y absoluto. Aquellos que buscan el símbolo. Lo que mejor representa a la intuición es el símbolo. El símbolo es la unidad por medio de la cual hallan expresión un gran número de sensaciones y de hechos diversos, es la unidad que explica lo individual y el todo, sin dejar

escapar la esencia de verdad que cada cosa en sí posee. El símbolo no está formado de conceptos: es la realidad misma. La intuición sólo se expresa por el símbolo.

El año que marca el nacimiento de la nueva filosofía es el de 1889, año en que Bergson publica su *Essai sur les données immédiates de la conscience*; ocho años después sigue *Matiere et Mémoire*, y por fin en 1907 sale a la luz pública su obra maestra: *L'Evolution créatrice*. Ya por entonces Bergson, que era profesor en el Colegio de Francia, había ganado fama mundial; sus conferencias eran atendidas por lo más selecto de la aristocracia y del mundo intelectual de París. En 1914 vió su labor filosófica y literaria coronada con el mayor de los éxitos, pues en aquel mismo año sus libros fueron anotados en el «Índice» y la Academia de Francia le hizo uno de sus inmortales.

En su *Essai sur les données immédiates de la conscience* describe su propia vida espiritual; en *Matiere et Mémoire* investiga la percepción y el recuerdo, y por último en la *Evolution créatrice*, donde encontramos lo más acabado y original de su filosofía, estudia la evolución universal, que es la esencia y significación de la vida.

Justamente cuando el factor tiempo nace como cuarta dimensión en la física, la filosofía aprecia, por su parte, la importancia de su papel en el conocimiento humano. Mas el tiempo en la filosofía de Bergson no tiene el mismo sentido que en la física. El intelecto concibe cada parte del curso temporal como momentos iguales exteriormente yuxtapuestos. Esto es materializar lo espiritual. «Nos hallamos por naturaleza inclinados al materialismo», piensa Bergson—él mismo fué en su juventud discípulo y admirador de Spencer—, porque, declara, pensamos siempre en términos de espacio, pero el tiempo es tan fundamental como el espacio, y es el tiempo, sin duda, lo que con-

tiene la esencia de la vida. El tiempo es duración (*durée réelle*), acumulación, eterno progresar del pasado hacia el futuro. El yo varía constantemente, y este fluir de la vida, está «duración real», permanece inaprehensible para los conceptos del intelecto, cuya idea de tiempo es mecanicista, convirtiéndola, por lo tanto, en espacial y vacía. Pero, diremos nosotros, para citar sólo un ejemplo, el cinematógrafo, que pertenece al mundo de la mecánica, hace aparecer ante nuestra vista como realmente vivientes y animados cuadros yuxtapuestos. He aquí que la ciencia ha dado fiel expresión a la continuidad de la vida, será el pensamiento de muchos; mas eso que percibimos como lleno de acción y de vida, son, al fin, una serie de instantáneas fotográficas tomadas sucesivamente, que al ser presentadas con rapidez ante el telón parecen hallarse animadas. Por el contrario, es este experimento el que mejor nos sirve para ilustrar la concepción que del tiempo se forma la mecánica; ve ésta, ante todo, una serie de cuadros yuxtapuestos, mas la esencia que une cada cuadro y que da unidad al fluir cósmico no alcanza a ser percibida. Bien dice Bergson que «los conceptos científicos semejan una red por entre cuyas mallas escapa la realidad, que está en continuo movimiento».



Al negar que la vida es un proceso mecánico, no se puede concebir el determinismo, pues cada momento de nuestro yo tendría que ser el resultado del momento anterior, y así paulatinamente, hasta que llegaríamos a la nebulosa primera como esencia y causa de todo acontecer. ¿Por qué no aceptar que el momento presente depende de las decisiones y del crear de nuestra voluntad y de nuestra mente? Si falso es el

determinismo, falsa también es la concepción intelectual del indeterminismo, en tanto que desea explicar la forma en la cual el yo actúa.

El yo—dice Bergson—vive en sus vacilaciones y oscilaciones hasta que la acción se desprende de él como la fruta madura del árbol.

El indeterminismo proviene de lo consciente, que por medio de la memoria evoca en una dada circunstancia todas aquellas percepciones de su existencia anterior que mejor concuerden con las experiencias del momento presente, y procura, al mismo tiempo, aconsejarnos aquella decisión que sea la más ventajosa. Este eterno decidir y escoger en el hombre hace que su existencia sea superior a la de los animales, cuya vida es de eterna indiferencia y de tranquilidad absoluta. Toda decisión forma en sí un acto creador, y es también un fuerte estímulo para la propia personalidad. Jamás nos sentimos tan poderosos y tan pletóricos de vida como después de haber llevado a cabo una gran decisión. Por medio de ella hemos puesto en juego lo que tenemos de vital y de esencial. Todas las fuerzas del espíritu, aunque por largo tiempo dormidas en lo más íntimo de nuestro ser, parecen surgir a la realidad y recordarnos la importancia de nuestro papel y la superioridad de nuestra condición en el Universo.

Hecho innegable es que todo hombre, todo hombre inteligente por lo menos, huye con horror de los trabajos mecánicos y monótonos, en busca de lo que fluye constantemente, de lo que evoluciona. Le atrae sobremanera aquello que implique novedad, todo lo que sea salir del marco establecido de las cosas. Le seduce lo nuevo, lo imprevisto. ¿Qué es esto sino una formidable negación a la concepción mecánica de su existencia? El hombre es espíritu y busca dones espiri-

tuales porque son los que más plenamente le satisfacen. El hombre no es en grado sumo materia, y no obra, por lo tanto, bajo el determinismo inherente a la materia. Le seduce la acción y lo nuevo, las ideas nuevas, los paisajes nuevos, los pueblos nuevos. Desea ante todo sentirse libre y henchido de su propio ser. De ahí esa admiración que muchos sienten por las existencias aventureras, los viajes y hasta las guerras, que serán todo lo horribles que se quiera, pero dan lugar para que el hombre, con regio acompañamiento de bombas y de sables, vuelva realidad una porción de instintos y deseos largo tiempo refrenados; las guerras son, muchas veces, un desahogo para los pueblos. De ahí ese encanto que siempre ha tenido la travesura, el experimento con objetos y conceptos nuevos. El hombre tiene sed de dominio, quiere ver su propia existencia palpitar en las cosas que le rodean, dar salida a sus impulsos, expresar en una forma u otra *su* concepción del Universo, sentir que es él lo actuante, lo absolutamente contrario a la materia, o sea pasividad y quietud.

Ha sido negada la primacía del materialismo y determinismo y hemos aceptado como esenciales los dones del espíritu; valorízase, pues, «lo vital».

Vital es aquello que progresa, es lo que avanza, es lo antagónico de materia; mientras lo material constituye el descenso, el aniquilamiento, la vida es un eterno construir, un eterno deseo de procrear—como dijera hace veinticuatro siglos el Buda—; es por último lo contrario de inercia. Este constante crecer y avanzar del Universo, esta «evolución creadora», se lleva a cabo por un aliento vital que le es inherente y que se llama «élan vital». El «aliento vital» originario es Dios, según la filosofía irracionalista.

En los primeros tiempos todo era quietud, reposo, mas pronto la vida no pudo soportar esa inercia digna tan sólo de las plantas o de la materia, y en busca

de aventuras huyó de la seguridad hacia el constante peligro de la existencia libre.

En la evolución de las sociedades humanas—dice Bergson— y de las diversas individualidades, el éxito ha sido para aquellos que han aceptado los mayores peligros.

El determinismo y la materia forman el círculo ya dado, mientras que la acción rompe ese círculo y busca nuevos horizontes. La filosofía metafísica y romántica de Bergson es pues una magnífica invitación a actuar y a crear, a poner en juego por sobre todo nuestros propios valores vitales, para tomar parte así en esa constante evolución creadora, cuya última esencia escapa a los conceptos y al intelecto mismo y que sólo se expresa por el símbolo.

Mas la idea que de lo vital tiene la filosofía irracionalista es un tanto mística. Niega los conceptos culturales pero acepta un Dios, un fin hacia el que se mueve todo. Es, en cierta manera, un retorno a la Edad Media. Coloca en primer plano lo vital en el individuo, pero ese vitalismo debe ir encauzado hacia un símbolo o una realidad exterior, Dios en este caso, pues según la filosofía de la intuición, Dios es el centro del organismo cósmico, el principio de toda actividad, el origen de todas las cosas. Semejante concepción filosófica no es del todo afín con el actual momento histórico, que es de caos y desorientación, pues los valores culturales, y aun más, las ideas místicas de un «todo», ha desaparecido; al comenzar nuestro propio siglo los unos, en el Renacimiento los otros. En la época actual existe el vitalismo como principio de toda actividad y de toda volición, pero esa volición vitalista no tiene un fin, un todo al que ha de dirigirse. El culturalismo encauza las actividades de los hombres hacia ciertos conceptos: lo bueno, lo bello, lo justo y por ende a las ciencias, a las artes, a las leyes; bus-

cando siempre una cosa en torno nuestro, un algo trascendente de nosotros mismos por quien trabajar, y en aras del cual sacrificar nuestras fuerzas intelectuales y hasta físicas.

Es el hecho pues, como dice Ortega y Gasset, «que hasta el presente la vida no ha sido consagrada como principio capaz de ordenar en torno suyo las demás cosas del Universo». Las ciencias, las artes, las religiones, etc., son blancos hacia el que se dirigen las actividades de los hombres con el objeto de buscar verdades, sean o no de beneficio para el individuo, aunque cabe notar que la idea de que verdad es todo aquello que reporta bienes al hombre se llama pragmatismo, y es una orientación filosófica que cuenta actualmente con muchos exponentes; Dewey, James, para citar sólo dos.

Si hemos de comprender plenamente la vida «hay que saltar fuera de ella», como dice Ortega y Gasset en su magistral obra *El tema de nuestro tiempo*, «y desde el exterior verla fluir». No es la vida aprehensible para nosotros mismos, pues somos lo actuante; si deseamos entenderla plenamente se hace necesario retraernos a lo profundo de nuestro ser. Desde allí podremos, en parte, apreciar esa fuerza que en vez de ser dominada habrá de dominar los elementos cósmicos. Es innato en el hombre establecer jerarquías, y si hemos de comparar, como dice el filósofo de *El tema de nuestro tiempo*, «la vida más doliente y sórdida con la piedra más perfecta notamos al punto la superior dignidad de aquella».

Algunos hombres de genial intuición en el siglo XIX anticiparon la época actual. La época de los valores inmanente a la vida. Esta época en que cada individualidad es un fin, en que la vida es vivida por la vida misma, sin que existan cosas y abstracciones trascendentes de ella, hacia las que debe encauzar sus actividades y voliciones. Negado un «todo» que sea a la

vez un fin para las fuerzas vitales de los hombres, quedarán estas mismas fuerzas vitales como principio de toda actuación. Es decir, cada individualidad transfórmase en un todo; naciendo el caos y la desorientación. Nuestra época es pues una época no solamente anti-cultural sino que es acultural. Es en suma una época individualista, una época que ha podido crear y amparar orientaciones filosóficas tales como la fenomenológica. La fenomenología estudia cada objeto, cada manifestación del Universo separadamente, como algo único y absoluto, como un fin en sí. Actualmente ha perdido eficacia todo el sistema de valores que hace sólo un cuarto de siglo veneraba religiosamente el mundo occidental. La política es siempre una actividad importante, pero fué creada para los hombres, no los hombres para ella; el arte es algo muy bello cuando es bueno, pero también fué ideada para solaz de los hombres, y así todas estas poderosas entidades culturales de los dos o tres siglos que anteceden al nuestro, no son relegadas al olvido, o simplemente negadas, sino que por sobre ellas habrá de colocarse la vida humana, y por ende, serán estudiadas y comprendidas de acuerdo con su rango en los valores del Universo.

Es indudable que la filosofía irracionalista atribuye a la intuición poderes que no tiene, y que por otro lado niega al intelecto muchas de sus evidentes cualidades. Alguien ha dicho, y quizá con razón, que la filosofía bergsoniana pudo haber buscado en una superior inteligencia el medio por el cual debemos de investigar la realidad del Universo. Mas, sea como fuere, Bergson ha lanzado un magnífico reto al materialismo, que tenía ya cautivadas las mentes de casi todos los hombres occidentales y que, sin duda, hoy mismo cuenta en el campo de las especulaciones filosóficas, con muchos partidarios y descendientes de Spencer, Comte, Stuart Mill, ya sea un Vaihinger o un Mach; la idea cultu-

ralista perdura en Rickert, Windelband, el intelectualismo en Cohen, la religión cuenta con Eucken, Troeltsch, Rodolfo Otto, Max Scheler, Francisco Brentano. En cambio los verdaderos exponentes de nuestra época son, a mi modo de ver, Bergson (en tanto que niega el materialismo), Spengler (en tanto que anuncia la decadencia de nuestra cultura), Hüusserl, Keyserling, y un español: José Ortega y Gasset. Lo que mejor simboliza el actual momento es el nuevo arte, tan lleno de optimismo, de risas y de vida. Por fin parecen comprender los hombres que el arte fué ideado para entretener a ellos mismos y lo han despojado, por consiguiente, de todo ese aspecto de seriedad y tragedia que le caracterizaba hasta hace sólo un cuarto de siglo.

No debemos olvidar tampoco a los precursores de la época actual. Al genial Nietzsche, que se preguntó qué había de dominar en el mundo, si la ciencia o la vida, y repuso con toda la fuerza que le era característica, que la vida habría de dominar en el Universo; y también al poeta de Weimar, Goethe, quien en cierta ocasión exclamó:

Cuanto más lo pienso, más evidente me parece que la vida existe simplemente para ser vivida.



Ha llegado pues, el momento en que la vida ha de ser considerada como principio ordenador de todo el vasto organismo cósmico, y en torno de la cual habrán de girar las abstracciones culturales, todas las cosas trascendentales de ella, todos los ideales que largo tiempo han sido pensados como fines, cuando son tan sólo medios para llegar a la realización de una verdad superior y única: el hombre.

PANORAMA UNIVERSAL

IMPERIALISMO Y COLONIZACIÓN

PORTALES en 1822 tuvo la visión del imperialismo yanqui. A propósito de las actividades del Presidente Monroe, escribió desde Lima a su socio, José M. Cea, una carta que ya es célebre en nuestra política internacional.

¿Por qué ese afán—decía—de Estados Unidos en acreditar Ministros y Delegados y en reconocer la independencia de América, sin molestarse ellos en nada? ¡Vaya un sistema curioso mi amigo! Yo creo que todo esto obedece a un plan combinado de antemano; y ese sería así: hacer la conquista de América, no por las armas, sino por la influencia en toda esfera. Esto sucederá tal vez hoy no; pero mañana sí. No conviene dejarse halagar por estos dulces que los niños suelen comer con gusto, sin cuidarse de un envenenamiento.

Más o menos un siglo más tarde, nada se ha desviado de la visión del Ministro Portales. Los países del continente Sur, en su mayoría, viven la ilusión de la li-

bertad. Desangrados y empobrecidos por las luchas políticas, dominados unos por caudillejos sensuales y rapaces, orgullosos de abolengos ilusorios, supersticiosos y fanáticos, roídos por lacras físicas y morales, tantean el camino, tropezando en extrañas servidumbres. Se cumple en cierto modo la observación del presidente Roosevelt.

Los países de la América del Sur—decía—nos dan el espectáculo no de una nación federal hispano-americana sino de una multitud de pequeños estados belicosos y revolucionarios, ninguno de los cuales se cuenta entre las potencias.

Roosevelt encontraba en el patriotismo provincial la causa de la anarquía en los países sud-americanos.

La América hispana es ingobernable—exclamaba Bolívar—. Los que han servido a la revolución han arado en el mar. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar.

Y a un siglo de distancia responde Romain Rolland:

He sufrido a menudo de ver en América la humillación de esas espléndidas razas latinas. En el conjunto pan-humano tienen una misión hermosa que cumplir y hasta nuestros días no la han realizado por molicie y por violencia, por sensualismo disolvente, por orgullo personalista, por provincialismo nacional, por individualismo desenfrenado y sobre todo por rabia de destruir y de destruirse.

El cuadro político en que se han movido los países de América, es bien triste. La violencia de un imperialismo agresor no prospera frente a países fuertemente organizados, con capacidad económica y sobre todo pureza moral en sus ciudadanos y gobernantes. Los países desquiciados y quebrantados por el morbo revolucionario son aptos para la conquista. Ofrecen el *mínimum* de resistencia, toda vez que no hay en ellos

fuerzas morales capaces de erguir una nacionalidad más o menos consciente.

Oigamos cómo se expresa el escritor cubano Francisco Ichaso, uno de los más viriles e interesantes de esa generación joven que defiende su dignidad en medio de la vorágine de las claudicaciones:

¿Qué hemos hecho nosotros de efectivo contra el instinto expansivo norteamericano? ¿Hemos adoptado frente a él una conducta austera, digna? ¿No hemos, acaso contribuido, consciente e inconscientemente, a exacerbar ese instinto? ¿No estamos haciéndole el juego al capitalismo norte-americano, transigiendo con sus más indecorosas exigencias a trueque simplemente de apuntalar el nuestro, que arrastra una vida infeliz? ¿Dónde está la tentativa fuerte para consolidar lo que de original hay en nosotros mismos, lo único acaso que podríamos esgrimir con éxito ante todo peligro de ingerencia, sea espiritual, económica o política?

En seguida Waldo Frank coloca el dedo en la llaga:

Al Sur de mi América, en México, en Nicaragua, en Cuba y en Panamá, los falsos valores del norte crecen y crecen porque los mejores valores propios de esos países han perdido su salud. Si no fuera porque en los países de la América Central han sido hombres de posición los que acogieron bien y fomentaron esos valores falsos—que tan fácil es llamar americanos—ellos no se habrían infiltrado nunca.

Y añade luego, contra los arielistas:

Hágase que Hispano-América mire al Calibán que tiene dentro; al Calibán que coopera alegremente con el Calibán de Norte-América, con el Calibán de Gran Bretaña.

Las palabras de Frank afectan, pues, a toda la América. Representan el principio de la penetración silenciosa en unos o ruidosa en otros. Las industrias norteamericanas dominan los mercados del mundo. Junto con las industrias penetran los capitales. La servidum-

bre comienza por los empréstitos, por la falta de iniciativa para explotar las propias riquezas, por la entrega de las fuentes de producción que la indolencia criolla deja abandonadas. En estos países de escasa población, con un gran porcentaje de mestizos, el yanqui se siente administrador. En general el anglo-sajón desprecia a los hombres de color, al mestizo. Los encuentra indolentes y sensuales, belicosos y revolucionarios. Se divierte con los caudillos que sólo tratan de robustecer su panza a costa de la servidumbre de los demás. Las revoluciones constituyen para él el espectáculo pintoresco de razas que se aniquilan por palabras o por odios de grupos. Saben descubrir la parte vulnerable de la vanidad y hacia ella enderezan su energía.

Es un error creer que al anglo-sajón no le interesa el arte de estas tierras. Le interesa y mucho. Le interesa como documento para comprender mejor el camino que debe seguir en su penetración. La literatura hispano-americana es melancólica y pesimista, cuando no declamatoria. Casi todos los héroes de sus libros son fracasados. Novelas en que se hace la apología del descontento, de la miseria ambiente. No es literatura de pueblos optimistas, capaces de erguirse contra la fatalidad que los acobarda y los arrincona. Ellos en cambio estimulan y entonan con sus héroes batalladores y vencedores. Tratan de fijar con sus personajes el símbolo de la voluntad dominadora. Crean tipos de energía y de alegría interior.

El gran problema de estas tierras es el de su población. Colonizar las extensiones con elementos europeos. Atraer a las razas blancas dándoles la oportunidad para que se vacien en estas tierras desérticas y abandonadas. Aquí, como en otras partes, existe un núcleo de mentalidades que resiste la entrada de elementos colonizadores. Pero los países vecinos proceden de otra manera y su situación económica es distinta a la nuestra como es distinta su posición frente al imperialismo. Desde

luego abren sus tierras al esfuerzo colectivo de los europeos, a las razas cuya cultura y cuya tradición rinden beneficios ingentes para el desarrollo nacional.

En nuestro país, la colonización del Sur es una buena prueba de ello. Es verdad que no todo fué fácil entonces. Basta recorrer las páginas de Pérez Rosales, en los capítulos destinados a narrar los episodios de esas jornadas difíciles, para comprender lo que costó llevar a feliz término la empresa de nuestro errante compatriota.

Argentina ha dado un ejemplo vivo y ha procedido conforme a los postulados de Alberdi. Igual cosa el Brasil. En general la América no desdeña al colonizador europeo. Necesita de su energía y de su tenacidad. En tiempos de Pérez Rosales se hicieron los mismos reparos que quizá se hacen hoy: la diversidad de costumbres, el orgullo de mantener la raza sin mezclas, las religiones distintas, la competencia al trabajador criollo. Sin embargo, las características del territorio no se alteraron por eso, con los colonizadores del Sur, como no se alteraron en California, que hoy ostenta toda la fuerza del nacionalismo yanqui. Por el contrario, en el Sur, las grandes zonas baldías se convirtieron en campos productores; aldeas o ciudades apenas diseñadas, en ciudades florecientes y ricas. Luego el ejemplo de esos hombres laboriosos y tenaces que creaban industrias desconocidas y fructíferas con elementos de la tierra, produjo una saludable emulación en los propietarios criollos. Una tierra nueva y fértil surgió del fango de humus vegetal que vió Pérez Rosales y de las extensiones que parecían marismas....

Mientras subsistan, como hasta hoy, estas razas hispano-americanas, estarán condenadas a ser dominadas tarde o temprano. La defensa contra la amenaza del Norte estriba en presentar pueblos fuertes, unidos, aptos para explotar sus propias riquezas, que son inmensas; conscientes de su destino libre, con un sentido su-

perior de moralidad gubernativa, no entregados a la servidumbre económica de los países imperialistas que explotan las discordias y la vanidad de los caudillejos sensuales y rapaces, en beneficio de su progresiva penetración. Estos países en los que tribus y grupos de criollos aristocráticos sin abolengos y arribistas o nuevos ricos se pelean por prebendas y canongías, por situaciones sociales efímeras e inestables, por tal o cual puesto en el Olimpo o en el gobierno, constituyen un manjar único para los pueblos que tienen una espina dorsal fuertemente vertebrada.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Nacionalismos

EL proyecto presentado por M. Briand para la unificación de los Estados europeos no es sino uno más de los toques de alarma, que desde el final de la guerra, las potencias europeas se dan unas a otras ante la inminencia de su derrota económica. M. Briand presenta el proyecto sentimentalmente: no lleva intenciones de oponerse a ninguna otra potencia mundial; sólo quiere la unión moral de los pueblos del viejo continente para afianzar la paz sobre la tierra. Esto no obsta para que dentro del plan trazado no figure una de las potencias—también europea—, pero en desacuerdo con los generadores del plan, el Estado Ruso. Sin embargo, el proyecto de M. Briand está adornado de las mejores intenciones pacifistas y es como la síntesis de todo lo que en pro de este ideal humano se ha hecho desde la terminación de la guerra. Pero detrás de estas buenas palabras, que podrían significar un cambio en la literatura imperialista, antes descarada, hoy melosamente miedosa, está el verdadero fenómeno que justifica el proyecto: la decadencia económica de Europa por la acometida brutal del imperialismo yanqui.

Europa registra una de sus más peligrosas crisis. Está al borde de la quiebra, y en vísperas de convertirse en dependencia económica de la más joven potencia de la tierra. Esto que ya no sólo es un temor sino un hecho en algún país aplastado por el negocio de la guerra, se presenta con tintes aterradores para

aquellos países que desde tiempos bien lejanos mantenían el cetro económico del mundo. Y no es que los mercados de Oriente, los preferidos de Europa, se hayan terminado para sus productos, por la evolución de aquellos pueblos, ya que es norma imperialista no permitir la industrialización de sus colonias. No es que las materias primas obtenidas en las colonias dejen de afluir a las grandes ciudades industriales de Europa. Ni es que el hervor casi unánime de los países esclavizados, por alcanzar su independencia, cree situaciones tan delicadas como la de China y la India. Es que rápidamente, con energía y potencia nuevas, el poder del Imperio yanqui aumenta y va desalojando a los imperialismos europeos de sus viejos dominios. Deudas de guerra, compromisos del más débil con el más fuerte, standarización de la vida, racionalización de los productos, super-producción y, por consecuencia, super-capitalización, son los factores que arriman a Europa hacia sus propias precarias fronteras, mientras los Estados Unidos de Norte América crecen y se expanden inconteniblemente.

Cuando Alemania amenazó competir con el resto de la producción de Europa, se formó la Entente que sólo llevó la misión de aplastarla. Se habló de un peligro teutón, de la civilización en peligro por el militarismo alemán, etc., etc. Alemania causó uno de los más fuertes resquemores a Francia e Inglaterra, que se unieron para derrotarla, y si no hubiera sido por la ayuda interesada y de última hora de los Estados Unidos, habría sido difícil adjudicar el triunfo a los aliados.

Hoy, ante una amenaza muchas veces superior, la vieja Europa se inquieta e inventa toda clase de proyectos «pacíficos» que sólo llevan el fin de equilibrarse ante los golpes certeros de su poderoso rival, y retrasar siquiera, ya que no eludir, la inminencia de su caída.

Los Estados Unidos de N. A., negación dialéctica de la madre Europa, engendrados por ella, lleva en sus gérmenes la misión de destruirla. Europa, que lo sabe bien, se defiende desesperadamente. Ya los ingleses dijeron que con los Estados Unidos toda política de acercamiento sería buena, a pesar del desprecio que como raza y como cultura superior sienten hacia ese conglomerado de razas europeas injertadas en suelo americano.

¿Qué otras causas, que el peligro económico enunciado, menciona M. Briand para justificar su proyecto?

Una ola de nacionalismo invade hoy los límites estrechos de los estados burgueses. Y en un continente del más mezquino regionalismo—restos de una feudalidad espiritualmente

no vencida—, en donde de aldea a aldea existen odios y rencores como en los tiempos del medioevo, una doctrina de amplio nacionalismo continental va a juntar las manos de los que, hace pocos años no más, fueron enemigos. Pero es que no son las manos las que se juntan, sino el común interés de defender su posición económica en peligro. Triunfa, pues, incontestable la doctrina materialista de que más fuertes que los vínculos espirituales, hechos a base de sentimentalismo, lo son los económicos, capaces de realizar las más antagónicas fusiones.

Los Estados Unidos de Europa, los Estados Unidos de Norte América. Parece que englobados en estas dos concepciones quedan todos los demás pueblos de la tierra, que ya en una forma u otra—siempre económica, nunca espiritual—, los pueblos del mundo dependen de una u otra entidad. Los pueblos coloniales o semi-coloniales, aquellos que sirven de graneros o de depósitos de materias primas a los dos *trusts* imperialistas, son los únicos que no se federan, puesto que están al margen de cualquier intento de reorganización interna. Pueblos económicamente atrasados, sin industrialismo, sujetos a las metrópolis imperialistas por sus cuatro costados. Asia, África, América Española.

De la existencia de estos pueblos atrasados depende exclusivamente el poderío y la existencia de los estados imperialistas como tales. Los países coloniales o semi-coloniales están condenados a no industrializarse para no convertirse en competidores de las metrópolis imperialistas; están condenados a vivir de un miserable presupuesto para no rechazar los empréstitos de las metrópolis, y están condenados a convertir en únicas sus producciones, industrias extractivas, agricultura, para que el curso normal del imperialismo no se vea obstaculizado.

Así el panorama económico de América Latina. Casi todos los pueblos de América han concentrado sus energías en una producción. Cuba, azúcar; Costa Rica, café y bananas; México, petróleo; Perú, cobre; Bolivia, minerales; Colombia, petróleo, bananas, etc., etc. De manera que cuando sobreviene una crisis en cualquiera de estos productos, producida por los juegos de bolsa, la economía del país productor sufre una baja asfixiante. Y como una de sus consecuencias acude al empréstito, al encarecimiento de la vida, a los impuestos internos.

No cabe duda de que América, país joven en el ejercicio de los negocios de Estado y en el cual se injertó el método europeo

con todos sus vicios y sin ninguna de sus virtudes, país que desconoce regímenes realmente liberales, en donde el concepto de civismo sólo es una frase hueca para adorno de discursos políticos, y la democracia no está en crisis porque nunca ha existido; no está aún capacitado para afrontar una política de vastas proyecciones que, iluminada en parte por la doctrina de Bolívar, lleve la finalidad de liberar estos pueblos de su actual dependencia económica respecto de los Estados imperialistas. Antes bien, una común política suicida es la adoptada por la mayoría de los gobernantes de América. Política de concesiones, política de empréstitos, política de monocultura. Ellos, con esa irresponsabilidad que da la ausencia de visión en un porvenir demasiado cercano, la llaman «política de reconstrucción nacional, de progreso». Ni siquiera el principio de un sólido nacionalismo previsor, tan en boga hoy, acude a las mentes de los padres de las Repúblicas latino-americanas. Un nacionalismo no restringido entre las fronteras, ya que ante la perspectiva de los nacionalismos imperialistas nos resulta en extremo perjudicial, sino un nacionalismo que abarque todo el sector afectado por la acometida del Norte. «El nacionalismo es cosa para mayores», dicen los imperialistas, y lo prohíben y lo estorban sistemáticamente en los pueblos coloniales. Un nacionalismo chino, como un nacionalismo indú o indo-americano, sería un golpe de muerte para la estabilidad de los Imperios económicos que se reparten el mundo. Pero también es cierto que en esta hora de *trusts* imperialistas internacionales, la situación de los pueblos coloniales y semi-coloniales sólo puede resolverse por medio del nacionalismo.

No olvidemos que, en su hora, México dió el primer paso tendiente a la unificación de los pueblos de habla indo-española. Su proyecto de ciudadanía automática rompía barreras y hermanaba a todos los latino-americanos. Pero, prudentemente, la Embajada yanqui vetó el proyecto y a pesar de haber sido aprobado por el Senado del país, tuvo que archivarse por «demasiado prematuro».

A los que ingenuamente propugnan un internacionalismo de base utópica, por la riña de intereses y por la falta flagrante de preparación de parte de la única clase capaz de realizarlo, habría que responderles que idénticamente como las clases explotadas jamás podrán fusionarse con las clases explotadoras, de las que son engendro y a las que deben destruir, así también los Estados imperialistas, succionadores de la vitalidad de los pueblos coloniales, no podrán acceder a que éstos progresen y se levanten del nivel de miseria en que viven,

ya que sobre su miseria y su atraso se levanta el poderío de los estados imperialistas.

Un nacionalismo consciente no supone, como afirman y propagan de otro lado los vagos radicalistas, el odio ciego y unilateral por los países considerados dentro del radio imperialista. El moderno concepto de nacionalismo no está hecho en la medida estrecha de los regionalismos medioevales, y está exclusivamente dirigido contra la casta plutocrática que desde el poder del Estado o desde la banca—otra forma del mismo poder—, dirigen su explotación sobre los pueblos coloniales. No está incluida, como es lógico, la otra clase social que en los países imperialistas contribuye con su fuerza y trabajo a la consolidación de la casta explotadora. Y sí incluye a los del propio país colonial que se alían con los imperialistas para permitirle la libre entrada y la libre explotación de las grandes masas de trabajadores de la ciudad y del campo.

Y en su concepto constructivo, un nacionalismo lleva la finalidad de unificar todas las fuerzas nacionales para llevar a los pueblos a un verdadero progreso, libre de influencias extrañas y de tutelajes interesados.

Los Estados Unidos de Europa, fórmula de peligro para la defensa del poder económico del viejo continente, amenazado por el imperialismo yanqui, es un ejemplo magnífico que nuestros maestros de siempre nos ofrecen y que lleva en sí el secreto de nuestra prosperidad futura. ¿Con la inconsciencia de la irresponsabilidad dejaremos para cuando el remedio sea inútil la formación de una Federación de Estados Latino-americanos, como lo previó el Libertador, única valla para contener apetitos?—MAGDA PORTAL.

Precursores, profetas y salvadores

LOS trastornos sociales y políticos que sufre el mundo en la actualidad son considerados generalmente como una consecuencia de la gran guerra. Pero bien miradas las cosas, es posible advertir que, tanto ésta como el estado caótico que constituye su ineludible derivado, no hubieran sido posibles si el incremento del progreso material y la vertiginosa velocidad que en este siglo ha adquirido la vida no hubieran predispuerto el ánimo al cataclismo, multiplicando las dificultades de la lucha por la existencia, haciendo más en-

carnizadas las competencias y desarrollando el egoísmo del hombre, que se materializa en razón directa del bienestar que adquiere.

Así lo que está al margen de la lógica no es este estado de crisis permanente, sino la solución que se pretende darle. De acuerdo con un criterio sano y normal, debieran realizarse estudios aislados por especialistas en economía, por filósofos, capitalistas y trabajadores, correspondiendo al político la tarea de una sabia coordinación. Pero, por desgracia, nuestra propia desorientación nos ha llevado a querer descubrir la panacea universal y cada cual pretende asumir un rol mesiánico y a ofrecer el compendio de la sabiduría y el bien.

Mientras en la industria y el comercio se nota una marcada tendencia a la especialización, en lo intelectual se aspira a un peligroso universalismo. Nadie se conforma con ser únicamente lo que es; nadie se circunscribe a su propia tarea; nadie permanece tranquilo, en actitud de estudioso, dentro del modesto laboratorio. La publicidad ha alcanzado un desmedido extremo, no en lo concerniente a la indispensable réclame comercial, sino en lo relativo a la figuración vanidosa e inútil. Los autores no se contentan con subrayar sus condiciones intelectuales, sino que diariamente se desnudan en un escaparate, frente al público, y pretenden alcanzar mayor renombre opinando sobre toda clase de asuntos, mostrando las insignificancias de su vida íntima, en un afán de actualidad constante, como si exponiéndose a la consideración de las gentes, en perpetua *pose*, hallaran mayores facilidades para alcanzar el éxito. Los autores no se contentan con el renombre literario; acaso al presenciar las turbulencias y trastornos de la hora presente, recuerdan el viejo refrán *a río revuelto, ganancia de pescadores*, con la secreta esperanza de no ser ellos los peces.

El arte por el arte casi ha desaparecido, cediendo lugar a una literatura tendenciosa. Actualmente hay quienes afirman que el escritor ha de relacionarse e inmiscuirse en los problemas que inquietan la conciencia del mundo, correspondiéndole, en relación a ellos, la triple misión del precursor, el profeta y el salvador. Este género de literatura tendenciosa se ejercita en dos formas diversas. La una, que no constituye propiamente una literatura sino que significa más bien una estúpida alharaca demagógica, derivada de la actualidad política o social de un personaje. Se da, por ejemplo, el caso de un obrero revolucionario que aspira a trascender intelectualmente. Un señor Gorkin, verbi-gracia, proletario español, eterno huelguista perseguido por los patrones y el Gobierno, que amparado por

Barbusse pretende aprovechar la simpatía que despiertan su condición de víctima y sus deseos de ilustrarse para lograr renombre en el mundo de las letras, sin conseguirlo ciertamente por falta de personalidad, de sensibilidad y buen gusto. Sus libros no son más que torpes alegatos de mitin público, en los que a cada paso se pretende presentar como novedades observaciones, sentimientos y autores que la gente instruida ha descubierto desde hace mucho tiempo. El mismo caso se produce a la inversa entre los señores que en otra época alcanzaron situación expectable en la política y que hoy nos amenazan con toda suerte de Memorias, Diarios íntimos y otras audacias literarias. Es lo que sucede con el Conde de Romanones, con sus *Notas de una vida* y su biografía de *Sagasta*.

Pero la segunda y más peligrosa forma de esta literatura tendenciosa se traduce en el afán con que muchos escritores consagrados quieren aprovechar su prestigio literario para transformarse en caudillos y erigir cátedra magistral. Tolstoy, con su *snobismo* demócrata y su doctrina confusa, es el tipo representativo de esta escuela, pero existen para él las atenuantes de haber vivido en Rusia y en pleno siglo XIX. En cambio, para Romain Rolland y para Istrati no creo que haya perdón en esta época de realidades, de concreciones y de urgencias.

En esto no podemos ver más que un signo de evidente decaimiento. Cuando el escritor sin talento, o el que siente amminorar su potencia intelectual, tiende a convencerse a sí mismo y procura convencer a los demás de que escribir no es tener ideas, imágenes, gracia, amenidad, etc., sino defender el socialismo o combatir por la libertad, esto no significa otra cosa que el tener ideas se hace para ellos casi imposible, mientras que es tarea fácil y atractiva la de defender los derechos del hombre. Cuando los individuos sienten confusamente su falta de aptitudes para el destino primario y efectivo en que cayeron, buscan otro oficio vago y caprichoso para fingirse una compensación. A este respecto puede repetirse con Ortega y Gasset:

Uno ha visto tantos hombres que, de buena fe, necesitan, además de su destino real, dar a su vida una especie de segundo piso imaginario donde poder representar una comedia de grandes actitudes y hacer cuadros plásticos de virtud, de ascetismo, de sacrificio.

Y menos mal cuando tales escritores se reducen a defender la libertad y proclamar la lucha de clases, porque en tal caso les asiste, en una u otra forma, la conciencia de los pueblos; y siempre es preferible, a la verdad desnuda, escueta, la ver-

dad hermoseada y atrayente. Pero esta gimnasia de los ideales traspasa todo límite. Por medio de ella se llega a un laberinto de ideas, persistiendo sólo el propósito mesiánico, vago, confuso, incomprensible en un estudiante, imperdonable en un pensador.

La política, que es siempre tendencia a soluciones prácticas y viables, se desprestigia, parece insuficiente a los ojos de la masa, junto a ese aluvión idealista, en el que cada principio aspira a superar a los demás, por medio de lo cual se llega a los más absurdos retorcimientos. Este preciosismo de las actitudes espirituales alcanza hoy términos pavorosos; las multitudes oyen hablar de Vivekananda, de Ramakrisna, de los yogas, de todas esas concepciones orientales, incompatibles con la idiosincrasia y la cultura europeas y que no significan más que la nebulosa en que se encierran los que han decaído, los que ya no saben crear, los que están realmente incapacitados para traducir el secreto del siglo en que vivimos. Estos no hacen, de este modo, más que hurtar el cuerpo a las preocupaciones y adoptar actitudes ridículas. Su conducta equivale a la de las aristocracias inconscientes que no sintieron la proximidad de las revoluciones y que contribuyeron con sus elegancias y su despreocupación a precipitarlas y a justificar sus desmanes. Y como la de éstas, la actitud de aquéllos puede constituir un índice del fin que se acerca, del término que alcanza un período histórico, según la agudísima observación de *El Espectador*:

Este carácter ficticio de alto juego o sublime deporte que suelen poseer los ideales, se va revelando poco a poco conforme la época avanza hacia su consumación. Así acaeció con el ideal caballeresco. Nunca se extremó tanto el desplante, la retórica y el escenario de la *caballería* como en el siglo XV y fines del XVI, precisamente cuando la realidad social estaba ya constituida en otra forma incompatible con aquellas gesticulaciones.

Y aun cuando en rigor no se considerara esta literatura como un signo de la decadencia de Occidente, bien puede conducir a ella; pues el mundo no logrará salir del caos en que se debate mientras no cese este diluvio de profetas mesiánicos, en tanto no regrese cada cual a lo suyo.—F. O R T Ú Z A R V I A L.

Rafael Estrella Ureña, líder de la revolución dominicana

EL carácter feudal de la revolución americana de independencia ha continuado imprimiendo fisonomía a las luchas armadas posteriores a las de la república. Las han dirigido siempre sectores disidentes de la oligarquía dominante, segregados de su grupo social y político por sugerencias de una impaciencia que los impulsaba a no esperar turno en la «rebatña» de la cosa pública. Las masas, docilizadas por su instinto gregario, con la esperanza indefraudable de un destino menos duro, se dejaron guiar mil veces a la carnicería. Triunfante o no la revolución, para ellas el resultado fué siempre igual. Millares de campesinos quedaron tendidos en los campos de la lucha; los sobrevivientes regresaron a su misma vida de ilotas. Este proceso, constante histórica en la evolución política de casi todos nuestros pueblos, ha tendido a desvirtuar el alcance y el sentido social de las revoluciones. Las masas niegan intuitivamente sus simpatías hacia movimientos subversivos. Las minorías enteradas, más conscientes y más responsables de sus actitudes, no vacilan en condenarlos. Es de urgencia, por eso, reivindicar el sentido de los movimientos armados que no se originan en disidencias oligárquicas sino que tienen hondo arraigo en la conciencia popular.

La reciente insurrección en Santo Domingo es uno de ellos. Las masas se lanzaron a la guerra espontáneamente. Sus guías no han sido parásitos de burocracia. La tendencia y fines de la lucha son diáfanos. Engreído el presidente Vásquez en el ejercicio del mando, lanzado por un atajo que lo llevaba, fatalmente, a desembocar en el «cesarismo democrático», le salieron al paso, rifle en mano, los ciudadanos celosos de su decoro social. La lucha ha sido rápida. De los cuatro costados de la república convergieron a la capital las guerrillas rebeldes. Hasta el ejército—donde fincaba sus pretendidas «seguridades» el déspota en gestación— supo cumplir con su deber y le dió la espalda en el momento preciso. El gobierno de Horacio Vásquez había terminado. Vásquez, su Primer Vice Alfonseca y cuatro de los Secretarios de Estado fueron obligados a renunciar. Se encargó del gobierno y de la administración de la república un directorio de emergencia, que manejará los negocios públicos hasta la normalización completa del país.

Si el movimiento de Santo Domingo no ha sido una asonada cuartelaria, semejante a los golpes de Estado de Benavides, de Orellana, de Tinoco, etc., tampoco es su jefe un soldado audaz, analfabeto y valiente, al tipo de los que llenan con la historia de sus tropelías el ciclo de la república en latinoamérica. Rafael Estrella Ureña es hombre de pensamiento y hombre de acción. En el aula universitaria nutrió de ciencia su espíritu y lo templó luego para la lucha en la aventura del campamento. En la política de su país ha actuado activamente, desde los días de universidad; y de su actuación le queda en haber una verticalidad que le honra. «Es todo un hombre», escribió de él José Vasconcelos, recordando la fórmula de Unamuno. Cuando el gran mexicano, perseguido por Obregón, mal visto por el gobierno yanqui, visitó las Antillas, Estrella Ureña, entonces Secretario de Educación de Santo Domingo, lo llamó a su país. Los manejos del Ministro yanqui y de los traidores criollos para frustrar esa visita se estrellaron contra la voluntad de Estrella Ureña, quien llegó a amenazar al Presidente con presentar la renuncia de su cartera ministerial. De la Secretaría de Educación salió Estrella para las filas opositoras. En ellas militó con formidable dinamismo, en la jornada diaria del periódico y del mitin; y cuando estas armas de lucha social no bastaron para señalar mejor rumbo a los dirigentes de la república, fué él quien asumió la responsabilidad de guiar a las masas a la protesta armada.

La actuación de Rafael Estrella Ureña nos da tema para algunas consideraciones acerca de un nuevo tipo de militante político que el troquel de las generaciones jóvenes ha venido fundiendo. Ya de ese tipo, inédito hasta hoy en nuestro complejo social, se han dado realizaciones. Rafael Estrella Ureña es uno de ellos. Nos referimos al caudillo civil, hombre de pensamiento y hombre de acción, apto mentalmente para las responsabilidades del gobierno y militante decidido en empresas de audacia. Al caudillo ecuestre de los días inmediatamente posteriores a la independencia, sucede, a través de cien años de evolución, el nuevo guiador de masas, el líder consciente y apto para la lucha en todos los terrenos, economista hábil y jefe atrevido de guerrillas en la hora difícil del asalto. La inteligencia entra en función activa, En vías de trascender nuestra «era del instinto»—para aplicar un concepto de Waldo Frank—, ya las masas no tienden a encarnarse en «intuitivos», sino en individuos capacitados en la ciencia difícil de gobernar pueblos. Hasta ahora, el intelectual americano había figurado sólo con cometidos incoloros de «comparsa» en los movimientos revo-

lucionarios. Hombres contemplativos, descastados por un concepto libresco de la vida, se avenían a ser simples colaboradores literarios de empresas donde los imbéciles ocupaban la vanguardia directora. La nueva juventud continental, orientada por una visión realista de problemas y de hombres, consciente de su fuerza y de su destino, segura de sí misma, piensa y actúa en otra forma. Los revolucionarios jóvenes han dado ya de escobazos a los indolentes que forman en sus filas y está dispuesta a demostrar—y lo está demostrando ya—que es tan apta y tan capacitada para enfrentarse a un problema social como para guiar hombres a la protesta armada. El mito de los «guapos» quedará destruido esta vez.

Esta noticia urgida, escrita como periodista, acerca de la personalidad de Estrella Ureña está descarnada de todo propósito sectarista. En mis andanzas de desterrado viví durante algunos meses en Santo Domingo, donde me vinculé estrechamente con sus hombres de vanguardia y me puse en contacto con sus problemas vitales. La hospitalidad ancha que me dió esa tierra se la devuelvo en desinteresada preocupación por su vida social. Eso es todo. Hablo de hechos y de hombres con la perspectiva de la distancia, que me sitúa por encima de rencillas domésticas. A través de mi ideología tamizo los acontecimientos. Seguro —eso sí— de que si los líderes de la insurrección dominicana, en el ejercicio del poder, llegaran a traicionar su plataforma de hoy, los combatiría con la misma aspereza que me merecieron Horacio Vásquez y su gobierno.—R Ó M U L O B E T A N C O U R T.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Marcel Proust y Alexandre Arnoux

ME aquí dos grandes espectadores al acecho! Ante el inmenso y variado panorama de la vida, se han instalado a contemplarla para describirla, el uno con lente de microscopio, el otro con lente de telescopio; aquél contando el tiempo con el segundero del reloj, éste haciendo de los años minutos. . . . Y mientras Marcel Proust (psicólogo, analista) pega su fino oído sobre el pecho de un hombre particularizado para anotar con sutileza indecible los

latidos de su corazón, Arnoux, metafísico, espíritu sintético, inclina el suyo sobre el abismo del universo y sobre «el hombre» contándonos, maravillosamente embriagado, la resonancia del mundo.

Como el problema de la materia en movimiento, en lo infinitamente pequeño como en lo infinitamente grande, obedece a las mismas leyes, se han visto ambos obligados a salirse de las antiguas perspectivas, midiendo sus visiones a través de una nueva dimensión: el tiempo. Así va el primero «A la recherche du temps perdu» y se siente, el segundo, con su «Grimaud Vanvole», «Maître du temps».

Hay secretos de universo en el alma de Alexandre Arnoux cual si por un privilegio especial ella hubiese flotado en el éter durante los seis días de la creación. El espíritu de Proust debió también curiosear por sobre el hombro de la divinidad, pero principalmente cuando ella manejaba la arcilla destinada a Adán...

Proust es un observador y construye con su memoria. Arnoux es un intuitivo e imagina. Este con un símbolo nos hace palpar una verdad; aquél demuestra minuciosamente su anatomía en el laboratorio de la inteligencia.

Es curioso comparar cómo estos autores cuyos estilos son lo opuesto, están obsesionados por las mismas ideas generales: el concepto del tiempo, las leyes del atavismo, la disociación de la personalidad, el subjetivismo del amor, etc. Expresan continuamente ideas semejantes, comparaciones nuevas que les son comunes. Por ejemplo: la vidriera de una tienda hace recordar a Arnoux (en *Metro*) un acuario; y Proust evoca igualmente un acuario al contemplar en un palco del teatro un grupo de gente. Es verdad que el primero habla aquí como pintor impresionista, mientras el segundo lo hace como un naturalista que compara especies.

Para Proust, la mujer de un solo amor (una Albertina), se vuelve fugaz, cambiante, imposible de coger por causa de esa ley de continua multiplicación de una individualidad portadora de la muchedumbre de sus atavismos.

Las mujeres de varios amores (la niña del campo, la mujer del cinema, la prostituta, etc.) se convierten, para Arnoux, en «la mujer». Como se ve, estos dos espectadores destruyen, con procedimientos inversos, la realidad del amor, su objetividad para convencernos que sólo se tiene «la sed de amor» y que es ésta la que crea el espejismo de «la mujer amada».

Grandes poetas los dos, son igualmente grandes estilistas. ¡Pero qué lenguas más opuestas!: por todo lo que se extiende

Proust, Arnoux se condensa: sugiere donde el otro explica. ¡Qué vocabulario más distinto también! Mas aquí sucede al revés: es Arnoux quien se excede en el número de palabras (usa con verdadero rebuscamiento los términos correspondientes a cada objeto, propios de cada profesión, etc.). Es imposible leerlo sin estar abriendo continuamente el diccionario. En cambio con Proust, si bien nos hace trabajar para comprender su pensamiento, qué fáciles nos resultan sus palabras. Son las más usuales siempre. Proust me parece en este sentido superior. Ha elegido la mejor parte. El escollo de Arnoux es, tal vez, este excesivo rebuscamiento de términos. Pinta nombrando directamente las cosas; Proust explicándolas.

Para dar una impresión sobre sus respectivas «maneras» sólo podría decir que Proust me hace el efecto de un pintor que hubiese adquirido el arte de descomponer los colores y sus matices conocidos, multiplicándolos al infinito. Un color no es nunca tal para él: es una posibilidad de innumerables transiciones y nunca se sabría asegurar cuando empieza y cuando termina.

Arnoux es un pintor que, mediante una química imaginaria, ha producido con el tiempo y el espacio nuevos cuerpos de colores que realizan también la óptica de una cuarta dimensión.
—MAGDALENA PETIT.

Nota.—En este artículo me refiero principalmente al primer cuento de Arnoux en *Ecoute s'il pleut*: «Grimaud Vanvole, maître du temps».

Noche californiana

LA noche que llegué a Stanford se celebró una fiesta española al aire libre; bajo el firmamento y sin más artificio que el de los reflectores eléctricos que suplían a la luna cuando ésta, rebelde al programa, se hacía esperar o se ocultaba inoportunamente detrás de las gasas de un cielo profundo, inmenso, tranquilo. Más de un millar de invitados habían acudido al llamado de la Universidad. El tazón iluminado de la fuente derramaba cristales rumorosos, deshechos e indefinidamente renovados; en derredor, las arcadas castizas fingían ancha plaza; no bastaban los bancos profusa-

mente alineados para acomodar a todos los visitantes que desbordaron por corredores y portales. En frente, una fachada como de iglesia mexicana, ofrecía el resplandor elegante de un barroco sobriamente imitado por algún arquitecto yanqui. De un balcón central penden sedas; por los dos costados hay un remate que simula campanario y abajo se extiende un atrio respaldado de tres puertas en arco de medio punto.

A título de recién llegado, ocupé la primera fila, al lado del jefe de la sesión, y casi en punto de la hora anunciada, apareció en el atrio que hacía veces de escena, la señorita Luisa Espinel, sola en el programa a excepción de las fragancias nocturnas, las colgaduras de seda, la luna y las estrellas. . . . «Quiero cantar, había dicho la joven a un diario, en un jardín, bajo el cielo nocturno, despejado. . . .»

Vestía la señorita Espinel a la asturiana, andaba con mucha soltura y se veía morena. «Es mexicana», me dije en seguida y lo confirmaban sus ojos oscuros, profundos como los milenios de la América indígena y hermosos, pero con hermosura distinta de la andaluza. Singular extrañeza me causó oírla hablar en un inglés tan perfecto que en seguida pensé: «Va a destrozar el español con ese acento inglesado tan impropio en gente de raza hispánica», y como ya me había provisto de resignación para las dos horas de aburrimiento que suelen darnos espectáculos parecidos, aprovechando la poca luz, entrecerré los ojos primero y después los levanté al espacio, dispuesto a poner el pensamiento en las estrellas que arriba, lentamente, rodaban.

Ignoraba que a semejanza de las sirenas la señorita Espinel tiene en la voz el secreto de la fascinación. Y nada hay más peligroso que los sonos y embelesos del canto. Y sucedió que como el grato irresistible golpear de un surtidor se nos vertían en la conciencia las palabras del relato en que la artista nos daba con ingenua precisión todas las circunstancias de su arte. Después de concluida su educación en un colegio católico californiano, cuatro años bajo la dirección de buenos maestros recorriendo distintas regiones de España y luego la dirección del profesor Espinosa, de Stanford, quizá el primer folclorista castellano. Primero en su prólogo y luego antes de cada canción, la señorita Espinel traduce cuanto es posible traducir a su público inglés y además explica, sitúa en tiempo y lugar sus diferentes motivos y los juzga con ligereza y acierto, con gracia y buen gusto, libre totalmente de la pesadez erudita. Asombra ver cómo alcanza casi tanto éxito en la explicación como en la canción. Primero canta un romance asturiano del Lindo

Amigo, luego una muñeira gallega seguida de los Pastores de Castilla. Dice bellamente pronunciando cada sílaba; su entonación es emocionada y logra revivir el tono de cada región. Algunas canciones las acompaña de pasos de baile o de acción discreta, graciosa, espontánea.

Vuelve a disertar. Su tesis de que las canciones del norte de España son más bellas que esas otras que de tanto circular han venido a convertirse en la españolada, que algunos eruditos quisieran extirpar, no convence, porque a ella se oponen genios como el de Amalia Molina. Sin embargo, el talento de la señorita Espinel salva todo lo que toca y logra arrancar aplausos; el público empieza a interesarse; parecía que todos comenzábamos a abrir los ojos delante de la sorpresa de una velada realmente prometedora.

Después de breve intervalo reaparece luciendo traje valenciano vistoso; baila una jota refrenándole el ímpetu para evitar la fatiga de la voz, y luego, a propósito de un canto de trilladores, nos diserta sobre el rancio hábito hispánico de acompañar las tareas manuales con alguna canción o con un son; hábito probablemente morisco, presumo yo recordando una de las más lindas canciones que he oído en mi vida: la suerte de letanía que entonaba un botero musulmán que transporta viajeros de uno a otro lado del Nilo, en Luxor: «Alá Uno, Alá Misericordioso, Alá Poderoso, Alá Uno», y así, entre recitando y cantando se acompaña del golpe de sus remos, mientras los dientes blancos le brillan bajo la piel morena y una fresca sonrisa pone fragancia en la mañana clara, calurosa, deslumbrante.

Siglos de faena y de esperanza resucitan en el canto de los trilladores de la Espinel, que en seguida anuncia que va a cantar desde el balcón el canto del sereno. Explica primero los antiguos deberes del guardián, vigilar por la seguridad de los vecinos y darles la hora y el tiempo; así, por ejemplo, anuncia en algunos pueblos del Sur de España: son las once y llueve; son las diez y hay luna. También entre nosotros en México, por los lugares castizos, Oaxaca y Puebla, cantó así la Colonia, en aquel florecer civilizado extinguido por la brutalidad de la República; en aquellos días magníficos el ritmo mismo de la vida se expresaba en canciones.... La artista aparece en el balcón envuelta en los halos de los reflectores, levanta la mano como en una invocación y aún con voz conmovida; con voz antigua renovada en su juventud: «Alabado sea el Santísimo Sacramento», y su grito de mágica melodía sacude las almas y se hunde en un espacio sin tiempo. Pasa una extraña emoción

de despedida o de funerales, se recuerda una gran cultura extinta, una gran raza que de pronto perdió el poder. . . . Alabado repite la cantadora y la España grande se despide en la voz indígena de la artista californiana, pero no se sabe bien si se trata de una despedida final o de un anuncio de lo que ha de volver.

Nuestra Madre Patria, había dicho la californiana en puro inglés a su auditorio anglo-sajón, nuestra Madre Patria es España. «¿Y México, me ha dicho un compatriota que estaba en el público, por qué no se ha acordado de México, si ella parece ser más mexicana que española?» De pronto yo no supe qué contestar, pero después a propósito de asunto diverso, me dijo un californiano autóctono: «Mis padres españoles vinieron unos por Nueva Orleans y otros pasando por México»; pero lo propiamente mexicano casi no existe para estos californianos que se llaman a sí mismos latinos para diferenciarse de sus compatriotas anglo-sajones. Por otra parte, pensé con cierta amargura: ¿Qué razón habría para que fuesen devotos de México si no fuese por la común tradición española? ¿De qué don podrían hacer gala los mexicanistas anti-españolizantes, de los atropellos de Santa Ana y demás caudillitos viejos y modernos? ¿Pues qué otra cosa dió México a estas regiones en el medio siglo de su dominación militarista? Generales entonces y generales hoy como los que han venido explotando a la pobre martirizada y despoblada Baja California. En cambio ¿les hemos mandado alguna vez a estos hermanos nuestros algún implemento de trabajo, alguna idea, siquiera alguna canción? Casi nada de esto vino por acá ni cuando éramos aztecas, ni después de que terminamos de ser españoles. Nada les mandamos aparte de ejércitos que consumaran brutales castigos y ahora mismo en estas ciudades sólo se sabe del general que viene por aquí a esconder lo robado. ¿Cómo, pues, vamos a tener derecho de enfadarnos porque no se ufanan los californianos de su extinguida mexicanía, pero sí se apegan patrióticamente a lo español? Natural es por lo mismo que en sus horas de angustias hayan vuelto los californianos el corazón todo entero, no a México por quien perdieron patria y destino, sino a España, por quien poseen y conservan alma.

La tercera parte del programa, quizá la más hermosa, se dedicó al repertorio californiano, heroicamente reconstituido por los empeños del profesor Espinosa. El romance de Elena es una de esas canciones que bastan para hacer la reputación de una artista; en su desempeño, la señorita Espinel fascina, conmueve, deslumbra.

Aguja de oro, dedal de plata, si la Espinel cose es muy bello coser; si la Espinel canta, el canto es como chorro de alegría; si la Espinel danza, el anhelo se siente colmado. Sublime conjuro capaz de reanimar una momia; súbita pasión quisiera lanzarse a la absurda aventura de amor, dicha infinita, furia eterna que en un instante consume un destino y luego añoranza y olvido y llanto y misterio, ríos de llanto, entre las sombras del jardín.

De pronto vi que la Espinel, transfigurada, recorría la América, recorría la América de uno a otro confín, renovando el alma de España en todos sus hijos de vario color de una estirpe inmortal. Sacerdotisa de España reencarnada en América desde la California perdida, hasta la Patagonia aun no ocupada. Lo que Berta Singerman para el recitado, puede llegar a ser la Espinel en la canción. Sola ella manejando, conmoviendo públicos. Alba de esperanza; clamor de victorias remotas. Destello, fulgor.—J O S É V A S C O N C E L O S.

Divagaciones alrededor de la poesía

I. LA POESÍA

BCHARSE a buscar en los libros una definición exacta de la poesía es tarea larga y seguramente inútil. Hasta ahora no se ha hecho más que divagar alrededor de la poesía, pero como toda divagación es, más o menos, una tentativa de interpretar el objeto sobre el cual se divaga, toda divagación es provechosa. Al decir poesía quiero decir sólo poesía en su esencia, en su pristinidad. No hablo de la obra poética, sino del impulso que crea la obra poética y del origen de este impulso. Tampoco me refiero a lo ingenioso, a lo razonable, a lo didáctico, a lo anecdótico, a lo social, a lo higiénico o a lo moral. La poesía, como creación pura, es independiente de todo eso.

Para definir o explicar esa poesía a que me refiero y que es la única que puede interesar a los artistas, no existe ninguna frase, ningún pensamiento decisivo. Los poetas, los sabios, los filósofos, los críticos, han escrito muchas páginas, sin lograr ponerse de acuerdo. Además existe una dificultad para interpretar el fenómeno intrínseco de la poesía: es el precon-

cepto que cada uno tiene de ella. Esto impide enunciar una fórmula para uso de todos y cada uno de los interesados. Los poetas lo ignoran tanto como cualquiera y a veces más que cualquiera. La flauta ignora lo que es el sonido, aunque lo produzca. Si preguntamos a un poeta amigo nuestro: ¿qué es la poesía?, no sabrá qué responder o responderá vaguedades: confundirá la poesía con el arte poético o con la obra poética, y concluirá por tratar de explicarnos en qué situación intelectual o fisiológica se encontraba cuando se le ocurrió escribir tal o cual poema. Con todo esto no sacaremos nada en limpio. El instante en que el poeta siente el deseo o la necesidad de escribir un poema y el instante en que el motivo del poema surge en él, son posteriores a la aparición de la poesía en él. Este último es el que nos preocupa y éste es el que nadie ha logrado descubrir.

Casi se puede afirmar que la poesía está, por ahora, fuera del conocimiento inmediato y por encima de la inteligencia y de la voluntad directa del hombre, dentro del cual obra algunas veces como el viento en la flauta, llenándolo de su fluido sin que él lo advierta, hasta que, colmándolo, le provoca la idea poética. No queremos decir con esto que la poesía sea algo sobrenatural, no; sólo queremos decir lo que hemos dicho: que está por encima de la inteligencia inmediata y es independiente, en cierto modo, de la voluntad. No viene desde fuera del hombre: se crea dentro de él, pero sin que él sepa ni sienta cómo se crea. Si no fuera así no se comprendería cómo, después de tantos esfuerzos hechos por poetas y no poetas, no se haya llegado a una definición clara de su personalidad, que parece andar en puntillas dentro del hombre. Schiller decía:

Tout d'abord mon âme est remplie par une sorte de *disposition musicale*: l'idée poétique ne vient qu'ensuite.

Disposición musical. . . . La idea poética no aparece sino después. . . . ¿Cuándo nace esa disposición musical? ¿Cómo nace y por qué? ¿Cómo se desarrolla hasta aparecer en el poeta? Esto es la poesía en su esencia: desde que se forma hasta que nace en el hombre; lo que sigue es cosa diversa. Shelley decía:

Un poète est un rossignol qui *chante dans les ténèbres* pour charmer sa propre solitude de ses doux sons; ses auditeurs sont comme hommes ravis en extase par la mélodie d'un musicien invisible, qui se sentent émus et charmés, mais qui ne savent *ni d'où vient la mélodie, ni pourquoi elle les charme*.

El poeta es un ruiseñor que canta en las tinieblas. . . . No sa-

be de dónde viene la melodía ni por qué ella le encanta. . . .
Novalis:

Tout oeuvre d'art véritable est un symbole mystérieux qui a plusieurs significations, et est, en un certain sens, *insondable*.

Observemos que el romántico alemán habla de la obra de arte o del poema, o sea, del precipitado (1) de la «*disposition musicale*» de Schiller. Sin embargo, encuentra que tiene un sentido insondable. ¿Qué habría dicho al hablar de lo que hace surgir los poemas, de la poesía? Porque el poema, aunque en él resplandezca la poesía, no es la poesía misma, es el resultado, el fruto. Y el fruto no es el árbol ni mucho menos las raíces. ¿Dónde reside el árbol? Indudablemente, en la inteligencia, que es la resonadora. Pero, ¿y las raíces? Ahí termina el conocimiento y principia lo desconocido, lo inefable. Claro que reside también en el hombre, pero en el hombre ignorado por sí mismo. Esa es la cuestión, cuestión que día a día parece pertenecer más al campo de la psico-fisiología que al de la filosofía o al de la crítica literaria.

Cuando Carlyle intentaba definir la poesía como una acción simultánea del silencio y de la palabra,

andaba lejos de la poesía, habíala dejado atrás y hablaba de la obra poética. La poesía no es acción, en el sentido corriente de la palabra, puesto que acción es el ejercicio de una potencia. La poesía, hasta el instante en que surge en el hombre, es una potencia sin ejercicio: es una vibración abstracta, sin sentido, pura, que puede morir si no encuentra terreno propicio para su desarrollo y que puede prosperar si las condiciones le son favorables.

Citemos a Rey (*Psicología*), procurando encontrar una explicación científica del fenómeno:

Podemos ahora emprender el estudio de las síntesis espontáneas que se forman en la conciencia entre los elementos representativos o sensaciones, gracias a su conservación, a la atención y a la asociación. . . . Las percepciones externas son, pues, síntesis muy complejas, en las que las sensaciones, a continuación de una serie de experiencias, y, sobre todo, las imágenes, se asocian y se fusionan conjuntamente; tanto, que una *intuición inmediata* acaba por reemplazar la sucesión de las operaciones múltiples que tienen realmente lugar. Hay una verdadera química mental, que no debe asombrarnos, puesto que las síntesis de este género son el procedimiento *esencial* de las actividades conscientes. Por ellas, una sola indicación se convierte en la equi-

(1) Entiéndase esta palabra en su significación química.

valente de una multitud de otras y abrevia considerablemente nuestro trabajo, economizando nuestros esfuerzos.

Esa percepción o intuición es lo que se llama comúnmente «inspiración» al hablar de arte poético o del poeta. Pero ya hemos visto el intrincado trabajo que se produce antes de la aparición de aquella intuición y que vendría a ser el origen de la poesía y la poesía misma.

Podríamos atrevernos a trazar el siguiente esquema científico: El poeta recibe las sensaciones y las absorbe sin diferenciarlas ni discernirlas de un modo inteligente, es decir, sin conocimiento de su conciencia inmediata. Las sensaciones no permanecen inactivas, no pueden permanecer inactivas desde el momento en que existe un cerebro en función, y trabajan dentro del hombre, en sus órganos; se mezclan, se cruzan, juegan, buscan sus relaciones afines, hasta que por fin encuentran su equilibrio. Algo empieza entonces a vibrar: es la poesía. El impulso de que hablamos. La vibración crece hasta resonar en la inteligencia, en la conciencia vigilante, que decía Spengler. Desde ese instante empieza lo que se podría llamar la acción exterior de la poesía, aunque esa acción no es ya la acción de la poesía: es la acción del hombre. La siente el hombre, se apodera de ella, la desarrolla según sus capacidades de desarrollo, le da la forma que puede darle, y nace entonces el poema o el verso.

Deux choses sont également requises: l'une une certaine somme de *complexité*, ou plus proprement de *combinaison*; l'autre, une certaine quantité d'esprit suggestif, quelque chose comme un courant souterrain de *pensée non visible, indéfini*.. (Baudelaire.)

Ahora, aceptando esta generación de la poesía, podemos dividir el estado poético en tres partes:

- 1.º Sensación.
- 2.º Elaboración.
- 3.º Percepción y expresión.

Examinemos estas tres partes:

1.º *Sensación*. No hay sensaciones poéticas especiales. Cualquier sensación, intelectual o fisiológica, puede servir a la poesía. Pero además de las sensaciones afectivas y de las sensaciones de los sentidos, existen otras. Son las que se producen en el poeta sin causa exterior alguna. A éstas debe la poesía sus más altas creaciones. Son sensaciones que nacen de modo espontáneo y sin relación aparente con la razón, con el cuerpo o con los sentidos, y que se manifiestan en el poeta como simples juegos de colores, de luces, de sonidos, de imágenes, de

frases sin significación, imposibles de atribuir a impresión alguna recibida. Son las sensaciones elaboradas por la actividad creadora:

Los factores generales que organizan nuestra vida representativa pueden dividirse, al parecer, en dos grupos: los factores que la organizan *espontáneamente y más o menos libremente*, y los que la organizan de una manera reflexiva y sistemática. Los primeros constituyen la *actividad creadora del espíritu o la imaginación*; los segundos, la actividad racional, los principios directores del conocimiento. (A. Rey: *Psicología*.)

¿A qué sensación o a qué sensaciones se podrían atribuir estos versos?:

No son todos ruiseñores
los que cantan entre flores,
sino campanitas de plata
que tocan al alba;
sino trompeticas de oro
que hacen la salva
a los soles que adoro.
No todas las voces ledas
son de sirenas con plumas,
cuyas humildes espumas
son las verdes alamedas,
si suspendido te quedas
a los süaves clamores. (Góngora.)

¿Y estos otros?:

Como cenizas, como mares poblándose,
en la sumergida lentitud, en lo informe,
o como se oyen desde el alto de los caminos
cruzar las campanadas en cruz,
teniendo ese sonido ya aparte del metal,
confuso, pesando, haciéndose polvo
en el mismo molino de las formas demasiado lejos
o recordadas o no vistas,
y el perfume de las ciruelas que rodando a tierra
se pudren en el tiempo, infinitamente verdes. (Neruda.)

Estos poemas son música pura, unida a una visión «deshumanizada» de la naturaleza: creación espontánea de la imaginación creadora, creación que no debe su origen a ninguna sensación exterior particular o que la debe a muchas sensaciones fragmentarias, que han sido, primero, elaboradas por la imaginación reproductora, cogidas luego por la creadora y vertidas al fin en la conciencia por medio de imágenes o de frases musicales. En cierto modo, se puede considerar esos poemas como obras independientes de las sensaciones exterior-

res. Y al decir «en cierto modo» quiero decir que, aunque su origen íntimo sea debido a sensaciones recibidas, la elaboración ha librado al poema de su influencia o representación directa, presentándolo como creación pura. Sabemos que en toda invención científica y en toda creación artística han contribuido infinitos valores recogidos de aquí y de allá, pero eso no es obstáculo para que sean consideradas como invenciones o creaciones. El hombre no puede sacar sus obras de la nada o recibirlas de un ser sobrenatural.

De muchos poemas se puede decir: «fueron escritos a raíz de recibir tal o cual sensación». Pero de otros no se puede decir nada de esto.

2.º *Elaboración.* Para estudiar este segundo punto remitimos al lector a cualquier tratado de psicología moderna (imaginación reproductora e imaginación creadora). Su exposición sería muy larga aquí. Pero dentro de este punto hay otro: ¿Por qué en el poeta esas síntesis de sensaciones tienen una forma especial? Porque el poeta se ha creado, por la costumbre de sentir de tal manera, por el ejercicio, quizá por la voluntad, o tal vez lo posee por predisposición congénita, un ambiente espiritual particular, un molde o un órgano cerebral, donde esas síntesis deben tomar forzosamente la forma que al poeta le conviene que tomen. Igual cosa sucede con un músico, un pintor, un escultor, o con un hombre de ciencia, con un inventor. Además, la imaginación reproductora y creadora toma parte directa en ese trabajo, elimina lo inútil, selecciona lo útil y presenta al hombre lo que el hombre puede utilizar y en la forma que el poeta lo necesita. Pero en esto existen variaciones y ellas dependen del individuo y su desarrollo intelectual.

Respecto a los órganos que generan estas coordinaciones especiales, dice Rey (*Psicología*):

La existencia de estos centros y su mayor o menor desenvolvimiento explicarían las diferentes formas de la imaginación y las diferencias individuales. Se ha trabajado mucho en esta investigación, y la concepción más coherente es la que Flechsig ha deducido de observaciones embriológicas: «Existen, de una parte, esferas sensitivas (sensoriomotoras) que ocupan un tercio, próximamente, de la corteza cerebral; por otra parte, centros de asociación que ocupan los otros dos tercios.» Entre estos últimos se encontrarán centros más especialmente reservados a la coordinación imaginativa; Flechsig admite tres: el gran centro de asociación posterior (parieto-occipito-temporal); otro mucho más pequeño, anterior o frontal, y un centro medio, el más pequeño de todos (Insula de Reil). De la estructura de estos centros dependería la imaginación, su fuerza, su poder y su aspecto particular: el predominio de las regiones parietales se nota, sobre todo, en los artistas; en los sabios, el de las regiones frontales.

3.º *Percepción y expresión.* La percepción es lo que se llama síntesis, o sea, el resultado de la combinación de las sensaciones. Pero nosotros no queremos hablar del fenómeno de la percepción, sino de las formas que las percepciones toman en la conciencia del poeta. Estas formas son variadas y en cada artista se manifiestan de diverso modo. La forma más corriente es la imagen. La imagen es la reviviscencia de un estado de conciencia, elaborado por la actividad creadora. Al aparecer en el campo resonador del poeta, éste toma las imágenes y las expresa en palabras. La palabra es su medio de expresión, así como la nota musical es el medio de expresión del músico y el color el del pintor. Algunas veces, el poeta las expresa tal cual las recibe, en el orden que traen y sin ponerlas en relación con el razonamiento. Si el poeta sigue este procedimiento, tendremos el poema citado de Góngora, o este otro, de Cendrars:

Vida crucificada en el diario, del todo abierto, que sostengo con los brazos extendidos.

Envergadura
Cohetes
Ebullición
Gritos
Se diría un aeroplano que cae.
Soy yo.

Este es el medio de expresión de lo que se ha llamado poesía nueva o pura. Pero si el poeta sigue el otro procedimiento, el resultado será el conocido en la otra poesía, no nueva o no pura. Debemos hacer constar que las imágenes no son un patrimonio exclusivo de los poetas: aparecen en todo hombre cuyo cerebro funcione. Aparecen en los locos y en los niños, hasta en los animales. Pero cada ser hace de ellas el uso que le conviene o no hace ninguno. Esto es elemental.

Otras veces las percepciones aparecen en el poeta como una frase, como un pensamiento, como un juego de palabras, aún como una sola palabra: amor, muerte, vida, etc. En algunos casos surgen como una frase musical, que, poco a poco, se transforma en frase verbo-musical. Si las percepciones no son elaboradas luego por el raciocinio, guardan la frescura original que hemos visto en los poemas citados. Pero si el raciocinio se apodera de ellas, pierden su carácter espontáneo y aparece entonces el concepto. El concepto es la síntesis de la percepción, síntesis elaborada por la actividad representativa: es la reducción de lo múltiple a la unidad. El poeta no se expresa ya en imágenes, se expresa en conceptos, forma

la más aceptada en la obra poética anterior a la aparición de esta poesía.

Pero las percepciones no aparecen siempre espontáneamente en el poeta. A veces el poeta tiene que excitarlas para que aparezcan. Los que escriben versos—me refiero a los buenos versos—saben que muchas veces, al sentarse a escribir, su campo resonador está completamente vacío. Pero es necesario escribir y el poeta empieza a buscar dentro de su cerebro alguna imagen, alguna idea, alguna frase que le sirva de punto de partida. Medita, reflexiona, se abstrae, fuma, imagina un estado de conciencia, recuerda algo que le haya impresionado: una lectura, un paisaje, una mujer, cualquier cosa. (Los poetas de hoy día extraen imágenes de todas partes. Pero nuestro poeta no puede sacarlas. Le falta la fluidez de los otros.) Por fin, algo aparece:

La reflexión y la meditación son incontestablemente creadoras; la imaginación tiene allí, pues, su parte y su parte predominante, y a ella debemos en este dominio las invenciones científicas, los sistemas metafísicos, las obras de arte, las concepciones generales o especiales de la vida política, industrial y comercial. (A. Rey. *Psicología*.)

Esta divagación nos ha llevado más allá de lo que yo buena-mente intentaba y no estoy seguro de haber expuesto mis ideas con la claridad que el tema merece. Pero una divagación es una divagación o no lo es. La mía lo es, y como cada artista tiene una divagación propia alrededor de la poesía, ésta encontrará de seguro impugnadores, rectificadores. Es fatal, pero también es útil. He intentado exponer científicamente el fenómeno poético. Feliz o desgraciadamente, la mayoría de los poetas no se conforman ni aceptan explicaciones científicas. Muchos dicen: «La poesía es un don», dando a la palabra *don* un significado místico. Yo no dudo que muchos poetas, grandes poetas, hayan debido o deban sus mejores creaciones al sentimiento místico que los anima o animaba, es decir, que ese sentimiento místico haya sido el creador de sus sensaciones, pero de ahí a suponer que el poeta sólo sea el transmisor de algo sobrenatural, hay mucho trecho. Teniendo como tiene el hombre un cerebro tan maravilloso, de ambos se pueden esperar grandes maravillas.

El hombre crea su don poético o posee su don poético por muchas causas: por la estructura especial de ciertos órganos cerebrales, por la delicadeza de sus sentidos y de sus sentimientos, por la predisposición orgánica e intelectual que tiene para sentir de ese modo y no de otro, por el ejercicio de esa

predisposición, por la costumbre y por muchos otros motivos que no hay necesidad de ir a buscar fuera de él. Nada más.

Y ahora me dirá alguien:

—Ya que usted ha intentado darnos una explicación científica de la poesía, ¿por qué no nos da también una definición?

Pero, ¿para qué definición? Yo no he intentado, al escribir este artículo, buscar o crear una definición de la poesía y si empecé hablando de definición, fué porque hay que empezar de alguna manera, sobre todo cuando se trata de divagar. Una explicación me parece más útil que una definición. Además, toda definición sería literaria y peligrosa. Cierta vez le dije a un escritor, amigo mío:

—Paul Valéry dice que la poesía es una vacilación entre el sentido y el sonido.

Y él me respondió:

—De ahí a la Casa de Orates, no hay más que un paso.

Cada época literaria tiene, no diré su definición de la poesía, sino su sentido de la poesía y cada poeta de cada una de esas épocas tiene, a su vez, su sentido propio, personalísimo. Sin embargo, en cierta poesía, como en la poesía pura, por ejemplo, que no es una creación de nuestro tiempo, sino que aparece más o menos intensamente en cada época literaria, el sentido de ella se continúa sin variantes apreciables.

Tal vez en mi divagación se echen de menos ciertos matices, ciertos detalles, pero esos matices y esos detalles pertenecen más a la creación literaria de la poesía que a su fenómeno primero. De ellos procuraremos hablar en algún segundo artículo sobre la poesía y el poema.—MANUEL ROJAS.

El gregarismo en el arte

EN el panorama intelectual universal, y especialmente en América, subsiste la entonación polémica entre un arte humanizado y un arte deshumanizado, arte individualista contra arte societario. Diego Rivera, en México, afirmó que todo arte proletario es arte burgués. Rivera rinde tributo a la hora socializada que vive el mundo, pero quedará de él lo que haya de genérico, de humano, no la simple formalidad adscrita a un determinado intento de estética proletaria. Es comprensible, en México, la intención socializadora, de carác-

ter revolucionario. La posición de México es típica, no sólo por su tradición sino por la lucha permanente, siempre abierta, entre la masa y el latifundismo, que crea los conflictos sociales. Por otra parte, el imperialismo económico yanqui echa una sombra sobre los países desvalidos del continente Sur, del que México parece ser una avanzada temeraria. Es natural que se proclame una especie de confederación artística de carácter defensivo, fuertemente nacionalista. Problemas externos e internos concurren a robustecer esta forma específica de un arte que atenta contra la libertad de creación. El arte es el arte, en su expresión de humanidad y de sinceridad, a despecho de todas las escuelas e *ismos* que aspiran a una función niveladora o dogmática.

Conviene no olvidar la situación gregaria del mundo, cuya tendencia se orienta a borrar la individualidad, la libre voluntad humana. Hacia donde se eche la mirada no se encuentran sino masas humanas, dóciles y obedientes al conformismo societario. Rusia da un ejemplo de esta verdad. Quiere hacer del arte un simple esfuerzo de entonación social. Rusia crea o aspira a crear un arte comunista. Es decir, quiere que el mecanismo de la creación artística esté supeditado al estado como si fuera la rueda de un vasto engranaje. Cuando surgen resistencias individuales, cuando el hombre creador se levanta de sobre el haz de la monotonía, se le neutraliza. Las creaciones literarias inmediatamente posteriores a la revolución, como las de Fedin, Pilniak o Ivanov, son los postreros alientos del individualismo artístico.

Así como social o políticamente, en otros sectores, no se toleran las energías o los impulsos de rebeldía individual, la estética nueva vive sometida a la fuerza gregaria. Es la cenicienta del estado colectivo que no tolera las pasiones o las alegrías sino en comunidad. Obsérvense las relaciones entre los individuos: son rígidas y tiránicas, sujetas a la sospecha y al equívoco. El menor intento de independencia del pensamiento es luego sometido al diapasón común. Las leyes están calculadas para nivelar las cifras humanas, para envolverlas en una red complicada de la que resulta la obediencia sin examen ostensible. Las masas se mueven ciegas y frenéticas. El Estado tal como se ha conformado en algunos países o tal como se le quiere propagar sobre el mundo, ha borrado en unose intenta borrar en otros la vida privada, la vida interior. Las masas gregarias no saben de vida interior, no pueden saborearla, porque los individuos que las componen viven recelándose entre sí.

Violada la estancia en donde el hombre se recluye para pen-

sar o reflexionar, desaparece la creación artística, el elemento puramente estético, para dar paso a las formas artísticas subalternas de la propaganda o del arte convencional y fragmentario. Arte fronterizo con la pesadez y el mal gusto. De ahí que en los países gregarios se llame ociosos a los artistas. No pueden tolerar al creador, porque prima en aquellos el instinto de la multitud y la fuerza de la mediocridad. Se aspira a nivelar las mentalidades, a llevarlas como engarfiadas, por un anillo, de la nariz. Muchas de las manifestaciones nuevas del arte carecen de médula, de vitalidad. Está en ellas, patente, la atmósfera del gregarismo o lo que es lo mismo, ausencia de reflexión, de pensamiento. Pero por un fenómeno singular y contradictorio, esas formas del arte se alejan cada vez más de la comprensión general. El hombre se busca a sí mismo, desesperadamente, a través de las creaciones artísticas. Busca el deleite. Busca aun el propio dolor. Conviene, además, no olvidar que quienes hablan con exceso del dinamismo, como expresión de modalidad artística o social, no lo relacionan con la voluntad de afirmación humana, ascendente, sino como la exteriorización superficial y vana del cascabel. Cuando expresan que el arte es un *sport* dan la razón al gregarismo. La música de moda, por ejemplo, nos da de ello un ejemplo inmediato. Es la interpretación del instinto, es decir, de lo que más subalterno tiene el individuo. No provoca sino sensaciones medulares y próximas, las mismas que exige la masa para ser sacudida en comunidad. Lo más visible, lo más palpable en la masa es el instinto, el apetito, y por tanto es preciso sacudir los apetitos con un *mínimum* de prodigalidad artística. La creación artística, limpia, diáfana, vital no puede destacarse en un medio en que resuenan las estridencias desarticuladas e inconexas del jazz.

Pero el jazz es la moda, el tributo a la filosofía voluble del tiempo, y se le paga con la vida interior y la reflexión el tributo exigido. Se comprende que las escuelas y tendencias envejecan tan pronto. Únicamente sobreviven de ellas las creaciones en que late la cordialidad de la emoción humana, o lo que es lo mismo, cuando está en ellas presente, vivo y plenario, el hombre que arrastra su cadena de dolor, de goce o de energía creadora.

Norte América presenta el caso típico de inconformidad del artista creador con el ambiente. Quizá en ninguna sociedad humana existe como allí la multitud gregaria, la tiranía absorbente del societismo que ata a los individuos a la cadena de la mediocridad. La materia es allí densa y trágica, como que está amasada por prejuicios de razas, por las hipocresías del puri-

tanismo, por la moral agujereada de las prohibiciones, por el frenesí de los goces que derivan de la riqueza, por la tragedia de la riqueza misma que es el océano hacia donde afluyen los tributos de todo el mundo. A pesar de ello, sus artistas y pensadores son individualidades rebeldes, descontentas, porque aspiran a crear sobre el materialismo imperante una mentalidad superior. No transigen con el medio por horror a la mediocridad. Luchan en libros fundamentales por crear, como dice Randolph Bourne, «en el ciego caos de la sociedad americana, un orden de cultura libre, armonioso, con poder de expresión». La sátira y el examen crítico son penetrantes, a veces duros y violentos. El escritor americano joven no teme la ira del medio. Está colocado en el centro de un mundo poderoso, en una sociedad que podría aplastarlo fácilmente a causa de la maraña intrincada de los intereses creados. Y esta misma evidencia parece ser un acicate que lo impele a luchar contra el imperialismo, contra la tiranía mercantil, contra la desmoralización que fluye de la riqueza. Así Menckén, Waldo Frank, Brooks. Son espíritus sinceros e indóciles que aspiran a construir una existencia más libre, despojada de mentiras y falsos valores.

Las creaciones artísticas son compatibles con estados sociales en los que es posible la existencia del artista. Cuando una sociedad demasiado mercantilizada o sacudida por las llamadas rebeliones dinámicas intenta nivelar las mentalidades, se produce fatalmente el eclipse espiritual. La sociedad queda reducida a un camino decorado por rascacielos uniformes, pero vacíos de luz y de magnificencia interior. La exterioridad no conmueve sino a los gregarios. El artista necesita una atmósfera propicia para crear. Puede ciertamente el societismo dar la impresión del optimismo, pero luego se comprende a qué precio se le ha logrado. Si se observa la tragedia sexual se verá hasta qué punto ella no es más que un derivado del instinto gregario. Hombres y mujeres viven sacrificados a la multitud, absorbidos por ella. Pierden su individualidad, puesto que el medio los relaja insensiblemente y los adapta a una fórmula niveladora que, en resumen, no viene a ser sino biología. Todas las formas externas concurren a este fin. Por eso son pocas, por no decir escasas, las tragedias de carácter sexual que logran conmover hondamente a los espíritus. El instinto de multitud penetra también en el matrimonio y lo sacude en sus cimientos. Aquellos que reposan sobre una base engañosa se descomponen rápidamente y sus componentes salen a mezclarse con el gregarismo.

La creación artística individual es incompatible con el estado

gregario que aspira a producir un arte propio, sin médula, vacío de cordialidad humana. En cambio, el artista creador, el que tiene la conciencia de su labor, que crea siguiendo un ritmo interior fervoroso, no puede conformarse con un medio que lo condena a la nivelación. Se produce así la contradicción entre el espíritu del artista y la multitud que camina desesperada a satisfacer sus apetitos y ambiciones materiales. Esta contradicción es singularmente trágica en los países de América, en los que a veces el verdadero artista está supeditado por los albañiles, por aquellos que saben mover mejor los pies—expresión externa—al ritmo de la música que les tocan.—JULIÁN SOLER.

Crónica de espectáculos

«GUILLERMO ROLDÁN», COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS
POR BARTOLOMÉ SOLER, PRESENTADA POR LA COMPAÑÍA
ALEJANDRO FLORES

EN el Teatro de la Comedia ha presentado Alejandro Flores ésta que es la primera obra teatral de Bartolomé Soler, el escritor español que se encuentra entre nosotros desde hace algún tiempo. Un numeroso público ha concurrido al espectáculo, recibéndole cariñosamente, sin que a nuestro juicio haya podido comprenderlo. Y esto, en primer lugar, porque *Guillermo Roldán* es una comedia de finos matices psicológicos, que requiere un público disciplinado, familiarizado en este género y, más que todo, porque al presenciar la versión que ofrece nuestro primer conjunto nacional no ha conocido más que la mitad, todo lo más unos dos tercios de la obra.

Soy el primero en reconocer que Alejandro Flores ha acometido una empresa de gran aliento y ha cumplido una tarea patriótica al formar una compañía seria, constante, para la presentación de comedias, con elementos chilenos que anteriormente sólo se dedicaban al sainete de brocha gruesa y ambiente campesino, o al dramón truculento. Pero acaso fuera preferible resignarse a no tener compañía nacional de comedias y reconocer que nuestros actores y actrices no tienen condiciones para

ello. Otra cosa no podemos pensar después de haber examinado y juzgado el conjunto de Flores tras numerosas y dilatadas temporadas. En la presentación de *Guillermo Roldán* se aprecia nítidamente la insuficiencia del conjunto. El señor Flores es un actor que viste muy mal, que se caracteriza peor y que habla de un modo incalificable. Tiene una voz nasal incómoda, no matiza las frases; cree que la octava tiene una sola nota, y lo habla todo de una manera monótona, uniforme, que se hace pesadísima. Tiene la honradez de estudiarse concienzudamente los papeles y esto no hace más que conducirlo a un nuevo defecto, grave, insubsanable casi: en las relaciones largas, tan pronto como termina un párrafo inicia el otro sin tomar aliento, sin dejarlo tomar a los espectadores, haciendo gala de buena memoria y mostrando un afán poco plausible de terminar pronto. Luego, a pesar de sus muchos años de práctica, aun no ha medido el escenario; no tiene soltura en él, está siempre con el temor de avanzar un paso, de hacer un ademán, como si pudiera caerse, como si creyera que detrás de él, a su lado, puede abrirse un abismo. La señorita López Piris aun no tiene personalidad suficiente; su dicción es correcta; procura penetrarse de su papel, pero no bastan las buenas intenciones; se advierte en ella una falta de psicología, de vida interior, que la hagan comprender y valorizar las frases que le están encomendadas. La única figura que en el conjunto se puede denominar discreta es la de Rafael Frontaura; tiene soltura, atracción personal, juego escénico y dice más o menos bien; sólo que usa camisas de colores inverosímiles y trajes pintorescos de un fantástico corte. Los demás—¿a qué nombrarlos?—todos malos, muy malos, pésimos.

No es, pues, de extrañar que con tales intérpretes una comedia no alcance lucimiento. Más aún, una obra, en esas manos, no alcanza a mostrarse. Se pierden las frases, las situaciones no adquieren, no ofrecen el matiz dramático. Las relaciones parecen lecciones aprendidas de memoria, por niños que las recitan inexpresivamente, con mucha prisa y mucho amaneramiento. *Guillermo Roldán* no ha sido conocido por nosotros. Y es sensible.

En esta comedia dramática hay valores indiscutibles (1). El diálogo fluye con naturalidad, las escenas amarran perfectamente unas con otras; los finales remachan en forma sencilla, sobria y emocionante; los tipos están bien compuestos; todo en ella es, si no perfecto, de buena, muy buena calidad.

(1) Gracias a la gentileza de Bartolomé Scler el autor de este artículo ha podido seguir en el original lo que no le permitieron aprehender los cómicos.

Un hombre, todo un hombre, que ha luchado contra la adversidad, que ha vencido a la vida, en tierras lejanas, que se ha forjado a sí mismo, ¿adquiere por ello esa desenvoltura galante que lo hace aparecer a ratos como un conquistador, un hombre de mundo, seguro de sí mismo, persuasivo con las mujeres? Un hombre que descubre tardíamente el amor, que tiene miedo a sus años, que se ha endurecido un tanto en la lucha por la existencia, ¿es capaz de no aturdirse ante la dulzura del sentimiento que saborea por vez primera? Y un hombre fuerte, entero, recio, ¿se enamora en verdad de una mujer que es su igual en cuanto a temperamento, o se deja cautivar impensadamente por la coquetería de una chiquilla bonita? Todo esto es discutible. A nuestro juicio el tipo central de esta obra sería más acabado, más hermoso, más atrayente y más humano considerando en forma un poco más completa estas insinuaciones.

En cuanto a los accesorios, nada se puede decir de ellos, sino que están magníficamente trabajados. El tipo del argentino, levemente caricaturizado, se hace simpático, denota observación y una enorme asimilación al ambiente bonarense, que el autor conoció.

Hay singularidades, que no alcanzan a ser defectos. Los personajes hablan insistiendo, volviendo sobre cada una de sus frases. Da la impresión de una obra hecha por un español, para ser representada en América, y en ella el autor parece mostrar cierta inquietud, el temor de que los giros que emplea no sean comprendidos enteramente por el auditorio. Pero este detalle pierde toda importancia ante la belleza de las relaciones, la perfección del idioma, la fluidez con que brota el diálogo.

En resumen, una comedia dramática bien escrita, bien llevada, bien concluida. Es lamentable que ella haya sido presentada por un conjunto de tan mediocre calidad.—A L F A.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Memoria que presenta el decano de la Facultad de Tecnología (1).

La Facultad de Tecnología se formó, al dividirse la anterior Facultad de Ciencias, con el profesorado de la Escuela de Ingeniería Química, designada anteriormente Escuela de Química Industrial, la que se componía de doce miembros docentes. A mediados de Enero de 1928 el H. Directorio acordó suprimir los estudios de esta Escuela, empezando por el primer año, para reorganizarla dándole el carácter de Instituto Técnico Industrial. La Facultad estudió con tal fin un proyecto que fué presentado al H. Consejo en Marzo del mismo año, proyecto en el cual se consultaba la creación de los siguientes cursos: de Técnicos Mecánicos, Técnicos Electricistas, Conductores de Obras, Ensayadores e Ingenieros Químicos Industriales.

(1) Esta Memoria corresponde al tiempo comprendido entre el 17 de Diciembre de 1927 y el 9 de Abril de 1930.

No habiéndose pronunciado en definitiva el H. Consejo sobre este proyecto, la Facultad lo modificó ligeramente y volvió a insistir en él en Julio de 1929. Finalmente, habiéndosele objetado en sesiones posteriores del H. Consejo, la Facultad, en Octubre del mismo año, acordó retirarlo en la parte pertinente a la creación de los cursos de Técnicos y mantenerlo con respecto a los de Ingenieros Químicos, como ha empezado a funcionar en el presente año. Conviene recordar que ya en Abril de 1928, el H. Consejo, a pedido del Decano, acordó abrir la matrícula para el primer año de Ingeniería Química; pero que debido a lo avanzado de la época no se matricularon suficientes jóvenes para que pudiera funcionar este curso.

En 1929 no se abrió la matrícula de primer año de Ingeniería Química porque, a indicación del Decano formulada en el seno del H. Consejo, deberían destinarse los fondos correspondientes al primero y segundo años a incrementar los de construcción del edificio de la Escuela.

El fondo original para construc-

ción que según informaciones privadas podíamos pedir para esta Escuela, ascendía a \$ 250.000, mientras que el modesto proyecto que la comisión nombrada por la Facultad en Octubre 11 de 1928 elevaba a la consideración del H. Consejo consultaba \$ 300.000. Este fué el fundamento de la indicación del Decano, a que se alude anteriormente.

El número de sesiones de la Facultad en este período es de 23, correspondiendo, más o menos, a una mensual, en conformidad al reglamento de Facultades. Durante cuatro sesiones se estudió y discutió el Reglamento interno de la Facultad, estudio que finalmente se suspendió en atención a un acuerdo tomado por el H. Consejo en el sentido de dar un Reglamento común a todas las Facultades.

En los primeros meses del año ppdo. la Facultad acordó crear un curso corto de invierno sobre Etnología, acuerdo que no se ha llevado al terreno de la realidad. Igual cosa ha sucedido con el acuerdo referente a un Escudo de Honor que hasta hoy no se ha hecho confeccionar. En las últimas sesiones del año 1929 se estudió una reforma sobre promociones de exámenes, la que fué aprobada por el H. Consejo y que, junto con las modificaciones introducidas en el plan de estudios, se ha dado a la publicidad en el folleto que se publicó para uso de los interesados y con la colaboración del Director de la Escuela. Las modificaciones en el plan de estudios se refieren, especialmente, a las horas dedicadas a Matemáticas, habiéndose introducido

cuatro horas de Seminario en el primer año y dos en el segundo.

Esta determinación fué tomada porque se ha visto en la práctica que los jóvenes, al ingresar a esta Escuela, traen escasa preparación en este orden de conocimientos. Además, y por la misma razón, se ha insistido en que los jóvenes que deseen ingresar como alumnos de esta Escuela posean su Licenciatura, o bien, que se sometan a un examen de admisión si han hecho sus estudios en Colegios Técnicos.

Teniendo presentes los buenos propósitos de que se encontraba animado el H. Consejo, en el sentido de dar a esta Escuela un mayor prestigio e impulso, el Decano, en Diciembre de 1929, hizo una presentación al H. Consejo para pedirle clasificar el personal docente en primera categoría. Si no se obtuvo una resolución favorable en esta presentación, al menos se tiene la promesa de que se tendrá presente para cuando sea oportuno.

Se han titulado en este período nueve Ingenieros Químicos y tres Químicos Analistas. Los estudiantes han hecho dos giras de estudio al Norte del país: una hasta Antofagasta y la otra hasta Valparaíso; y una gira al Sur hasta Puerto Montt. El premio D'Ambrosis ha sido otorgado para los años 27 y 28.

En Marzo del presente año se llamó a concurso para proveer las cátedras de primer año que estaban vacantes, habiéndose hecho los nombramientos a propuesta de la Facultad, en forma interina para los de Matemáticas y en propiedad para el de Física Industrial. Para las de-

más cátedras de primer año se nombró a los mismos profesores que anteriormente las servían.

La labor de la Facultad ha sido, principalmente, docente sin que haya podido tomar parte activa en la extensión universitaria ni en trabajos de investigación. Conviene apuntar algunas causas de esta inactividad. De los once miembros actuales de la Facultad, sólo tres podrían considerarse dedicados por completo a las labores propias de la Facultad, y de éstos, sólo dos con cátedras afines: los de Matemáticas y Química Industrial; el otro debería atender a todas las cátedras que pueda: Electricidad, Máquinas a vapor, Dibujo, Máquinas de combustión interna, Construcción de Máquinas, hasta completar 28 horas semanales de clases. Cuatro miembros atienden, además, actividades administrativas en diversos establecimientos; uno tiene obligaciones comerciales y otro su empresa privada.

En estas condiciones, se ve que es imposible obtener un mayor rendimiento científico y así, a pesar de haberse tratado en la Facultad de la conveniencia de que el Decano de ella se uniera a los Decanos de las demás Facultades para iniciar la fundación de una Revista, se ha visto imposibilitado para tomar iniciativas en este sentido.

A juicio del suscrito este estado de cosas no se mejorará sino hasta que haya un cuerpo de profesores enteramente dedicado a las tareas universitarias. Estos profesores deberán ser preterentemente chilenos, profesionales de prestigio y larga experiencia práctica. Podría distribuirse las cátedras, agrupándolas más o menos en esta forma. Un profesor de Matemáticas con 18 a 20 horas semanales; un profesor de Electricidad y Dibujo (Director) con 15 horas; un profesor de Máquinas Térmicas; etc., con 16 horas; un profesor de Química Industrial con 11 horas; un profesor de Ingeniería Civil y Física con 11 horas; un profesor de Química Analítica con 6 horas, y un profesor de Química Inorgánica con $7\frac{1}{2}$ horas. No se mencionan las demás cátedras por ser muy reducido el número de sus horas.

Como además los profesores de Química tendrían probablemente cátedras semejantes en otras Facultades, sus horas de clases serían más de las que aquí apuntamos y se podría aventurar que si se les remunerara de modo que dediquen a la Universidad todas sus actividades y tiempo disponible, se obtendría así tan solo, por una parte, una enseñanza completamente eficaz, y por la otra, todo el prestigio que necesita la Universidad.—*Arpélices Morales.*

LOS LIBROS

NOVELA

EL CLUB DE LOS NEGOCIOS RAROS,
por G. K. Chesterton.

¿Qué causas provocan el desequilibrio de calidad que se observa en la obra de este escritor inglés? Junto a libros notables por sus méritos, aparecen otros vacilantes, como hechos de prisa, en momentos de vacuidad intelectual o de indiferencia literaria. En ellos, sin embargo, se nota, en ciertos trozos, la firme personalidad del autor; pero como la mayoría del libro muestra decaimiento y falta de interés, tales trozos nadan en él como residuos de algo que fué más consistente, residuos que el autor quiere utilizar y utiliza a manera de cañamazo para una nueva obra, dejando la suerte de ésta librada al escaso valor de esos retazos.

El club de los negocios raros es uno de esos libros precarios de Mr. Chesterton. Conocida es su afición por las novelas policiales humorísticas, género que ha explotado con gracia y acierto en *El candor del Padre Brown*.

En el libro que nos ocupa el escritor ha querido repetir la suerte y ha escrito una serie de cuentos policiales humorísticos. Uno o dos de ellos logran dejar satisfecho al lector, pero los demás cansan como un disco conocido y mediocre. Sin embargo el tema no es malo y si Chesterton lo hubiera trabajado como lo merecía, dándole más atracción, habría resultado un libro pasable. ¿Por qué no lo hizo? A un escritor como él no le costará mucho dar interés aún a lo que parece destinado a no tenerlo. Su humorismo, su conocimiento del oficio, su talento, son reconocidamente ricos y ahí están, para atestiguarlos, las otras obras que han salido de su genio múltiple.

En *El club de los negocios raros* no hay nada que recuerde al G. K. Chesterton que admiramos; sólo dos o tres notas de ironía y de humor. Y esto no es bastante para un libro y menos para un libro de G. K. Chesterton, uno de los primeros escritores ingleses de la vieja generación. Quizá sus compromisos editoriales tengan la culpa de todo esto o quizá su producción se resiente ya por la edad y por el excesivo trabajo. Pue-

de ser esto y puede ser también demasiada confianza en sí mismo o demasiada exigencia nuestra, que ya no nos conformamos con cuentecitos policiales humorísticos. Sea lo que fuere, lo cierto es que *El club de los negocios raros* no agrega nada importante a su nombre ni a su producción. Es un libro inútil, literariamente, para él y para nosotros.—
M. R.

COSTIA RIABTSFV EN LA UNIVERSIDAD, por N. Ognev.

No hace mucho tiempo (1), decíamos a propósito de *El Diario de Costia Riabtsev*: Ni un baedeker del laberinto institucional, ni el prejuicio de las apreciaciones, ni los riesgos de la profecía; niños—solamente niños—en vida escolar; esto es, conciencias ante un principio, instintos en la estepa donde todo es camino. Hoy tales niños se han transformado en adolescentes.

La Revolución, que ha combatido a la clase intelectual, ha cerebrializado, por decirlo así, la vida misma, ofreciendo una explicación racionalista a cada sentimiento y a cada circunstancia. En tales condiciones, la juventud se siente apoyada sobre un principio sólido, imbuída de tal racionalismo, y aunque no se abandona a arrebatos líricos, persigue constantemente la conformidad con el ideal.

Costia se encuentra solo. El núcleo social de la escuela no era suficiente—

(1) Véase la sección LOS LIBROS N.º 58 de Atenea.

mente fuerte como para sostenerlo, Fuera de ella, está desamparado. frente a la miseria, la desocupación, la tristeza que le produce la muerte de su padre, el desconcierto que le ocasiona el encuentro con «buscavidas» cuyos procedimientos no se explica o con sus antiguos compañeros, que han adoptado una carrera, y cuya facilidad para definirse y orientarse no posee. En esta vida, hay que estar continuamente a la búsqueda de elementos aglutinantes. Chajov, que a fin de cuentas, resulta que era el príncipe Chajovsky, no los halló nunca; y la tortura de su soledad, el remordimiento de haber sido noble, la carga de su apellido, de su propia historia, y la reacción del medio, actuaron sobre su temperamento poético conduciéndolo al suicidio.

En cambio Silva, aquella muchachita que le profesara tan profundo y constante amor en la escuela, ha tomado con sencillez su destino. Está en la Facultad de Medicina. Trabaja. Emplea todo su tiempo. Aunque no se aparta un punto de la ideología, no se detiene a examinarlo todo inquisidoramente. Cumple, sin darse cuenta de ello, la ley natural; y se enamora, como cualquier señorita burguesa, se casa, olvidando sus primeros amores y limitando sus relaciones con Costia a las que pueden existir entre camaradas.

También, el buen Nicpetoj ha perdido el rumbo. Por la cadena de los silogismos ascendió al término superior. No encuentra nada más que enseñar. Se asfixia en el ambiente. Sufre alucinaciones. Y se salva, gracias a Costia y otro buen amigo que

le sugieren la idea de emplearse como correo circular, para salir al campo a dar conferencias, para ir de aldea en aldea y encontrarse siempre con corazones infantiles. La madurez de la ciudad lo hubiera estrangulado moralmente.

Los demás, Zoia, Sin-Palna, Chijin, el ladronzuelo que se ha regenerado ya y es todo un señor filósofo, sólo hacen breves apariciones, como los recuerdos, en la vida de Costia. Son otros ahora sus amigos: el pastor, miembro de varias facultades, que da idea de buen régimen universitario y acusa una persistencia en la pretensión de los rusos de mostrar una población homogénea—recordemos la aspiración de Tolstoy de parecer un campesino culto y en cierto modo un tipo representativo del mujic ruso—. Y también son sus amigos Vañka, el infatigable organizador, caudillo que consagra su existencia a la causa y que comprende cuál es el momento en que debe ser suplantado por los más jóvenes: y Korsuntsev, el orador de las asambleas, gran vividor que hace gala de su ideología revolucionaria ante los miembros del *Comsomol*, mientras privadamente se conduce como un logrero; y el guerrillero, hijo de la guerra, de la revolución, atormentado por el sufrimiento, deformado espiritualmente.

Ya no se trata de la infancia que abre los ojos en la segunda aurora que ilumina las estepas rusas. Son adolescentes que analizan, que aspiran siempre a ir más allá con intransigencias de la edad, con el radicalismo que les ha inculcado el régimen. En este análisis hay, natu-

ralmente, una dosis considerable de apasionamiento. En este libro (1) los personajes han sido elegidos entre los diversos medios para analizar las consecuencias del programa bolchevique. Así se estudian en él, a través de algunas almas, las cuestiones relativas a la función de aceleración cultural, el romanticismo y la vida, el aislamiento de las masas y, muy especialmente la situación de los intelectuales. De este modo, en la asamblea convocada por Sin-Palna, dice Nicpetoj:

No debéis jurar por la clase intelectual, puesto que tal clase no existe. No existe, ¿comprendéis?, ni más ni menos que ya no existen la vieja nobleza y los antiguos señores, como ya no existe la burocracia, y los funcionarios de todo género de departamento. Hay *Nepmen*, hay trabajadores soviéticos, hay defensores del derecho; pero la clase intelectual, aquella, la antigua, esa ya no la hay ni volverá a haberla nunca. Porque al hablar de clase intelectual, suponemos un grupo que representa la función de aceleración cultural. Ahora bien: ¿Son acaso los viejos intelectuales quienes están encargados de esta función? Los ingenieros trabajan en las fábricas bajo el contralor de los obreros. ¿Qué nuevas formas de la vida social son las que crean los ingenieros? ¿Son acaso los abogados, los médicos, los antiguos hacendistas, quienes participan de esa aceleración cultural? Pero ¿y los maestros?, me dirán ustedes. Pero es que los maestros no son más que una categoría y los que integran esa categoría han sido siempre, y siguen siéndolo, los parias de la clase intelectual. A eso

(1) *Costia Riabtsev en la Universidad*, por N. Ognev, traducción directa del ruso por Tatiana Enco de Valero y José María Quiroga Plá. Edit. Espasa-Calpe. Madrid 1930.

se debe que en los últimos años, los maestros hayan seguido tan espontáneamente a los comunistas. Hay que saber mirar la verdad cara a cara. Quienes crean la nueva vida, las nuevas formas de vida social, son los comunistas; ellos quienes desarrollan la función de aceleración cultural. . .

Niños ayer, hoy adolescentes. Se atienen al sabio precepto: *en historia vivir no consiste en dejarse vivir, sino en preocuparse muy seriamente, muy conscientemente del vivir, como si fuera un oficio.*—F. Ortúzar Vial.

LOS QUE NO FUIMOS A LA GUERRA,
por W. Fernández Flórez.

El lector casual de libros humorísticos es siempre un hombre ingrato. Ríe y goza físicamente con los chistes del libro, se entrega a él sin espíritu crítico alguno, se divierte. Pero, al final, dándose cuenta del tiempo que ha perdido leyendo el libro, tiempo que pudo aprovechar en una lectura más elevada y de más fruto, aparece en él el espíritu crítico y exclama:

—¡Qué estupidez!

Son muy pocos los libros humorísticos que se salvan de este último comentario, sobre todo si el lector los ha leído engañado por la propaganda o en un rato de distracción intelectual. El libro de Fernández Flórez, aunque sin admirativos, merece el comentario. Puede que esto sea en nosotros una irrespetuosidad hacia un autor de tanta venta y tan elogiosamente comentado en los periódicos de España, país donde el humorismo literario ha tallecido hace

mucho tiempo; pero así lo sentimos y lo decimos.

Su humorismo es un humorismo de brocha gorda, un humorismo de frases, no de ideas, que es el verdadero y el único humorismo que perdura en la literatura. Las situaciones de sus personajes no tienen nada de ingeniosas; su prosa es pesada y sus chistes también. Les falta espiritualidad.

Se empieza a leer el libro con cierto agrado. El primer capítulo ofrece más de lo que se encuentra y hasta la mitad del libro el lector no siente la vacuidad de la obra; pero a medida que avanzan los acontecimientos y se suceden las páginas, Fernández Flórez va perdiendo en el concepto del lector. ¿Esta es la novela que elogian tanto en España? La verdad, no vale la pena. . . . Lo que Gómez de Baquero, García Mercadal, López Prudencio, Díez-Canedo y Emilio Carrère dicen de la obra de Fernández Flórez, puede estar muy bien si se refiere a otros libros del mismo autor. Pero aplicado a *Los que no fuimos a la guerra* resulta exagerado y falso. Cuando se dedica, en la parte última del libro, a hablar de la mujer, provoca risa, no por los chistes que dice, sino por la seriedad con que habla.—M. R.

BIOGRAFIA

SAGASTA O EL POLÍTICO, por el Conde de Romanones.

Decididamente, los españoles no tienen aliento biográfico. La colección de Vidas Españolas del siglo

XIX completa su séptimo volumen con *Sagasta o el Político*, por el Conde de Romanones (1), que es un fracaso más en la serie. No todos los volúmenes de la colección, es cierto, pueden considerarse tan duramente como este del señor Conde. Pero también es cierto que ninguno de los otros queda cerca de los modelos que sus autores han tenido a la vista. En efecto, la biografía ha tenido gran desarrollo en los últimos años en todos los países cultos de Europa. Primero fué Inglaterra con Lytton Strachey; más tarde Alemania con Emil Ludwig; luego Francia con una vasta talange de buenos noveladores de la biografía. Sea que la moda biográfica obedezca a una decadencia de la novela, o sea cualquiera su causa, la verdad es que hoy parece imperativo de la literatura cierta dedicación a la biografía. Cuando ya se habían escrito las mejores biografías que esta racha ha producido, España pensó en seguir la huella. A este designio obedecen estas siete vidas españolas del siglo XIX y algunas otras que aisladamente se han ido produciendo. Quien escribe estas líneas ha seguido este aspecto de la literatura de España con el interés que dedica a todo lo español. Siente en verdad haber gastado tantas horas a tan estéril ejercicio.

Tal vez lo mejor que se haya producido en materia de biografía de España sean algunos consejos que ha dado Benjamín Jarnés, autor de una deficiente vida de *Sor Patrocinio, la monja de las llagas*, sobre el

(1) Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1930.

arte de escribir biografías. Fuera de esto, la lección es insignificante o nula.

El señor Conde de Romanones, político del régimen que interrumpió el tabernario pronunciamiento del 13 de Septiembre de 1923, empezó su vida pública como Ministro del último Gabinete de Sagasta. Aunque el distinguido jefe liberal había vivido ya sus mejores días, lo conoció en un instante crucial de la existencia. En efecto, Sagasta vivió para la política y sólo para la política. Dejó el Poder cuando la salud ya no le permitía seguir en él, y alejado de la cosa pública languideció y murió en breve término. Ahora bien, dados estos antecedentes, lo primero que supone el lector de esta biografía es que en ella se hará — aprovechando cualquier ocasión oportuna — un cumplido retrato, físico y moral, de Sagasta. No. El autor créese dispensado de trazarlo acaso porque recuerda al personaje con excesiva precisión, como si lo tuviese todavía ante la vista. Técnicamente, este desliz es muy grave. El biógrafo debe acometer su obra de modo tal que ninguno de sus lectores necesite recurrir a otro documento para emplazar al personaje en su medio y en su hora histórica. ¿Sería el *Napoleón* de Emil Ludwig la gran obra literaria que es si hubiese dejado en la sombra uno cualquiera de esos detalles? Más aún: entre el reinado de Amadeo de Saboya y la restauración encabezada por Alfonso XII, España sufre varias revoluciones y adopta el régimen republicano. Durante él, Sagasta — que era monárquico celoso — está naturalmente alejado del poder. El señor

Conde entiende de manera tan peregrina sus deberes de biógrafo, que dice lo siguiente sobre todo ese tiempo:

Como Sagasta, por no ser diputado, vivía fuera de toda actividad política, y como *nosotros no seguimos el hilo de la Historia*, nada diremos de aquel período, en que los Presidentes de la República se sucedían con una rapidez vertiginosa. (Pág. 128.)

He subrayado el inciso en que me parece evidente la errada noción que el señor Conde tiene de la biografía. El biógrafo debe *seguir el hilo de la Historia* por interés de su personaje. Precisemos: el señor Conde no se cree obligado a contarnos la vida de Sagasta durante la República porque Sagasta «vivía fuera de toda actividad política». Error profundo: sentimos más que en momento alguno de la obra la curiosidad de saber lo que le ocurrió a Sagasta en ese tiempo. ¿Vivía alejado de toda actividad política en realidad? Pues bien, y entonces, si era el político por antonomasia—como dice el señor Conde en otra parte—, ¿cómo vivía? Esos eran días de crisis para España. ¿Qué pensamientos le sugería a Sagasta esa crisis? Pongamos otro ejemplo, que tal vez resulte más claro para el señor Conde. El biógrafo futuro del señor Conde posiblemente se sienta tentado de decir, al llegar al día 13 de Septiembre de 1923: «Como el señor Conde de Romanones fué desplazado de la política activa y mi papel no es seguir el hilo de la Historia, dejaremos en la sombra estos seis años de su vida.» ¿Será eso justo? A mi entender, no. El señor Conde vive,

Atenea.—31

es cierto, fuera de la política, pero como político que es, su primera preocupación es la política. Así lo prueban los libros que ha publicado en este tiempo, una Auto-biografía (*Notas de una vida*), que cuenta ya dos tomos, y *Sagasta o el Político*, fuera de muchas entrevistas ocasionales y artículos varios que muestran su posición frente a la actual crisis española. ¿Se podrá prescindir de los seis años de la vida del señor Romanones bajo la dictadura de Primo de Rivera en una biografía futura? Yo creo que no. Pues bien, otro tanto creo respecto de la existencia de Sagasta durante la República.

La defensa que el señor Conde intenta hacer en las páginas finales de su libro de la vacilante actitud de Sagasta frente a la separación de Cuba y Filipinas y a la guerra con los Estados Unidos, es pobre y muy poco convincente. Si era Sagasta el formidable político que el señor Conde quiere, ¿por qué no fué capaz de aminorar siquiera las proporciones del desastre? Es verdad que su informador de Cuba era sobradamente optimista y, por tanto, inducía a engaño al Gobierno. Pero Cuba no era sino una parte del magno problema. Lo más grave era la intervención de los Estados Unidos. Pues bien, contra ellos se lanzó España inerme o poco menos, en un desaforado gesto de heroísmo. Sucedió.... lo que tenía que suceder. ¿Dónde queda la visión política de Sagasta; dónde su tino y su sagacidad? No, señor Conde, es en vano que Ud. quiera hacernos pasar a Sagasta como el político por antonomasia. ¿O es que Ud. cree que el destino del político es errar siem-

pre? En ese caso estaría justificado el 13 de Septiembre que Ud. repudia como ciudadano.

El que vió claro en el desdichado asunto de Cuba fué Emilio Castelar. Consultado por Sagasta sobre la situación, Castelar respondió con un largo estudio, elocuente como un discurso, en el cual se leen las siguientes frases, sin duda más proféticas que elocuentes:

Dueños los Estados Unidos de Cuba y Puerto Rico, necesitan de Santo Domingo y de Haití.... Los yanquis se apropiarán todo cuanto puedan en el canal de Panamá comenzado por los franceses.... Y si no se apropian del canal de Panamá, por no haber nacido bajo sus estrellas (1), abrirán el canal de Nicaragua.... Y entre los Estados Unidos y el Centro Americano hay una enorme distancia: tratarán de abreviarla por todos los medios, apropiándose la cuanto puedan, dadas sus ambiciones, y si no consiguen apropiarse por conquista franca, mantendrán la inquietud por maquiavélicas conjuras... si no mantienen la guerra extraña sin rebozo, mantendrán sin escúpulo las guerras civiles en todo el Nuevo Mundo. (Pág. 227.)

Pues bien, todo eso ha ocurrido y lo demás está ocurriendo, y al decirlo, Castelar hizo obra de profeta y de vidente.—*R. Silva Castro.*

(1) Refresquemos la memoria del lector: *por no haber nacido bajo sus estrellas*, Panamá fué desmembrado del territorio colombiano mediante maniobras vergonzosas que deben escarnecer siempre el recuerdo de América. Este fragmento de Castelar debería inscribirse en las placas de mármol que cubren el edificio de la hipócrita Unión Pan Americana de Washington. Es en verdad una pieza maestra.

LITERATURA

ROCINANTE VUELVE AL CAMINO, por
John dos Passos.

La gran actualidad del espíritu hispánico en todas sus manifestaciones está provocando una verdadera marejada de libros en torno a España y a los hechos de la vida española. En los Estados Unidos el entusiasmo por el tema hispano no parece menguar. Prueba de ello es este libro, *Rocinante vuelve al camino*, escrito por John dos Passos (1). No es libro que pueda mantenerse a la altura de *España virgen*, de Waldo Frank, que sigue marcando el momento culminante de estos intentos interpretativos. Pero sí es libro lleno de condiciones y de verdadero mérito literario.

El autor emplea en su obra procedimientos novedosísimos de composición. La vida de Telémaco le permite dar una especie de telón de fondo único a este viaje por los derroteros espirituales de España. Más adelante un hidalgo castellano, que se llama Alonso y que monta en un flaco caballejo, seguido de un rollizo personaje que es su acompañante, perfila la emocionante figura de don Quijote. Pero todo eso es... literatura, aunque de la mejor calidad. Lo más interesante en este libro son las viñetas parciales como «Un novelista revolucionario» (Pío Baroja), «Un poeta catalán» (Joan Maragall),

(1) *Rocinante vuelve al camino.* Traducción del inglés por Mágina Villegas. Editorial Cenit, S. A. Madrid. 1930.

«Un Midas al revés» (Blasco Ibáñez), y alguno de los varios capítulos titulados «Charlando por el camino», en que Telémaco y su amigo Lio corren aventuras curiosísimas mientras van «en busca del gesto» de España.

¿Lo encuentran? En ninguna parte se ve si lo encuentran o no; pero el lector desprende de varias páginas una sensación sutil en que si no se da el gesto de España, por lo menos se anda muy cerca de él. En efecto, John dos Passos ha logrado ver hondo en la psicología española de todos los tiempos, y aunque su panorama pueda en momentos parecernos un tanto «de pandereta», la verdad es que la seriedad más cabal y el mejor espíritu presiden el libro. Y eso es suficiente salvaguardia.

Bien informado, casi no hay nada que rectificar en el libro de John dos Passos, que ha viajado mucho por España y ha visto las cosas rectamente. La importancia con que destaca del marco de su tiempo a Francisco Giner de los Ríos, por ejemplo, demuestra hasta qué punto es considerable su conocimiento de las cosas españolas y cómo su mirada irá siempre por debajo de la superficie y se hundirá en el meollo mismo de los sucesos.—*R. Silva Castro.*

CRESTOMATÍA JUVENIL, por *Antonio Bórquez Solar.*

El poeta autor de *La floresta de los leones*, de *El paladín trovador*, de *Laudatorias heroicas* y de otros tantos volúmenes bien conocidos,

ha consagrado ahora su musa a la gente joven.

Su *Crestomatía juvenil* o *Fuente de Juvencia* (1), como reza el sub-título, es una obra de lectura fácil inspirada por un fuerte optimismo. Nos parece que sus 500 páginas serán un alimento espiritual sano para la muchachada.—*E. M.*

ENSAYOS SOBRE LITERATURA HISPANO-AMERICANA. LA POESÍA LÍRICA DE CHILE, ARGENTINA Y PERÚ, por *Tomás Gatica Martínez.*

Es esta la primera vez que el señor Gatica Martínez se aventura a salir de la novela, y en realidad se advierte que el autor pisa un terreno que no le es familiar. Después de haber escrito media docena de novelas, hacer crítica resulta difícil. Por lo demás, las novelas del señor Gatica se han complacido no poco en la vida carnal, en la vida pecaminosa de las *cachetonas* y las *fifís* del gran mundo. De allí a la crítica literaria hay una distancia considerable. Prácticamente, este artículo debería terminar aquí, ya que no cabe otra observación que hacer a este libro. Pero anejos a él hay algunos detalles que conviene poner en claro como signos de los tiempos.

1.º Bajo el título de este libro se leen estas palabras: «Conferencias encargadas por el Ministerio de Educación Pública para los Liceos de Chile.» ¿Es esto posible? Segura-

(1) Imprenta Universitaria. Santiago de Chile. 1930.

mente, ya que no ha sido desmentido. Pues bien, he aquí el fruto de tales conferencias: un libro desprovisto de todo otro mérito que el de la buena voluntad; carente de todo método, y despojado del sentido de la selección que es la primera condición de la crítica. Y para que no se diga que aventuramos afirmaciones sin base citamos un caso:

2.º El autor dice lo siguiente sobre Gabriela Mistral:

¿En dónde está quien pueda superar la firme y rica estructura psíquica de esta mujer? Comprensión genial, gigantesca manera de sentir, de amar y de padecer; y luego palabra tensa como un vendabal; encendida como un ascua; amarga y salada como el mar; sedante y dulce como la miel. (Pág. 84-5.)

Bien; pasemos bajo el chaparrón de adjetivos, y en la página 90 oiremos al autor, olvidado ya de que consagrara a Gabriela Mistral como a un poeta extraordinario, decir lo siguiente:

En ningún poeta chileno se divisa más potencialidad lírica que en Daniel de la Vega.

¿En qué quedamos? El autor dice que no halla quien pueda superar la firme y rica estructura psíquica de Gabriela Mistral, y pocas páginas más adelante estampa un juicio tan excluyente como ése, sobre otro poeta. Esto no es serio y arguye un juicio vacilante e inmaturo.

3.º Para que se aprecie la forma de composición de este libro copiamos a continuación todo lo que el autor dice de la gran poetisa chilena:

Una peregrina voz de mujer, que tiene acentos astrales y que, sin embargo, parece que brotara de las entrañas de la tierra, empieza a llenar el ambiente. No es una voz desconocida, a pesar de todo. Ha sonado en Jerusalén y en Cafarnaún; y ha seguido el curso del Jordán, y ha llenado el cántaro de la Samaritana. Esta voz va creciendo y purificándose, como en un holocausto, y pronto llega a escucharse en otros pueblos y Darío, y Nervo y Valencia ponen oído asombrado.

Es el milagro de Gabriela Mistral que, en nuestros días, yergue su cabeza lírica entre las más altas cumbres de la poesía castellana.

¿En dónde está quien pueda superar la firme y rica estructura psíquica de esta mujer? Comprensión genial; gigantesca manera de sentir, de amar y de padecer; y luego palabra tensa como un vendabal; encendida como un ascua; amarga y salada como el mar; sedante y dulce como la miel.

(Sigue una cita.)

La vida iacerada de amor y de dolor de Gabriela Mistral, ha hecho fuerte y mansa su palabra. Amor de hombre le llenó el corazón y le llagó el costado; amor que conoció la tortura de la partida sin adiós y sin regreso, y que vió el estigma de sangre en la frente del amado; amor que ha mantenido su espíritu arrodillado ante el ara del Señor....

(Otra cita.)

El amor y el dolor también han hecho madre enorme y tierna a Gabriela Mistral; el amor y el dolor y aquella su melodiosa primavera de maestra rural en la escuela con viejos tapias y con huerto florido y en donde aprendió a hablar a los niños con sencillez evangélica.

(Nueva cita, y termina la referencia a la autora de *El ruego*. Págs. 84 a 90.)

Ahora bien, en estos fragmentos podemos observar dos cosas: la primera es una sospechosa similitud entre lo que el señor Gatica dice y todo lo que se ha escrito anteriormente sobre Gabriela Mistral (especialmente los artículos de Alone en *La Nación* de Santiago, que es quien ha insistido en la raíz judía de esa poética); la segunda es la falta completa de datos claros y objetivos. Gabriela Mistral aparece en un *Ciclo contemporáneo* que el autor hace nacer en 1915 y llegar hasta 1930. (¿Por qué en 1915? ¿Qué ocurrió ese año que pueda ser notado como índice de una nueva etapa literaria? El señor Gatica lo calla.) Pero fuera de eso, nada hay en las palabras transcritas que pueda servir como clave para interpretar el temperamento y la obra de nuestra poetisa (1). Es una manera ciertamente precaria de hacer crítica literaria. Obediente en extremo a la ley del menor esfuerzo, el señor Gatica se limita a trazar seis u ocho líneas sin médula alguna, copia en seguida cuatro o diez estrofas de un poeta, vuelve a escribir unas pocas palabras y a copiar varias estrofas, y así cree haberse despachado. El procedimiento es insuficiente, como se observa especialmente en las referencias a otros grandes poetas chilenos: Pedro Prado, Ernesto Guzmán, Daniel de la Vega, Julio Vicuña Cifuentes y como habrá notado el lector en lo relativo a Gabriela Mistral. No hay ninguna definición acertada, ninguna frase o palabra en que se note que el autor ha tomado en serio su obra, se ha

(1) Excepto las vagas alusiones a la tragedia amorosa de la autora.

detenido en sus dificultades y ha aspirado a vencerlas con denuedo y discreción.

4.º Como ocurre con frecuencia en obras de esta clase, hay inclusiones comiquísimas y exclusiones sobremanera odiosas y arbitrarias. En efecto, nada hay que pueda hacer nos pensar que merezcan sitio en una obra de esta clase Alejandro Flores, Aída Moreno Lagos, Victoria Barrios (no ha publicado libro alguno); Carlos Barella, Julio Munizaga Ossandón, Luis Hurtado López, Andrés Silva Humeres, Pedro Sienna, Olga Acevedo, Carlos Casassús, Cleophas Torres (no ha publicado libro), Víctor Barberis, si no hay espacio en ella para José Antonio Soffia, Romeo Murga, Armando Ulloa, Joaquín Cifuentes Sepúlveda y Domingo Gómez Rojas entre los muertos y Díaz Casanueva, Pablo de Rokha, Gerardo Seguel, Rosamel del Valle, Raúl Cuevas, etc., entre los vivos. Para que no se tergiverse nuestro pensamiento, aclararemos: *no protestaríamos contra dichas inclusiones si no se hubiese incurrido en omisiones tan notorias como las señaladas*

¿A qué seguir? Mal año de antologías y de estudios críticos es el que estamos viviendo. En ocasión pasada ya dijo aquí nuestro compañero Ricardo A. Latcham algo de lo que correspondía sobre un libro de don Samuel A. Lillo. Nos toca hoy señalar como obra frustrada la del señor Gatica. De un intento a otro bien poco hemos ganado, y entre tanto la literatura chilena sigue perdiendo ocasiones de que la comprendan y la representen como se debe.—*R. Silva Castro.*

POLITICA

EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DE VALENCIA (RELATO DE UN PROCESADO) por *Rafael Sánchez Guerra*.

La serenidad de una *Advertencia preliminar* ennoblece este libro. En ella dice su autor:

No soy yo de esos que, ateniéndose al conocido aforismo, se sientan, inactivos, a la puerta de su casa para «ver pasar el cadáver de su enemigo»; pero, si fuera capaz de hacerlo y éste pasase, me pondría de pie y, descubriéndome, como hoy, respetuoso y conmovido, me uniría, sin dudarlo, a la triste comitiva del entierro.

Tales palabras equivalen al saludo caballeresco de los contendores antes de iniciar el duelo en que buscan la muerte. Y las páginas sucesivas mantienen tan digna actitud; no hay en ellas una sola palabra altisonante, ni para subrayar propios méritos, ni para evidenciar las torpezas del adversario. Los acontecimientos son descritos minuciosamente en forma muy objetiva, sin dar margen a comentarios y saludando, cada vez que para ello hay oportunidad, la hidalguía de algunos personajes de filas enemigas. Esto revela altura de miras, elevación de la personalidad por encima de los contingencias políticas. Y otra manifestación de esta digna conciencia cívica la hallamos en la resignación del autor con su condición de procesado, la naturalidad con que vé desarrollarse las alternativas del proceso, la serenidad

ante las despliegues de fuerza realizados por la parte contraria y el humorismo con que se refiere a hombres y situaciones, poniendo de relieve, con una sonrisa, la visible desproporción que hay entre ellos.

Tres son las figuras principales en esta historia: Primo de Rivera, desde Madrid, lo que equivale a desde la sombra, impartiendo órdenes, desviando la atención del público por medio de notas oficiosas; Castro Girona, el general prudente, a la espera de los acontecimientos, sin perder nunca de vista sus aptitudes para el cálculo frío y egoísta; y don José Sánchez Guerra, el civil, patriota en el más alto sentido, siempre dispuesto al sacrificio por la causa que preconiza, actuando virilmente, en forma desembozada, sin perder nunca la conciencia de su responsabilidad, sin ofuscarse por el halago y la adulación, sin sobrepasar los límites marcados por el civismo en el ejercicio de su papel de caudillo.

Los demás son comparsas. Algunos, exaltados por un idealismo juvenil y admirable. Otros, los más, desgraciadamente, impulsados por las probabilidades de triunfo o acobardados por el egoísmo disfrazado de buen sentido.

Los acontecimientos en sí mismos, conocidos de todos en sus líneas generales, revelan el descontento con la dictadura, el estado de descomposición de las esferas gubernativas, las torpezas de un régimen que aun no puede considerarse concluido. A través de ellos se aprecian una vez más los procedimientos de los gobiernos de fuerza: la falsificación de cargos, el miedo a la sanción popular,

el encastillamiento de jueces y gobernadores, que se hacen inaccesibles a los acusados, para no afrontar sus réplicas.

Los conspiradores en este caso no han existido. No ha existido más que una conciencia colectiva, deseosa de salvar a España de la dictadura, que ha formado un frente único, secundando a Sánchez Guerra. La actitud de éste, nítida, firme, noble, no es la de un conspirador; es la de un repúblico, en el más alto sentido de la palabra; es la de un hombre de derecho y no la de un político oportunista.

Primo de Rivera, que acaso fué la primera víctima del golpe de estado de Septiembre, ya ha traspasado los umbrales de la muerte. Esta última circunstancia nos ha privado de conocer la última página de su historia, que acaso hubiera escrito con palabras republicanas, después de haberse convencido de que es inútil oponer una barrera al sentimiento nacional, tras de haber cumplido primeramente su deber de militar y de monárquico, sirviendo de pantalla para cubrir y explicar y responder por los errores reales.

Castro Girona no ha muerto; pero se encuentra sepultado moralmente. Su cautela lo llevó a renunciar al papel de héroe en el momento menos apropiado para este género de claudicaciones.

Sólo sobrevive Sánchez Guerra. Y opone a la triste realidad, mezquina y desgraciada, la grandeza de sus ideales, la entereza de que hizo gala frente a los sucesos que lo condujeron ante un Tribunal. Las actitudes de un político están sujetas a una constante y continua revisión.

No sabemos lo que mañana realice o aspire a realizar Sánchez Guerra. Pero, en todo caso, concebimos la esperanza de que sus actuaciones posteriores no desmientan la realizada por él en Valencia, que constituye la única circunstancia noble y estimable de la política española en los últimos años.

No son frecuentes los relatos de conspiraciones. Si ellas triunfan, su vida, la forma en que se engendraron y los individuos que a ellas asociaron su suerte, pertenecen a la historia. Si fracasan son recluidas en el desván de los recuerdos personales.

Pero este *Relato de un procesado*, que ha escrito Rafael Sánchez Guerra (1) en forma tan galana y atractiva, merece vida propia, es digno de ser conservado en libro aparte, en un libro que se exponga a la consideración de las gentes como una sabia lección de dignidad y de civismo.—*F. Ortúzar Vial.*

TIERRA JUDÍA, por *J. Kessel*, traducción de Sergio Atria.

La Federación Sionista de Chile ha hecho traducir al castellano estas crónicas del escritor judío. Son crónicas de viaje por Palestina, recuerdos de lo que el escritor vió en el Estado Judío. El libro, más que nada, es un libro de propaganda sionista y como a tal hay que mirarlo y juzgarlo, ya que su valor literario es escaso, como sucede con todos los libros de propaganda. Como no co-

(1) Cía. Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid. 1930.

nocemos los diversos aspectos de la materia que el autor trata, nos vemos imposibilitados de discutir la verdad o la parcialidad de sus afirmaciones. Sin embargo, queda un margen de observación y dentro de este margen está el carácter que el nuevo Estado Judío adquiere lentamente.

Hay gran belleza en el gesto del hombre judío que llega a esas tierras con quinientas libras egipcias en el bolsillo y con un gran fervor racial y nacional en su corazón; en el hombre que abandona su posición, su porvenir o su fortuna venidera en otros países y que no quiere vivir sino en su tierra y trabajar únicamente en ella. Pero eso es lo normal, lo justo, podríamos decir. Tienen ya lo que querían, lo que pedían, y lo lógico es que respondan con entusiasmo al llamado de la tierra que se les ha dado o devuelto. Todo crecimiento nacionalista es hermoso y heroico. Lo difícil y peligroso es la cristalización y madurez de la nación que crece. Los principios son siempre excelentes y los ideales prístinos siempre bien intencionados.

¿Qué han hecho los judíos de nuevo, de original, en Palestina? Hasta ahora, en conjunto, nada. Palestina se nos aparece, en el libro de J. Kessel, como un campo de ensayos distintos. No hay unidad, moral ni social, económica ni religiosa, entre los habitantes de sus nacientes ciudades y campos. Su único lazo común es el idioma y la aspiración de crear una patria propia, sin importarles, aparentemente, la forma que deberá tener esa patria. Han llegado de distintas partes del mundo

y cada uno ha llevado sus ideales y sus intenciones, sin interesarse poco ni mucho por los ideales e intenciones de los demás. Viven en un ambiente idílico. Pero existe el porvenir, enemigo siempre de lo idílico, y es necesario pensar en él, construir para él, organizar para él, unificando las aspiraciones y los ideales en una actividad común. ¿Qué preparan los judíos para el porvenir? Sus colonias de índole diversa, comunistas unas, colectivistas otras, capitalistas algunas, no nos dicen nada concluyente. Son ensayos aislados, individuales casi, que existen justamente por la falta de unidad, por la ausencia de un plan general de construcción social. ¿Quedarán sólo como ensayos o llegarán a convertirse en organismos definitivos? Mucho nos tememos que no y que desaparezcan absorbidas por el capitalismo, el día que el capitalismo, tal vez el mismo capitalismo judío, vea en ellas elementos ricos que explotar. Se creará entonces un ambiente de lucha entre los habitantes de Palestina, y el resultado será la cristalización del ideal judío en una nación igual a cualquiera. Puede opinarse que esto es lo natural y casi lo previsto, pero no es lo ideal, que también se conseguiría si existiera. Pero no existe y lo lamentamos, y lo lamentamos mucho más al pensar que, si esto sucede, la raza judía habrá hecho una peregrinación inútil por el mundo, puesto que, al final de ella, no trae entre las manos nada nuevo, nada original, nada hermoso.

No hay mayores datos en el libro sobre las colonias de Jezrael, que es donde reside lo más valioso e intere-

sante de la nueva Judea. Y es lástima. El autor las cita de pasada, como en un inventario:

Iablonowka, colonia de *hassiaim* poloneses, comunidad religiosa que vive bajo la dirección espiritual y temporal de un rabino, sabio como Salomón y a quien, hasta los más incrédulos, vienen a consultar desde muchas leguas a la redonda. ¡Balfouria, fundada por norteamericanos y estrictamente burguesa! ¡Transilvania, colonia rústica de judíos rumanos que guían su arado cantando *doinas* moldavas! Nahallal, donde los colonos individualistas no emplean el trabajo asalariado por escrúpulo social y donde funciona una admirable escuela agrícola para muchachas. ¡Afulé, ciudad naciente! ¡Ain-Harold, Tel-Joseph y Beth-Alfa, colonias colectivistas, pero en donde el sentido de la comunidad se quiebra en mil matices! ¡Y Kfar-Ieladina, por último, la extraordinaria república infantil! Todas ellas son células humanas, tan próximas entre sí, que bastan algunas vueltas de ruedas para trasladar al viajero de una a otra y son universos separados entre sí por toda

la fuerza y la tiranía de sus ensueños invencibles. Cada uno de estos grupos está seguro de vivir según la verdad, cada cual habla de su vecino sin odio y hasta con tierno respeto (¿no hicieron entre todos reflorar el antiguo valle bíblico?), pero con esa piedad que se siente por los que andan extraviados.

Si esto continuara así, si la tierra judía se convirtiera al fin y al cabo en un conjunto de células independientes, pero que conservaran entre ellas el respeto debido a todo hombre y a sus ideales y costumbres, sería maravilloso, puesto que más valioso que un orden común, en el cual siempre hay algo impuesto a la fuerza, es el orden personal o de pequeños grupos, basado en la libertad y en el respeto recíprocos. Pero, ¿llegará a ser así? ¡Ay, hombre de Israel, el tiempo lo dirá y ojalá que así sea! Contigo la oración y la plegaria en ese momento definitivo de tu vida.—M. R.

DISPARATORIO

Los compañeros de Dan Yack han sido vencidos por el tiempo perruno. Este se pasea de smoking cuando lo encuentra el navío liberador.—Ricardo A. Latcham: *Le Plan de l'Aiguille, etc.*—*Atenea*, núm. 62, pág. 221.

Se ven caballos fogosos, fru-fru de sedas, sombrillas, sonrisas, cambio de saludos, todo como en las ciudades de la América del Sur.—Knut Hamsun: *En el país de los cuentos*, traducción de Carlos Roth. Pág. 155. Buenos Aires, 1924.

No me gusta darme importancia, pero espero que todos los que me leen, me harán justicia, apercibiéndose cómo me he ingeniado al hacer surgir el nombre de Clemenceau, el último de nuestros compañeros fallecidos, por lo menos hasta nueva orden. (Toquemos madera.)—Abel Hermant: *Historias académicas.*—*La Nación*, Buenos Aires. Revista semanal, 18 de Mayo de 1930. Pág. 36.

Pueden caracterizarse los géneros poéticos de una manera gráfica, y para ello me anticipo a pedir disculpa a los retóricos.

La *Lírica* es una niña que canta sus emociones.

La *Epica* es una anciana abuelita que narra sus glorias legendarias.

La *Dramática* es una estrella de cine.

La *Didáctica* es una instritutríz.

El emblema que podríamos darle a cada una sería: a la *Lírica* un corazón; a la *Epica* un clarín y una bandera; a la *Dramática* una «Codak» (*sic*) y a la *Didáctica* un silabario.—Francisco Donoso: *Al margen de la poesía*. París, 1927. Pág. 54.

Según todos los conceptistas una revolución es una violenta actitud histórica con la cual se impone un ideal político resistido por las entidades políticas que se oponían a él.—O.: *Parlamentarias.*—*El Mercurio*. Santiago, Martes 10 de Junio de 1930.

Como arquetipo de su obra me parece de interés citar «Los Tejonnes», «Las Memorias de R. I. Koviakin», como asimismo «Los aldeanos de Vory».

La idiosincracia (*sic*) de Leonov, Gogol y esa pléyade de hombres de talento generoso que se iniciaron en Tolstoy...—Rafael Orrego: *La obra de Leonidas Leonov.*—*Letras*. Mayo 1930. Páginas 9 y 10.

ENCUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA

La dirección de *Atenea* invita a los pensadores y escritores y en general a los hombres de ciencia, de estudio y de negocios a manifestar en sus páginas las ideas que tengan sobre las medidas y reformas que convendría implantar para restaurar y afianzar la independencia económica de las naciones iberoamericanas, con los corolarios de orden interno e internacional que este hecho determina.

La encuesta estará abierta por el presente año.

Atenea cree plantear de esta suerte un problema de vital importancia para nuestra América. Desentenderse de él sería querer permanecer voluntariamente ciego y sordo a los claros signos del tiempo.

Somos buscadores de los caminos por donde nuestros pueblos han de alcanzar la mayor y más fecunda libertad, la libertad que necesitan, dentro de la interrelación en que viven los estados modernos. Pueblos que no sintieran este afán serían pueblos agonizantes, aunque no parecieran tales por el hecho de que la agonía de las colectividades sociales suele ser muy larga.

Creemos que este es un problema que se puede abordar en términos serenos, tranquilos y científicos

y estamos seguros de que los hombres de cultura espiritual de todo el mundo tomarán posición al lado nuestro.

Deseamos que las medidas y las reformas que se propongan sean concretas y detalladas y no se reduzcan a la mera indicación de orientaciones generales sobre lo que todos estamos más o menos de acuerdo.

Rogamos dirigir las respuestas a la Secretaría de *Atenea*, Concepción, Chile.

Rogamos también a las revistas y periódicos que nos quieran favorecer, reproducir esta invitación todas las veces que lo estimen conveniente.

1930

REVISTA DE AVANCE

EDITORES:

Francisco Ichaso, Félix Izaso, Jorge Mañach, Juan Marinello.

LA HABANA — CUBA

Apartado, 2228. Compostela, 78.

**REVISTA DE
LAS ESPAÑAS**

Publicada por la Unión Ibero
Americana de Madrid

Suscripción, en España y América:

Año.....pesetas 15.00

MADRID — ESPAÑA

Calle de los Madrazo, 9.

NOSOTROS

Revista mensual de letras, artes,
historia, filosofía y ciencias
sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi
Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

BUENOS AIRES (R. A.)

Lavalle, 1430

**REPERTORIO
AMERICANO**

Semanario de cultura hispánica

DIRECTOR:

J. García Monge

Apartado, 533

SAN JOSE — COSTA RICA

Centro América

AMAUTA

Revista mensual de Doctrina,
Literatura, Arte y Polémica

DIRECTOR:

José Carlos Mariátegui

GERENTE:

Ricardo Martínez de la
Torre

LIMA — PERU

**Casilla 2107. Washington,
Izq. 544 - 970**

INDICE

Organo del grupo "INDICE"

Mensuario de cultura actual,
información, crítica y
bibliografía

Dirección postal:

Clasificador 24-A Santiago

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS
Y BELLAS ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE
CONCEPCION

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina ◊ Luis D. Cruz
Ocampo ◊ Eduardo Barrios
Raúl Silva Castro ◊ Félix
Armando Núñez (se-
cretario).

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que edita anualmente se trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de los demás países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año	\$ 16.00
Un semestre (cinco números)	9.00
A provincias, recargo de.....	4.00
Suscripción al extranjero (sólo anua!)	3 dólares o su equivalente, según el país.

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción y administración de la Revista los interesados pueden dirigirse, en Concepción, a don Félix Armando Núñez, y en Santiago, a don Raúl Silva Castro. Biblioteca Nacional.